

Rutas de Campo

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO-JUNIO DE 2018

Núm.
3



Los sismos de septiembre
de 2017 en México
Miradas antropológicas



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero
SECRETARIA

INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

Diego Prieto Hernández
DIRECTOR GENERAL

Aída Castilleja González
SECRETARIA TÉCNICA

Pedro Velázquez Beltrán
SECRETARIO ADMINISTRATIVO

Paloma Bonfil Sánchez
COORDINADORA NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA

Rebeca Díaz Colunga
ENCARGADA DE LA COORDINACIÓN NACIONAL DE DIFUSIÓN

Jaime Jaramillo
ENCARGADO DE LA DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES

Benigno Casas
SUBDIRECTOR DE PUBLICACIONES PERIÓDICAS, CND



IMAGEN DE PORTADA

Iglesia Santiago Apóstol, Jiutepec, Morelos, 2017
Fotografía © Tláloc Rafael García Lazos
Primer lugar en la categoría fotografía con cámara digital, del concurso nacional de fotografía sobre los sismos de 2017: "Al rescate del patrimonio cultural" del INAH

RUTAS DE CAMPO

Segunda época, año 2, núm. 3
Enero-junio de 2018

DIRECTORA DE LA REVISTA
Paloma Bonfil Sánchez

CONSEJO EDITORIAL
Julio Alfonso Pérez Luna
Juan Manuel Argüelles San Millán
Amparo Sevilla Villalobos
Cuahtémoc Velasco Ávila
Hugo Cotonieto Santeliz

COORDINADOR DEL NÚMERO
Hugo Cotonieto Santeliz

EDICIÓN Y CORRECCIÓN DE ESTILO
Sergio Pliego Fuentes
Esteban Velarde Dordelly

ASISTENCIA EDITORIAL
Marco Antonio Campos Zapata

DISEÑO DE PORTADA Y FORROS
Itzia Irais Solís González

DIAGRAMACIÓN
Raccorta



IMAGEN DE CONTRAPORTADA

Edición de: Dictamen de daños a casi un año del sismo, templo del panteón de Tepexco, Puebla, 2018
Fotografía © Montserrat Ramírez Vernet
Primer lugar en la categoría fotografía con dispositivo móvil, del concurso nacional de fotografía sobre los sismos de 2017: "Al rescate del patrimonio cultural" del INAH

Rutas de Campo, segunda época, año 2, núm. 3, enero-junio de 2018, es una publicación semestral editada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, Secretaría de Cultura, Hamburgo 135, Mezzanine, colonia Juárez, alcaldía Cuauhtémoc, CP 06600, Ciudad de México. Editor responsable: Benigno Casas de la Torre. Reservas de derechos al uso exclusivo: en trámite; ISSN: en trámite. Licitud de título: en trámite. Licitud de título y contenido: en trámite, ambos otorgados por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Domicilio de la publicación: Hamburgo 135, colonia Juárez, alcaldía Cuauhtémoc, CP 06600, Ciudad de México. Imprenta: Taller de impresión del INAH, Av. Tláhuac 3428, colonia Culhuacán, alcaldía Iztapalapa, CP 09840, Ciudad de México. Distribuidor: Coordinación Nacional de Difusión del INAH, Hamburgo 135, colonia Juárez, alcaldía Cuauhtémoc, CP 06600, Ciudad de México. Este número se terminó de imprimir el 31 de agosto de 2019, con un tiraje de 1 500 ejemplares.

ÍNDICE

Introducción	3
Hugo Cotonieto Santeliz	
Y sin embargo hay fiesta	9
Renata Schneider	
Se me frunció todo, imadre... qué temblor!	17
María Elisa Velázquez, José Luis Martínez y Miguel Ángel Domínguez	
Los sismos de septiembre de 2017 y la protección del patrimonio cultural en Tepeyanco, Tlaxcala	25
Nazario Sánchez Mastranzo, Alatiel de la Mora Gómez, Claudia Jazziel Lumbreras Delgado, Milton Gabriel Hernández García y Omar González Ramírez	
Fracturas del patrimonio. O las formas de valorar que el sismo exhibió. Notas sobre Tlayacapan	37
Israel Lazcarro Salgado	
Los efectos de los terremotos y las inundaciones de septiembre de 2017 en San Mateo del Mar	52
Paola García Souza	
De la vulnerabilidad socioambiental al olvido. Las regiones Norte y Montaña Alta de Guerrero tras el sismo del 19 de septiembre de 2017	69
Cristina Hernández Bernal	
Diagnóstico emergente en las comunidades afectadas por el sismo del 19 de septiembre de 2017 en el Estado de México	83
Patricia Gallardo Arias	

Lo que el sismo no derrumbó. Experiencias posteriores al 19 de septiembre en el suroeste de Puebla	93
Laura Rodríguez Cano, Rodolfo Rosas Salinas, José Bardomiano Hernández y Azul Ramírez	
San Gregorio Atlapulco, Xochimilco, después del 19 de septiembre de 2017. Apuntes iniciales	99
Leonardo Vega Flores, Laura E. Corona de la Peña y Eliana Acosta Márquez	
Los daños de un edificio de interés histórico-comunitario en San Gregorio Atlapulco, Xochimilco	114
Ingrid Galilea Castañeda Gutiérrez, Edgar Israel Mendoza Cruz, Sergio Luke Carrillo Valderrama, Genaro Rodrigo Portillo López, Donaciano Gutiérrez Gutiérrez, Claudia Jean Harriss Clare y Eduardo González Muñiz	
Los sismos como detonadores	122
Virginia García Acosta	
Proyecto de reconstrucción del Centro Histórico de la Ciudad de México	127
María Elena Morales	
Los sismos de septiembre de 2017. De la incertidumbre y el temor a la participación social y el impulso a la restauración de los daños en el patrimonio cultural. Entrevista a Diego Prieto, Director General del INAH	136
Sergio Pliego Fuentes	

INTRODUCCIÓN

A más de un año de ocurridos los sismos del 7 y 19 septiembre de 2017 en varios estados del centro y sureste mexicano, el presente número de la revista *Rutas de Campo*, que edita la Coordinación Nacional de Antropología (Cnan) del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) y lleva por título “Los sismos de septiembre de 2017 en México. Miradas antropológicas”, integra textos descriptivo-reflexivos sobre algunos de los lugares siniestrados por aquellos sucesos, donde se destaca la afectación material y su impacto en la dinámica social de los pueblos y comunidades implicados.

Esos movimientos telúricos, que fueron percibidos en 11 entidades federativas de la República mexicana, afectaron con distinta intensidad regiones de Oaxaca, Chiapas, Guerrero, Morelos, Puebla, Tlaxcala, Veracruz, el Estado de México y la Ciudad de México, principalmente. El INAH enfrentó, como nunca antes, una gran tarea para atender los daños a edificios históricos —que por ley tiene bajo su resguardo—, y a la vez generó una serie de estrategias de atención a las poblaciones siniestradas. En ese mismo tenor, ante el llamado de la Dirección General del INAH y de su Secretaría Técnica para dar respuesta a la emergencia, la Cnan convocó en su mayoría a investigadores participantes del Programa Nacional Etnografía de las Regiones Indígenas de México (PNERIM), cuyo ámbito de investigación han sido las regiones del país referidas, con el objetivo de asistir a los lugares afectados y recabar las primeras impresiones de lo ocurrido.

Así, la Cnan articuló una serie de tareas para posibilitar la asistencia a los lugares que fueron afectados en este evento y para documentar los daños y las acciones que la propia población emprendió como respuesta. De este modo, se conformó una labor de *brigadeo* antropológico encabezado por investigadores del PNERIM, así como de centros de trabajo INAH, como la Dirección de Etnohistoria (DEtnoh), la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), la Dirección de Etnología y Antropología Social (DEAS) y varios Centros INAH de los estados.

Las brigadas tenían como objetivo principal realizar un diagnóstico centrado en la evaluación de las condiciones en que se encontraban los pueblos y comunidades frente a los daños causados por los sismos, así como identificar los recursos sociales, económicos y culturales con que se podría contar para

hacer frente a las etapas de recuperación y restauración de los bienes muebles e inmuebles. Para ello, la Cnan elaboró de manera expedita una estrategia que hiciera posible el traslado y trabajo de campo antropológico de 10 brigadas que se desplazaron a diversos lugares por periodos de entre tres y 10 días.

Del mismo modo, con el fin de documentar de manera similar cada localidad y región siniestrada, la Cnan generó una ficha de registro, que entonces llamó Lineamientos de Diagnóstico Antropológico de Emergencia, en la que los brigadistas dieran cuenta de temas tanto generales como específicos: 1) tipo de comunidad, localidad o municipio involucrado, para lo cual se tomó en cuenta si se trataba o no de comunidades indígenas; 2) autoridades existentes: civiles, tradicionales, eclesiásticas y líderes locales; 3) existencia de cofradías, mayordomías, asociaciones o similares; 4) nivel de daño en edificios y espacios públicos, viviendas, templos, escuelas y otros —lugares sagrados, parajes, cerros, etcétera—; 5) descripción de las características de resguardo de los bienes inmuebles; 6) condiciones de viviendas y albergues, así como de alimentación, abasto de agua y sanidad en general; 7) problemáticas más urgentes en la organización social y comunal: relaciones con las autoridades, instancias de gobiernos, instituciones públicas y organizaciones de la sociedad civil, entre otras; 8) problemáticas y necesidades económicas más urgentes —y de quién dependería atenderlas/resolverlas.

Algunos de los resultados de esos registros aparecen en los textos del presente número de *Rutas de Campo*, los cuales son una suerte de fotografías instantáneas que permiten observar la diversidad social y cultural de cada localidad, la composición y organización social vigente o reactivada y, en buena medida, las condiciones de la población que posibilitaron hacer frente al desastre.

Como se observa en los textos presentados aquí, el nivel de los daños materiales fue enorme y el proceso de reconstrucción de las zonas afectadas aún continúa, así como las tareas del INAH en la restauración de los bienes históricos, que sigue su propio curso a partir de los diagnósticos de la afectación y la logística para una restauración adecuada. Las evaluaciones de los daños provocados por los sismos, las cuales se realizan en diversos espacios del instituto, consideran la dimensión material de los bienes que éste tiene por ley bajo su protección, así como también —y de manera importante— el uso social de los monumentos históricos y aquellos que los habitantes valoran como patrimonios propios. En ese sentido, al tomar en cuenta los múltiples patrimonios y formas de expresión, donde lo material no está desvinculado de lo inmaterial, se arriba a un análisis integral de los distintos patrimonios y su relevancia significativa. Los eventos de septiembre de 2017 abrieron una ventana de posibilidades en torno a la reflexión del valor de uso social del patrimonio en las lógicas locales.

Por lo tanto, resulta de la mayor importancia conocer las condiciones de afectación tras los sismos de septiembre de 2017 en su dimensión social, pues esto permite generar rutas críticas para la recuperación de los templos y casas, de las imágenes y objetos significativos, pero también para comprender las acciones que la propia población puso en marcha ante la emergencia, que generaron la reactivación de instituciones tradicionales como las mayordomías, el trabajo colectivo, la ayuda mutua, la *comunalidad* y, en su sentido amplio, el reforzamiento del *costumbre*.

Ante todo lo anterior, el INAH está frente al enorme reto de articular las acciones locales con aquellas realizadas por los especialistas y técnicos —arquitectos, restauradores—, a modo de comprender la complejidad y riqueza significativa de ciertos edificios y monumentos históricos en las dinámicas locales y regionales: como veremos en los textos aquí presentados, en muchos casos el templo católico funge como centro de la vida comunitaria y es articulador de la dinámica cultural a escala regional. Frente a esto, su importancia trasciende la mera materialidad, pues adquiere significados amplios y complejos: lo material es la base para la expresión de sus significados y viceversa.

Antes de dar paso a la presentación de cada uno de los textos, es preciso mencionar que estas versiones guardan su carácter inicial de diagnósticos emergentes y no recogen lo ocurrido en los siguientes meses de los eventos sísmicos; esto es con el fin de mostrar aquella primera postal de lo acontecido, así como el modo en que la sociedad y las instituciones involucradas reaccionaron. Sin duda lo anterior nos llevará a un aprendizaje conjunto que oriente acciones más precisas de actuación y atención a las poblaciones afectadas por desastres naturales y antropogénicos.

Los 13 textos reunidos aquí muestran distintas perspectivas de los lugares afectados, desde visiones panorámicas hasta enfoques más precisos y localizados.

La primera mirada es de la restauradora perito Renata Schneider Glantz, adscrita a la Coordinación Nacional de Conservación del Patrimonio Cultural (CNCPC), quien muestra parte de su participación como evaluadora de los daños durante las primeras acciones realizadas por el instituto en varios estados de la república. Debido a su participación en las brigadas de restauradores, presenta una serie de reflexiones de sus colegas, donde destaca las preocupaciones en torno a lo operativo de la restauración ante la enorme cantidad de edificios y pueblos afectados. El título de su texto, “Y sin embargo hay fiesta”, es un reflejo a contracorriente de los enormes daños, a pesar de todo.

El texto de la antropóloga María Elisa Velázquez Gutiérrez, quien entonces fungía como coordinadora de la Cnan y conformó una brigada junto con José Luis Martínez y Miguel Ángel Domínguez, reporta lo ocurrido en los municipios de Tlayacapan, Jonacatepec, Tepalcingo y Tepoztlán, en el estado de Morelos. El sismo del 19 de septiembre tuvo su epicentro en esa entidad, y las primeras impresiones de lo ocurrido son recogidas por los autores, quienes además buscaron dar cuenta a los habitantes sobre las tareas del INAH en estos casos. Con el título “Se me frunció todo, imadre... qué temblor!”, la colaboración de Velázquez, Martínez y Domínguez muestra también las primeras acciones de una población organizada tras el sismo.

Mediante el artículo “Los sismos de septiembre de 2017 y la protección del patrimonio cultural en Tepeyanco, Tlaxcala”, Nazario Sánchez Mastranzo, Alatiel de la Mora Gómez, Claudia Jazziel Lumberras Delgado, Milton Gabriel Hernández García y Omar González Ramírez, antropólogos e historiadores adscritos al Centro INAH Tlaxcala, narran los recorridos por la capital y el sur del estado para acompañar las tareas de diagnóstico llevadas a cabo por arquitectos y restauradores. El diálogo con las autoridades locales y los lugareños les permitió un acercamiento a las primeras impresiones y explicaciones del suceso.

En su labor como brigadista, el etnohistoriador Israel Lazcarro Salgado realiza una reflexión de la afectación en los valles de México, Puebla, Tlaxcala y Morelos, región que, por cierto, coincide con uno de los mayores núcleos de presencia de edificios históricos que datan de los siglos XVI y XVII. En su texto, titulado “Fracturas del patrimonio. O las formas de valorar que el sismo enfrentó. Notas sobre Tlayacapan”, Lazcarro recupera testimonios en torno al tema de los templos y capillas de dicho municipio morelense, que expresan sentimientos de los lugareños, los cuales van desde la resignación ante la pérdida hasta la esperanza en que se recuperen sus espacios de convivencia y de encuentro comunitario.

“Los efectos de los terremotos y las inundaciones de septiembre de 2017 en San Mateo del Mar” es la contribución donde la antropóloga Paola García Souza, profesora de la ENAH, muestra la *fotografía* de una de las regiones de Oaxaca que resultó afectada por los dos sismos de septiembre, los cuales provocaron un hundimiento en el poblado y su inundación por efecto de las intensas lluvias, así como el desbordamiento de las lagunas cercanas. García resalta las acciones de organización local y también las redes de ayuda que se generaron para apoyar a la gente afectada.

Cristina Hernández Bernal, antropóloga integrante del PNERIM, visitó en su tarea como brigadista la región de la Montaña de Guerrero tras el sismo del 19 de septiembre. En su colaboración, titulada “De la vulnerabilidad socioambiental al olvido. Las regiones Norte y Montaña Alta de Guerrero tras el sismo del 19 de septiembre de 2017”, destaca las afectaciones a los diversos espacios públicos, privados y productivos, como escuelas, oficinas gubernamentales, viviendas, campos de cultivo y caminos. La autora aborda los alcances y las limitaciones de la labor de diagnóstico llevada a cabo por el gobierno federal y estatal para la contabilización de lo afectado, para lo cual rescata la voz de la gente y sus preocupaciones.

Como respuesta a la convocatoria de brigadistas, la etnohistoriadora Patricia Gallardo Arias, adscrita a la DETNOH, se desplazó junto con el antropólogo Iván Pérez Téllez, la socióloga Anaid Karla Ortiz Becerril y la pasante en etnohistoria Sheila Pamela Escobar Martínez para recorrer diversas localidades del Estado de México afectadas por el sismo del 19 de septiembre, entre las que se encuentran Tenancingo, Malinalco y Ocuilan. Bajo el título de “Diagnóstico emergente en las comunidades afectadas por el sismo del 19 de septiembre de 2017 en el Estado de México”, el equipo de brigadistas documentó la afectación material registrada en templos y edificios históricos, y realizó entrevistas a autoridades civiles y militares del lugar con el fin de identificar la afectación de los templos, que impactó en la vida cotidiana y ceremonial de dichos pueblos, así como las respuestas que emprendieron los habitantes locales.

“Lo que el sismo no derrumbó. Experiencias posteriores al 19 de septiembre en el suroeste de Puebla” es la colaboración que presentan los antropólogos de la ENAH y el INAH Laura Rodríguez Cano y Rodolfo Rosas Salinas, así como los antropólogos de la UNAM José Bardomiano Hernández y Azul Ramírez, quienes se movilizaron a esa entidad para acercar víveres a la población afectada. En un recorrido por la Mixteca poblana, los autores de este artículo dan cuenta de las afectaciones al patrimonio histórico que encontraron a su paso, además de rescatar importantes testimonios de lo vivido en

aquel sismo, como el de doña Sergia Ponce Lara, quien indicó: “Hagamos que el sismo nos una más como comunidad. ¡Es hora de juntarnos y apoyarnos!”.

La colaboración de los antropólogos e historiadores de la DEAS Leonardo Vega Flores, Laura E. Corona de la Peña y Eliana Acosta Márquez, con el texto “San Gregorio Atlapulco, Xochimilco, después del 19 de septiembre de 2017. Apuntes iniciales”, representa una mirada enfocada en la vida cotidiana de los habitantes de San Gregorio Atlapulco; en particular, en las actividades de los chinamperos, así como en la organización social de las fiestas en San Gregorio, aspectos que cobran una relevancia particular dadas las graves afectaciones del 19 de septiembre, antes las cuales la perspectiva crítica de los brigadistas retoma las principales preocupaciones de sus habitantes y la proyección futura de una recuperación incluyente de su patrimonio.

En un diálogo polifónico de antropólogos, arqueólogos y restauradores, la brigada conformada por la etnohistoriadora Ingrid Galilea Castañeda Gutiérrez, el arqueólogo Edgar Israel Mendoza Cruz, el etnohistoriador Sergio Luke Carrillo Valderrama —todos ellos de la ENAH—, así como del restaurador Genaro Rodrigo Portillo López, de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia (BNAH); el antropólogo Donaciano Gutiérrez Gutiérrez, del Museo Nacional de Antropología (MNA), y los antropólogos Claudia Jean Harriss Clare y Eduardo González Muñiz, de la DEAS, en el texto titulado “Los daños de un edificio de interés histórico-comunitario en San Gregorio Atlapulco, Xochimilco”, contribuyen a dimensionar la afectación en esta región de la Ciudad de México. Con base en las tareas de rescate del edificio afectado de la Casa de la Cultura Particular Atlapulco, los brigadistas colaboraron a resguardar los archivos, planos, fotografías históricas y otros objetos de la biblioteca y museo público, al tiempo que hicieron un ejercicio etnográfico acerca del contexto social y político en Xochimilco, dimensionando así el uso y valor social de estos patrimonios para sus habitantes.

Como parte de una colaboración especial en este número de *Diario de Campo* se integran dos textos destacados. El primero de ellos está a cargo de la doctora Virginia García Acosta, profesora-investigadora del Centro de Investigaciones y Estudios en Antropología Social, con un esclarecedor texto titulado “Los sismos como detonadores”, el cual permite una reflexión histórico-social acerca de las amenazas naturales como detonadoras de condiciones críticas preexistentes, que son las que provocan verdaderos desastres, y pueden verse reflejados en los sismos, huracanes o inundaciones. Asimismo presenta y da la pauta a la siguiente colaboración del Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales (CEAS).

En los espacios de reflexión en torno a lo acontecido tras los sismos de 2017, el CEAS dio a conocer a la Cnan un documento elaborado en el contexto del sismo de septiembre de 1985 por María Elena Morales. Gracias a la autorización del CEAS, este texto se transcribió y se integró a este número. El artículo es muy relevante y pertinente, pues en ese informe se detallan las acciones de *brigadeo* interdisciplinario para la documentación de los daños en la Ciudad de México durante el sismo de septiembre de 1985. Con el título “Proyecto de reconstrucción del Centro Histórico de la Ciudad de México”, el documento ofrece información relevante que permite un viraje a lo acontecido entonces y las rutas de

acción para la articulación interdisciplinaria con la sociedad e instancias de gobierno para la recuperación del patrimonio afectado. Sin duda, dicho diagnóstico es un testimonio histórico del INAH cuyos alcances de evaluación y prospectiva de atención tras los daños permite proyectar esquemas adecuados y pertinentes para la evaluación y planes de acción en la restauración de los bienes patrimoniales.

La mirada que cierra este número de la revista está a cargo del antropólogo Diego Prieto Hernández, director general del INAH. Se trata de una amena entrevista realizada por Sergio Pliego Fuentes, quien participó en el equipo editorial de las revistas *Diario de Campo* y *Rutas de Campo*. En este diálogo, el antropólogo Prieto hace una radiografía de la afectación en los estados siniestrados, colocando el foco de atención en la dimensión y el uso social del patrimonio, ineludibles en este tiempo de reconstrucción de un país afectado por fenómenos naturales y sociales que han desencadenado otras problemáticas sociales necesarias de atender.

En espera de que este número de *Rutas de Campo* contribuya a la reflexión de las distintas aristas involucradas en los desastres naturales en relación con las acciones de instituciones del gobierno y la sociedad, notaremos las complejas relaciones entre las valoraciones patrimoniales, las acciones y políticas de intervención y, sobre todo, la participación social como elemento clave en la recuperación de los bienes de nuestro país, y con esto de los referentes identitarios que dan cuerpo y sustancia al entramado social de pueblos, colonias, comunidades, barrios y demás colectividades de México. Desde las miradas antropológicas de este número, que coloca en el centro a los sujetos, se pretende contribuir a la construcción de una perspectiva que permita la articulación dialógica entre las diversas áreas del instituto con la sociedad, restituyendo la voz de los sujetos que viven, protegen y significan sus patrimonios colectivos: un aspecto clave frente al enorme reto que existe hoy de la restauración de los edificios y el tejido social.

Hugo Cotonieto Santeliz

Y sin embargo hay fiesta

Renata Schneider*

1

En Tlalnepantla, Morelos, un Cristo crucificado casi de tamaño natural quedó sepultado bajo el ciprés —colapsado— del templo. La comunidad se apresuró a sacar los fragmentos que pudo y apremió al párroco para que limpiara y reuniera las piezas despararradas. La escultura fue resguardada y firmemente custodiada en una habitación de la casa cural. El Cristo quedó en soledad, a la espera de su “autocuración”, como dicen que hizo en algún momento hacia finales del siglo XIX cuando, tras quemarse, se recuperó en solitario. A los equipos del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) que realizaban los censos de daños no se les permitió la entrada: no era necesario, pues el ícono haría el trabajo por sí mismo.

Pese a lo apretado del tiempo con que contaban las brigadas de restauración, el grupo que censó Tlalnepantla conversó largo rato con la mayordomía del Cristo para comentarle que, si en algún momento lo consideraban necesario, podrían llamarlos y pedirles dictaminar la imagen si es que ésta, por alguna razón, decidía no autorecuperarse. Se les explicó que los materiales podían rescatarse y que sin duda podía hacerse un trabajo para conservar los fragmentos revueltos.

La respuesta llegó en unos días: el Cristo no estaría solo en su proceso y el INAH podría ayudarlo. El dictamen se hizo porque la confianza se ganó.

Desafortunadamente, lo que seguirá escapa a las posibilidades de la brigada, debido sobre todo a las formas administrativas que deben recorrerse para recuperar el dinero para las intervenciones. No obstante, si hay algo de importancia en esta historia que me relataron Daniela Ortega y Diego Ángeles, además de lo interesante que resulta en sí misma, es que gran parte del trabajo del INAH frente a los sismos no es sólo técnico, sino también de contención y de empatía —así como de cautela—. Y eso requiere un tiempo que ha sido difícil obtener, dado que Morelos es uno de los estados más dañados por el sismo del 19 de septiembre, con cerca de 270 inmuebles dañados y al menos 600 piezas que conciliar, proteger, supervisar y, en algunos casos, conservar en forma directa. El tiempo para atender a los custodios tradicionales de las piezas ha sido escaso y los procedimientos establecidos por el Estado mexi-

* Coordinación Nacional de Conservación del Patrimonio Cultural, INAH (renata_schneider@inah.gob.mx).

cano para recuperar el patrimonio dañado ni siquiera lo contemplan. Las asambleas comunitarias, las presentaciones y las explicaciones detalladas en cuanto a qué se viene a hacer y para qué no forman parte del programa. El problema es que, si no se toma en cuenta que también se debe atender a personas, es muy probable que los trabajos se ejecuten mal.

2

El área de Conservación y Restauración del INAH se ha visto absolutamente superada por los problemas derivados de los sismos de septiembre de 2017: superada en lo presupuestal, lo organizativo, lo conceptual y lo procedimental, como todo el instituto, probablemente.

En este texto se habla de algunos de los desafíos a que nos hemos enfrentado y, también, de ciertos caminos que se han abierto estos meses y que permiten solucionarlos y reflexionar respecto a nuestro quehacer institucional. Para hacerlo, pedí a varios colegas que relataran algunas de sus experiencias y cito aquí algunas directamente, o bien, retomo sus ideas en lo general.¹

Muchos de ellos son personal de base del instituto; otros se hallan contratados por honorarios, por contratos con fin de término o por salarios compactados. Como en casi todas las áreas técnicas y administrativas del INAH y en todas las delegaciones estatales afectadas por el sismo, ellos trabajaron sumando semanas ininterrumpidas para intentar tener a tiempo los dictámenes técnicos que permitan recuperar fondos para las intervenciones, o incluso realizando directamente acciones emergentes.

Para situar los problemas, comienzo con la descripción de las cuatro actividades principales que el área debió realizar, a saber:

- a) Censar todos los bienes muebles e inmuebles por destino que resultan de interés para el instituto y que sufrieron daños con los sismos. En primer lugar, para recolectar información técnica y estimativa para acceder al Sistema de Apoyos Parciales Inmediatos (Apin) y al Fondo Nacional para Desastres Naturales (Fonden), que son instrumentos financieros del Sistema Nacional de Protección Civil. Después, para el cobro del seguro INAH. Cada proceso considera distintos alcances, requerimientos, formatos, fechas de conclusión, catálogos de conceptos y otros procedimientos administrativos.
- b) Realizar acciones emergentes de rescate de piezas en templos, capillas, museos, zonas arqueológicas, etcétera, aunque en ocasiones esto no fue posible por problemas de tiempo o por tratarse de sitios tan dañados que era imposible tener acceso a ellos.

1. Los restauradores que compartieron sus puntos de vista para este texto fueron Fanny Unikel, David Torres, Gabriela Peñuelas, Jazziel Contreras, Alatiel de la Mora, Diego Ángeles, Daniela Ortega, Martha A. Fernández, Cristina Noguera y Tomás Meraz. En otros momentos recibí impresiones por parte de Elisa Ávila, Frida Mateos, Mercedes Villegas, Josué Alcántara, Haydeé Orea, Nayeli Pacheco, Marie Vander Meer y Fernanda Martínez. A todos ellos les agradezco muchísimo su ayuda y conversaciones.

- c) Elaborar o ratificar actas de traslado de obra cuando las comunidades o los sacerdotes así lo hicieron por iniciativa propia, sobre todo cuando los templos estaban muy dañados, y más aún cuando éstos ni siquiera consideraban esta necesidad.
- d) Contener emocionalmente a los representantes oficiales —o más o menos oficiales— de las comunidades cuyo patrimonio venerado resultó afectado, y que en muchos casos se hallaban devastados tanto por las pérdidas de sus imágenes o sitios religiosos como por las de sus viviendas.

Llevar a cabo estos trabajos resultó complicado por diversas causas, que se presentaban en las combinaciones más diversas, y ocasionalmente en forma aislada:

- No había suficientes restauradores para ir a censar todos los casos.
- Los caminos estaban dañados y era muy difícil tener acceso a las zonas de interés.
- No se podía acceder *in situ* a las piezas o la lluvia deterioraba más lo que ya estaba dañado y había que volver a hacer los dictámenes.
- No había manera de elaborar una base de datos precisa, ya que cada día aparecían más bienes dañados.
- Las brigadas no eran mixtas. En el mejor de los casos se integraban con arquitectos y restauradores, o con arquitectos, arqueólogos y restauradores, sin considerar la participación de historiadores, etnólogos y antropólogos sociales, y se perdían tiempo y dinero en dobles y hasta triples visitas.
- Las comunidades no nos dejaban hacer los censos.
- Durante la última etapa, el Fonden ya no asumía el pago de acciones emergentes en el rubro del patrimonio cultural, y avisaba que únicamente entraría a ayudar hasta que acabara el seguro INAH.
- No había forma de establecer prioridades y sólo surgían preguntas sin respuestas:
 - ¿Cuáles objetos escoger frente a otros cuando los recursos, por grandes que sean, resultan limitados?
 - ¿Cómo hacer catálogos de conceptos para los cobros de seguro por cada tipo de bienes con precios que se ajustaran a diversos estados?
 - ¿Cómo estimar volúmenes de daño con los ajustadores cuando las brigadas cambian de integrantes constantemente?
 - ¿Cómo calcular los indirectos para conciliar en forma adecuada colecciones de 300 objetos dañados en pueblos muy remotos?
 - ¿Cómo verificar que la imagen de san Juan Nepomuceno que estaba en casa de doña Rosita ya se había trasladado a la casa cural de la cabecera municipal, como se sugirió en la segunda visita, 10 días atrás?

En un instituto que privilegia la labor académica y desprecia la manual, que aplaude más un texto publicado que una tarea realizada, una tragedia como ésta repercute aún más en el trabajo y distribución de decisiones, sobre todo en los Centros INAH.

La dispersión de la información, la falta de instrucciones precisas y protocolos viables, la ausencia de relación entre disciplinas y la enorme cantidad de bienes dañados fueron aspectos que también se revolvieron entre sí durante el ejercicio de estas tareas, hasta formar una gran maraña que ha costado desenredar poco a poco y que demoró mucho el trabajo.

Sin embargo, el mayor problema hoy, una vez solucionados o medio solucionados estos problemas, no puede resolverlo el INAH. Hablamos de una importante falta de fondos que fueron prometidos por las instancias del Sistema Nacional de Protección Civil y que deberá entregar en algún momento la aseguradora que contrató el INAH. Por ejemplo, hasta el día en que escribo esto, en varios estados no se ha pagado a los contratistas que en los primeros meses pusieron recursos de su bolsa para realizar trabajos de apuntalamiento. Debido a lo anterior, aquello que se ha logrado hasta ahora en materia de conservación es limitado y el trabajo “no se ve” mucho.

Este tiempo postsismo se ha convertido, entonces, en un punto de inflexión muy interesante, en todos los sentidos, para el INAH: es un espejo donde mirar nuestras debilidades y nuestras múltiples posibilidades, como expresó David Torres durante las entrevistas.

3

En lo que se llevaban a cabo las cuatro actividades mencionadas arriba, muchas cosas seguían deteriorándose o los templos se mantenían cerrados a falta de dictámenes precisos. Además, ciertos objetos resultaron ser mucho más importantes que otros para la gente de las comunidades afectadas. Y la desesperación por ver esos objetos inutilizables fue haciéndose más grande. Es decir, no sólo importó cómo la restauración podía actuar dentro de los límites y procedimientos impuestos por el instituto o el gobierno en su conjunto, sino también cómo veíamos nosotros las cosas de los otros, cómo esos otros —los afectados— nos veían a nosotros y cómo ellos mismos veían sus cosas.

Aunque a los gestores culturales oficiales del país los angustien profundamente los edificios dañados, entre los cuales, es preciso decirlo, se hallan maravillas,² tal vez las esculturas sean la representación misma de la catástrofe y uno de los principales intereses comunitarios:

Nos asomamos por la puerta y se veía una luz tan intensa al fondo de la iglesia que no te permitía identificar de dónde provenía. Al pasar el umbral, entre escombros regados por el piso, se comprendía que la luz

2. Como los 11 conventos construidos en las faldas del volcán Popocatepetl en Puebla y Morelos. Huaquechula, Tonanzintla, Los Remedios y Tochimilco, en Puebla; Malinalco, Ocuilán, Tlalmanalco y Ozumba, en el Estado de México; Tepalcatingo, Ocotepéc y la catedral de Cuernavaca, en Morelos; Ocotlán, Atlahuetzia y Tepeyanco, en Tlaxcala; Santo Domingo Tehuantepec, Huajuapán, Coixtlahuaca, Tutla y Macuilxóchitl, en Oaxaca, y Santo Domingo, San Francisco y Santa Lucía, en San Cristóbal de las Casas, Chiapas, por mencionar unos pocos casos.

atravesaba la cubierta del presbiterio derrumbado. El lugar ya estaba vacío. En todos los templos que visitamos en la Mixteca poblana la gente había sacado todo lo que pudo para llevar a lugares seguros, incluso inmediatamente después del sismo y con riesgo de posibles derrumbes. Sólo quedaron los retablos y algunos cuadros que por su tamaño o por la altura a la que estaban colgados eran inalcanzables [Fanny Unikel].

Las campanas fueron también de los bienes más dañados durante los sismos y las consecuencias de su daño sobrepasaron las consideraciones materiales:

Unas quedaron atrapadas, otras cayeron desde lo alto de los campanarios, las demás fue imposible repararlas porque esto implicaría un grave riesgo para los edificios que están debilitados. Por razones distintas, las campanas callaron. Cuando las campanas callan en algunas comunidades, se pierde mucho más que un sonido: se deja de anunciar el fin de la jornada en el campo, se hace más complicado convocar a una reunión o a un velorio. Sin campanas, la gente no sabe bien cuándo tiene que acompañarse o abrazarse. Por mientras, esperan pacientemente el tiempo de volver a vibrar, anunciar, reunir... [Daniela Ortega].

La importancia de estas piezas —y quizá de muchos lienzos— es tal que en la mayor parte de los sitios visitados las esculturas fueron retiradas de los edificios y puestas a salvo en diferentes sitios, a veces juntas, a veces separadas. Como ya anoté, realizar actas de movimiento de las colecciones fue uno de nuestros trabajos principales y deberá continuar así, ya que en muchos casos las colecciones fueron separadas y protegidas en las casas de diversos mayordomos, quienes serían sustituidos en los primeros días de este año durante las entregas de cargos. Esto puede dar lugar a un momento propicio para el robo de arte sacro, uno de los principales y lucrativos negocios ilegales en México.

El enorme, casi infinito universo de bienes dañados,³ y los modos en que es importante cada bien para diferentes grupos, implican algo imposible de aprehender con claridad. Cada recinto religioso —o sitio de interés del INAH— tiene una situación social particular, y aunque puedan constituirse grupos según las necesidades o problemáticas, eso implica tener un censo no sólo de problemas mate-

3. Las cifras que la Secretaría de Cultura, a través del INAH, ha manejado desde octubre de 2017 en todos sus comunicados de prensa hablan de cerca de 1 820 inmuebles dañados (información recuperada de: <<http://www.animalpolitico.com/2017/10/inmuebles-historicos-culturales-sismos/>>). Los bienes muebles e inmuebles por destino lastimados son casi 2000, según datos recopilados por la Coordinación Nacional de Conservación del Patrimonio Cultural (CNCPC) del INAH en todas las entidades lastimadas, en un conteo hasta el 31 de enero de 2018. En entrevistas a colegas de los estados pregunté el radio de piezas afectadas que deberá atender cada restaurador hasta que se acabe de conservar y estabilizar cada objeto. Las cifras cambian mucho de estado en estado, pues dependen de la cantidad de restauradores de base por cada delegación y de los bienes inmuebles y muebles por destino que hayan resultado dañados en cada entidad federativa. Por ejemplo, en Puebla y Oaxaca calculan que cada restaurador atenderá 60 inmuebles —es decir, lo que está dentro de esos 60 inmuebles—, y en Morelos calculan 90 inmuebles por restaurador —mejor dicho, 155 objetos por cada uno de ellos—. Tampoco debe olvidarse que las intervenciones serán ejecutadas por terceros en casi todos y no por el instituto, que prefirió pagar en especie en vez de ejercer en forma directa el dinero para intentar que éste llegue más rápido a donde necesita llegar y no se pierda en vericuetos administrativos. En los casos de bienes arqueológicos, que por ley sólo pueden ser intervenidos por el INAH, el dinero sí ingresará a las arcas de la dependencia. Los casos de intervenciones directas de patrimonio histórico dependen de muchos factores que, por cuestiones de espacio, no se abordan ahora. Incluso así, aunque no se trabaje directamente todo, el personal del área deberá dar seguimiento a los trabajos, hacer las supervisiones de obra respectivas y atender a todas las comunidades afectadas.

riales, sino de necesidades por localidad, ya que la ansiedad de los grupos sociales afectados, cuando no perciben resultados técnicos visibles después de todas las visitas que se hicieron y se hacen, juega un papel que no debe desestimarse, porque puede alcanzar niveles de enfrentamiento cercanos a la violencia, como pasa ya hoy en los estados de Puebla y Chiapas.

Entender con claridad qué importa más en realidad es uno de los puntos que deben considerarse en forma prioritaria cuando se tengan por fin los medios para atender el patrimonio: nuestro deber es tratar de conservar todo el patrimonio dañado, pero debemos tener claro qué le importa más a la gente y qué más a la academia y al Estado para, a partir de esto, determinar planes de intervención precisos y bien estructurados.

Ya mencioné que durante el sismo se habría avanzado muchísimo más si las brigadas hubieran podido ser en verdad mixtas sin sólo contar con especialistas de las áreas de arquitectura, arqueología y restauración —una situación que no siempre pasó—. En las brigadas debieron participar, sobre todo, historiadores, etnólogos y antropólogos sociales, ya que gran parte de los sitios visitados han sido objeto de investigaciones regionales o particulares, y estas disciplinas podrían haber ayudado al revelar procesos históricos precisos, así como al proporcionar datos acerca de procesos sociales locales.

Estas áreas también podrían haber dedicado tiempo a explicar los procesos que conllevan los censos de patrimonio y los procedimientos legales con que cuenta el INAH para apoyar la reconstrucción del patrimonio cultural, mientras nosotros recabábamos información técnica. Ocuparse de manera simultánea de ambas tareas resultó extenuante, muchas veces infructuoso, y habla de una pérdida de recursos fundamental en el INAH: las prospecciones antropológicas que se hicieron son vitales —si hablamos en términos académicos—, pero aparentemente los grupos humanos afectados prefieren por ahora tener sus valores a resguardo.

4

Mirarnos en el espejo: la idea de que se tiene “puesta la camiseta” es una de las leyendas más importantes que hemos cimentado como área, tal vez porque la escuela de restauración más importante del país es del instituto, y nos es inculcada, casi como una religión, la idea de que existe —sea cierto o no, ya discutiremos eso luego— un patrimonio cultural mexicano que nos identifica, nos define y posiblemente hasta nos protege, y que hay que conservar e investigar cueste lo que cueste —o quizá simplemente porque el INAH es el patrón más evidente y más vale creérsela para funcionar dentro de su lógica—. Lo cierto es que tanto el personal de base como el de contrato —incluso quizá más este último— ha participado sin tregua en las labores postsismos, haciendo un apostolado en docenas de trabajos desde septiembre hasta ahora:

Ir a las comisiones y brigadas tras los sismos no sólo implicó cumplir con mi trabajo como restauradora contratada del INAH. Es un compromiso real de proteger los bienes culturales de México y, sobre todo, de

atender a las comunidades que consideran a sus templos e imágenes como eje de vida y lugares en los que se resuelven problemas comunitarios: ahí se reúnen los pobladores para hacer vida social; y, lo más importante, a encontrar consuelo y alivio a su existencia mediante la oración y la devoción. Saber que esas personas encomiendan su seguridad, su salud, su vida entera a sus imágenes debe implicar entrega profesional. Recuerdo que en el Estado de México nos atendió durante las inspecciones un mayordomo sumamente preocupado porque el templo a su cuidado mostraba graves daños. Una vez concluida nuestra visita, me comentó que había perdido su casa en el temblor del 19 de septiembre, pero lo que lo tenía más preocupado era que la iglesia volviera a estar en funcionamiento. El compromiso de los usuarios de los bienes culturales con su comunidad no debe ser menor al que debemos tener todos y cada uno de los trabajadores del INAH con el patrimonio [Cristina Noguera].

Esta experiencia revela que, si se convocara a la disciplina —y tal vez incluso al instituto en general— a trabajar en campañas extensivas, las llevaríamos a cabo de principio a fin, ya sea mediante campañas amplias orientadas a inventariar bienes muebles e inmuebles por destino, ya sea documentando cada celebración en que se emplean bienes materiales, de modo que se relacionen los daños que tienen las piezas con las actividades que los involucran, ya sea organizando y clasificando bodegas de material arqueológico o paleontológico del país. Hacer misiones nos gusta, al parecer; también observar que no hay planes ni protocolos ni procedimientos muy certeros para atender como disciplina las catástrofes que ocurren en el país, aunque si los inventamos y consolidamos tendríamos muy buenos resultados. Y debemos inventarlos.

Tras el sismo comprendí muy bien cómo se puede ayudar a la gente a través del patrimonio. Desde que hice mi tesis de maestría, llevo unos años intentando saber cómo funciona eso que llamamos *valores*, intentando averiguar los mecanismos por los cuales podemos decir que algo es valioso o importa para ser restaurado. Ahora me queda más claro que nunca; es tan personal y al mismo tiempo tan colectivo. A casi cuatro meses del sismo y después de mes y medio de estar apoyando en brigadas, sólo tengo más preguntas: ¿cómo podemos acceder a esos mecanismos de reconocimiento o apropiación o significación de las imágenes?, ¿cómo podemos respetarlo y considerarlo en nuestras intervenciones?, ¿de verdad la temporalidad de las iglesias o imágenes es tan relevante como para descartar protegerlas según su fecha de creación?, ¿acaso la restauración es un medio para continuar prácticas culturales?, ¿qué tanto importa la materia?, ¿por qué parece que al final la vida práctica y la academia caminan distanciadas y a destiempo? [Gabriela Peñuelas].

Combatir la precariedad laboral de la mayor parte de los restauradores contratados —salarios injustos, contratos a medias— y la relación de inferioridad profesional con otras especialidades del INAH podría lograrse por dos vías: la de la respuesta directa y útil con la materia lastimada, y la de la discusión contante entre nosotros que produzca más certezas y mejores formas de valorarnos externamente; debatir con los que nos dicen qué hacer administrativamente, entre nosotros y con los grupos

—académicos, comunitarios, institucionales— que esperan recibir de los restauradores respuestas y objetos rehabilitados, conservados y restaurados.

5

Chamilpa es uno de los 12 pueblos que conforman el municipio de Cuernavaca. La iglesia está dedicada a san Lorenzo Mártir y su fiesta es una de las más concurridas de la región, llena de templos franciscanos del siglo XVI, como son Ocatepec, Ahuatepec, Tlaltenango, Tepetates, Santa María Ahuacatlán y otros. Durante el sismo del 19 de septiembre se lastimó algo de la estructura y se rompieron dos dedos de la escultura patronal, por lo que la retiraron de la nave y la resguardaron en la sacristía. Censamos sin problemas y luego la visita con la aseguradora también corrió muy bien —excepto que se tuvo que discutir y solicitar permiso para que las arquitectas del INAH y del seguro subieran al campanario, porque de acuerdo con la tradición del lugar las campanas se estrellan si las mujeres suben, aclarando que no era porque fueran machistas, pero que como pueblo con tradiciones respetaban esas creencias—. Al finalizar esa visita me pidieron ayuda porque, con o sin seguro, los fiscales no podían presentar la escultura de san Lorenzo con los dedos rotos. Días después estuve trabajando en la sacristía, solo y bajo llave. Únicamente entraron los fiscales a tomarse un café conmigo. Después de comprobar que los dedos estaban en su lugar, presentaron la escultura a las personas que estaban expectantes fuera de la iglesia —alrededor de 40—. Luego me invitaron a comer carne de cerdo en salsa verde que prepararon especialmente para mí. Tres semanas más tarde, un fiscal me llamó por teléfono y, con tono apurado, me dijo que habían tenido un accidente en Nochebuena durante la procesión, pues alguien con cariño excedido rompió al san José en el pie. Como los fiscales entregaban cargo el 31 de diciembre, necesitaban que fuera con urgencia a restaurar la imagen. Así, mientras celebraban un bautizo en la capilla abierta, se restauró el san José. La comida no faltó, ni los agradecimientos, a horas de que se entregara el templo a los siguientes fiscales... A horas de que se acabara 2017, hubo fiesta [Tomás Meraz].

Todo lo que he expuesto líneas arriba muestra que, al hacer un recuento de los problemas que hemos pasado como profesionales de nuestra disciplina dentro del instituto tras los sismos de 2017 —falta de recursos y personal, precariedad en las condiciones de trabajo de este escaso personal, desorden administrativo y de procedimientos, entre otros ya relatados—, hemos provocado un intercambio de miradas más que productivo: ¿cómo vemos nosotros al INAH?, ¿cómo nos ve el INAH a nosotros?, ¿cómo ven al INAH y a los restauradores del INAH diversos grupos sociales y profesionales?, ¿cómo vemos los restauradores a los objetos culturales/sociales?, ¿cómo vemos a los poseedores o investigadores de esos objetos?, ¿qué vamos a hacer con todo lo que se nos viene encima?

Poco a poco estas preguntas están recibiendo respuestas y se irán respondiendo gracias al sismo. Ojalá las cosas que se salieron de lugar se acomoden bien e igual, pero con otras intenciones. Y por eso, a pesar de todo, hay fiesta.

Se me frunció todo, ¡madre... qué temblor!

María Elisa Velázquez,* José Luis Martínez** y Miguel Ángel Domínguez***

Yo salí con mi prima Galilea; nos fuimos corriendo y, cuando yo la jalé, se cayó un cachito de barda de la escuela, y cuando nosotras estábamos temblando, busqué a mi mamá y empecé a llorar y a abrazarla porque, pues sí, me dio mucho miedo, pues pensé que se iba a acabar el mundo, que me iba a morir.

Testimonio respecto al sismo del 19 de septiembre de 2017

El 19 de septiembre, a 12 km al sureste de Axochiapan, Morelos, se registró un terremoto de 7.1 grados de magnitud que dejó al menos 42 muertos en esa entidad, según los diarios, aunque otros medios informaron de 54 fallecimientos y el gobernador afirmó que fueron más de 60.

Las noticias llegaban a la Coordinación Nacional de Antropología (Cnan) del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) por varias vías; entre otras, a través de las brigadas de antropólogos que comenzaron a organizarse por iniciativa de la Dirección General y la Secretaría Técnica del INAH desde el sismo del 7 de septiembre. Además de los severos daños materiales de monumentos históricos, se reportaba que las familias no querían separarse de sus casas y los niños dormían al descampado, entre charcos que dejaban las fuertes lluvias que caían por la noche. No había qué comer, la ayuda se concentraba en las ciudades principales y a las comunidades más pequeñas no les llegaban víveres ni atención.

Habíamos hablado con varios antropólogos del INAH pidiendo su apoyo para acompañar a las brigadas de arquitectos y restauradores que evaluaban los daños materiales del patrimonio histórico. Nos parecía indispensable conocer y valorar lo que estaba pasando en las comunidades y tratar de ayudar, o por lo menos de colaborar en la gestión de necesidades. Algunos antropólogos no lo dudaron y respondieron de inmediato a nuestro llamado; otros dijeron que no era un buen momento y que era peligroso. Decidimos no quedarnos en la oficina e ir a campo para ver de cerca lo que estaba pasando. Nos trasladamos a Morelos y recorrimos Tlayacapan, Jonacatepec,

* Coordinación Nacional de Antropología, INAH (elisa_velazquez@inah.gob.mx).

** Programa Afrodescendientes y Diversidad Cultural, INAH (fluxus2112@gmail.com).

*** Dirección de Lingüística, INAH (tallerdocumental.red@gmail.com).

Tepalcingo y Tepoztlán. Nos guiamos por la ruta de conventos agustinos, por la intensidad del daño y por los problemas que se habían suscitado a partir de la demolición de paredes de adobe y la formación, por ejemplo en Joncatepec, de brigadas de demolición, ya que, según autoridades municipales, el problema consistía en que el adobe no tenía resistencia y era frágil frente a terremotos, y que en lluvias y temporales las construcciones hechas con ese material podían caerse, juicio por demás equivocado.

Llegamos a Tlayacapan, uno de los pueblos que más daños había sufrido en sus monumentos históricos, como iglesias, capillas y la presidencia municipal, y también en la arquitectura vernácula. Desde la entrada a la población observamos que la gente se organizaba para limpiar, barrer y recoger escombros, pero también para solicitar ayuda. En el centro del pueblo se ubicaban grandes albergues y centros de acopio, y al parecer había mucha gente involucrada: instancias de gobierno, organizaciones sociales, iniciativa privada y los centros educativos. Todos hacían cuanto podían para ayudar a las personas que perdieron familiares, bienes y patrimonio. Nos dimos cuenta de que el daño era superior a lo que imaginábamos o nos habían contado. Torres de campanarios derrumbadas, cúpulas colapsadas, fachadas destruidas, bardas caídas, los santos de yeso quebrados y regados en mil pedazos por el suelo, la pintura mural hecha polvo. Nos encontramos con otras brigadas: una de estudiantes de arquitectura de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos (UAEM), otras de la Secretaría de Salud (SSa), de personas de la comunidad que atendían los albergues y los centros de acopio. El ejército y la policía federal también estaban ahí.

Escuchamos testimonios de personas desoladas que se hallaban en albergues y de otras que custodiaban sus casas. Cuando nos acercábamos y nos preguntaban de qué dependencia de gobierno veníamos, les explicábamos que del INAH. Muchas no sabían qué es el instituto y tampoco cuáles son sus funciones. Tenían ideas confusas: “El INAH nos prohibió poner cemento en la casa, por eso se cayó”, nos dijo una señora que argumentaba que su casa se había construido al mismo tiempo que el convento del siglo XVI. “¿Es patrimonio o no?”, preguntó. Le explicamos que el convento está catalogado y protegido por el gobierno federal a través de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos (CNMH) del INAH, y la señora se quedó con miles de dudas.

Muchos testimonios revelan la organización de la sociedad y la casi inmediata respuesta al desastre. Una persona, también de Tlayacapan, nos dijo:

Hay mucha gente trabajando; los afectados han sido un verdadero ejemplo de organización, de ganas de levantarse y hacer las cosas. La gente te apoya sin más; te invita de comer; saca las tortas, el agua, lo que tengan para ayudar. Ahora lo que estamos tratando de hacer es concentrar el recurso humano y poder ayudar a las demás rancherías que dependen de Jojutla, Tlaquiltenango, Tlaltizapán y Axochiapan, donde fue el epicentro del temblor.

Hay daños severos en el ex convento de San Juan Bautista, símbolo de la misión agustina del siglo XVI. Construido en 1534, tiene una gran capilla abierta. El templo llama la atención por su tamaño



Centro de acopio, Tepalcingo, Morelos. **Fotografía** © José Luis Martínez Maldonado.

y la sobriedad de su fachada. En su interior, un espacio suntuoso de ornamentaciones platerescas y frescos en blanco y negro contaba historias mientras se recorrían sus arcadas y sus patios. Ahora no se puede entrar. También sufrieron daños la presidencia municipal y numerosas casas de arquitectura vernácula. En Tlayacapan se ha distribuido una gran cantidad de ropa, víveres y otros artículos del centro de acopio. Entre otros artículos, se observan montones de colchones que todavía no se distribuyen. Una señora, junto con sus dos hijos pequeños, de brazos, se acercó al lugar donde se repartía la ropa que había llegado de varias partes de la república. Le preguntamos si su vivienda había sufrido daños y nos respondió que vivía en una casa de cartones, los cuales sólo se movieron un poquito, y que los había vuelto a enderezar. El desastre se sumó a las carencias y la pobreza que enfrentan estas poblaciones desde hace siglos.

También encontramos desolación y recelo. Muchos pobladores nos dijeron que no confiaban en las autoridades locales y menos en las federales o estatales; se quejaban de la falta de orden y de apoyo para obtener información de lo que sucedería con sus viviendas; dijeron sentir que el gobierno tiene que ayudarlos, pero que no tiene capacidad ni voluntad. A la situación de emergencia y desastre se suma el contexto previo de pobreza y marginación, de falta de atención institucional y corrupción de muchas décadas, por no decir de siglos. Falta información explícita sobre qué instituciones están involucradas, sobre qué están haciendo el INAH y otros organismos gubernamentales para transparentar la gestión de ayuda. No obstante que era evidente la presencia de varias instituciones gubernamentales y de varios grupos de organizaciones civiles, la percepción de la gente giraba en el sentido de que faltaba ayuda.



Calle en Tepalcingo, Morelos. **Fotografía** © Miguel Ángel Izcoatl.

Dejamos Tlayacapan y llegamos al municipio de Tepalcingo, situado en la zona sureste del estado de Morelos y que limita al norte con Jonacatepec y al sur con el estado de Puebla. Este pueblo se ubica en la ruta de conventos agustinos que empezaron a construirse en Ocuilco en 1533. Caminamos por las calles de Jonacatepec, donde también observamos muchos daños, aunque menos que en Tlayacapan. Llegamos en los días de las fiestas de san Miguel y una señora, junto con su marido e hijo, vendían pericón, que recogen cerca de su casa, un poco alejada de la población central. Platicamos con ella y nos contó del “susto del temblor” y de cómo “nunca antes se había sentido así”. La señora pensaba que el temblor fue culpa del nuevo presidente de Estados Unidos de América, quien odia tanto a México; nos dijo: “Seguro que anda mandando cohetes que hacen que se provoquen estos temblores”.

El conjunto conventual de esta población también presentaba daños fuertes, sobre todo en algunas paredes. Un grupo de señoras que tienen sus viviendas cerca de este monumento histórico nos preguntaron si éramos del INAH y les respondimos que sí —¿será que nuestra vestimenta, actitud o apariencia nos hace ver como “del INAH”?—. Nos comentaron que no habían llegado arquitectos ni

restauradores para evaluar los daños de las casas. Les explicamos que se estaba haciendo todo lo posible, que eran muchas las viviendas que presentaban problemas, pero que de seguro serían atendidas en los próximos días.

De las localidades que visitamos, Tepalcingo es la que registró los daños más severos en la arquitectura. Todas las iglesias del pueblo, coloniales y de los siglos XIX o XX tienen cuarteaduras y están cerradas; así lo constatamos cuando visitamos las iglesias de la Santa Cruz, de Guadalupe, de San Martín, de San Francisco y de La Concepción. Caminamos hacia su santuario que, según leímos antes de llegar, reviste una gran importancia, ya que durante la Cuaresma, y sobre todo en Semana Santa, las procesiones llegan desde muchos puntos de la República mexicana y de Estados Unidos de América.

Ver de cerca la iglesia de Jesús Nazareno resultó impactante. La fachada es una de las más hermosas de México, con una gran riqueza escultórica y una serie de retablos. El remate del templo está formado por tres cruces con Jesús al centro, flanqueado por dos santos. La fachada es una cavidad repleta de figuras y columnas que cambian sus dimensiones o se contorsionan para envolver a las primeras. Alguien nos dijo que la fachada entera se encuentra hecha de argamasa, la cual se fue modelando para dar esa riqueza de figuras y ornamentos. Ahora la mitad yace en el atrio y resulta casi imposible descifrar lo que nos contaron. No conocíamos esta iglesia. De pie ante las puertas cerradas y las bardas derruidas, contemplamos su fachada con admiración y tristeza.

En la plaza central estaba el albergue, un centro de acopio relativamente grande y bien surtido con medicamentos y comida. Ahí había presencia de brigadas de salud, del ejército y la policía federal. También allí la población civil se había organizado para la limpieza de escombros y era curioso observar en las casas letreros pegados que agradecían la ayuda que se le estaba dando al pueblo.

Las opiniones sobre los severos daños de la iglesia eran contradictorias. Algunas personas decían que se debería demoler el santuario y construir una nueva iglesia, pero otras muchas argumentaban que debía restaurarse el templo, aunque manifestaron su preocupación en cuanto a si habría manera de hacerlo.

A menos de dos cuerdas hay otra iglesia que parece del siglo XIX, tal vez el templo de la hacienda que hace muchos años dominó la región. Sin embargo, llamó nuestra atención la cúpula a punto de caerse. Movida de su centro, ésta descansaba sobre la parte alta del edificio y enormes grietas cruzaban los lados opuestos de la bóveda. Había dos personas en el atrio que nos miraron e hicieron un gesto que denotaba un “ya ven lo que pasó”. Nos acercamos con más confianza y nos dijeron que eran los mayordomos que cuidaban el lugar. Después de platicar un rato, nos preguntaron si queríamos ver la iglesia por dentro; por supuesto, les dijimos que sí. Caminamos hasta una pequeña puerta en la sacristía y al cruzarla nos encontramos bajo la bóveda a punto de caer. La luz del sol entraba por las grietas, formando líneas caprichosas en el suelo vacío. Toda la iglesia estaba desprovista de mobiliario: sin bancas, sin imágenes, sin veladoras, sin flores; sólo había cerros de polvo acumulado en los rincones, y el altar en pedazos denotaba una frialdad incomprensible. Las iglesias son el espacio del silencio, pero aquí el vacío y el polvo que flotaba en el aire, así como las puertas cerradas y el peligro



Tlayacapan, Morelos. **Fotografía** © José Luis Martínez Maldonado.

de un derrumbe, hacían del silencio algo pesado y perturbador. Nadie habló mientras estuvimos dentro y salimos casi con prisa de reanudar las voces.

Caminamos por las calles limpias y regadas, con muros derruidos que dejaron al descubierto cocinas y recámaras. En una casa, la sala era un patio exterior. La gente salía a las calles; apenas nos veían; se quejaban y pedían ayuda.

Se dice que muchos manantiales sulfurosos y de aguas termales se secaron debido a las profundas grietas: Agua Hedionda en Cuautla, Apotla en Puente de Ixtla, San Ramón y Palo Bolero en Xochitepec.

También los daños fueron cuantiosos en Tepoztlán, sobre todo en el convento de La Natividad, construido en el siglo *xvi*. No obstante, en la población no se observaba el ambiente de emergencia y desolación que observamos en las otras comunidades. Nos comentaron que habían sido muy prudentes durante las fiestas de san Miguel y que prohibieron que “se echaran cuetes” para evitar más daños en los templos y capillas.

Después del recorrido, consideramos indispensable que el INAH desarrolle un protocolo que ayude a orientar las gestiones, las actividades y los apoyos ante los desastres naturales. Nos damos cuenta de que falta divulgar información acerca de las funciones del INAH y los procedimientos que deben llevarse a cabo ante desastres de esta magnitud.



Jonacatepec, Morelos. **Fotografía** © José Luis Martínez Maldonado.

Las secuelas del sismo del 19 de septiembre de 2017, que dejaron casi 2000 edificios históricos con daños severos y menores, son sin duda el mayor desastre que ha enfrentado el instituto. No sólo los edificios, casas y templos fueron dañados, también los bienes inmuebles: esculturas, pinturas, retablos destruidos y recogidos por los mayordomos o las cofradías para resguardarlos. Los archivos también corren riesgo, y de igual forma las casas de arquitectura vernácula que le dan sentido y pertenencia a las poblaciones de Morelos.

El INAH tiene varios retos, y su comunidad de antropólogos también. Construir protocolos y difundirlos es la tarea de los organismos de gobierno. Hoy es necesario informar por qué demoler el patrimonio dañado no es una solución, sino la destrucción de nuestro pasado, de nuestra memoria, de nuestra historia.

Entre otros muchos desafíos, los antropólogos del INAH necesitamos coadyuvar para dar a conocer la importancia y el valor del patrimonio cultural y divulgar los mecanismos para su custodia y salvaguardia en caso de desastres naturales como los sismos o de cualquier otra índole.

La gente platica del miedo que sintió cuando el terremoto empezó a hacer tambalear escaleras y paredes. Muchos piensan que los vecinos y los familiares son más activos que las autoridades y se involucran con rapidez en la ayuda. Hacer algo en forma completamente desinteresada por otra persona, ayudar en situaciones de crisis, es una reacción humana característica: nos ponemos de in-



Paredes de Jonacatepec, Morelos. **Fotografía** © José Luis Martínez Maldonado.

mediato en los zapatos del otro; compartimos su miedo y su dolor. Sin embargo, la solidaridad se acaba pronto; no es una manifestación sostenida, y las instituciones gubernamentales están obligadas a hacerse cargo de la situación. Se comenta que desde el terremoto de 1985 hasta la fecha se ha avanzado mucho en los protocolos de seguridad; puede ser, pero faltan más estrategias de acción y respuesta inmediata.

Sabemos que los terremotos no se pueden prevenir, pero también que las sociedades que habitan en lugares donde continuamente hay sismos deben estar mejor preparadas y con protocolos más claros para actuar en caso de emergencia. El INAH tiene el mandato de la investigación, divulgación y salvaguardia del patrimonio cultural, no sólo monumental, sino también del vivo que se crea y se recrea cotidianamente, constantemente; es decir, del diverso y valioso patrimonio que se ha formado por siglos, que es parte de nuestro presente y que tenemos la obligación de seguir cuidando para futuras generaciones.

Los sismos de septiembre de 2017 y la protección del patrimonio cultural en Tepeyanco, Tlaxcala

Nazario Sánchez Mastranzo, Alatiel de la Mora Gómez,
Claudia Jazziel Lumbreras Delgado, Milton Gabriel Hernández García
y Omar González Ramírez*

Como es ampliamente sabido, además de las pérdidas humanas y patrimoniales que provocaron los sismos de septiembre de 2017, éstos tuvieron un severo impacto en el patrimonio cultural de diferentes estados de la república, como Morelos, Puebla, Oaxaca y Chiapas. En Tlaxcala, las principales afectaciones ocurrieron en los templos ubicados en la parte sur de la entidad, aunque no de manera exclusiva. Tampoco pueden dejar de mencionarse los daños sufridos por la parroquia de San José, el hospital general y algunas viviendas en la capital del estado. Motivo de alarma para varias comunidades fueron asimismo los derrumbes que provocó el sismo del 19 de septiembre en la zona de la Malintzi, en particular en el municipio de Ixtenco, los cuales fueron reportados por los medios de comunicación.

Ante estos eventos telúricos, una vez que se supo que, por fortuna, en Tlaxcala no había pérdidas humanas, la preocupación central de la delegación del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) en el estado tuvo que ver con las afectaciones en los edificios públicos, sobre todo en aquellos de carácter histórico y en las zonas arqueológicas. De inmediato, las secciones de Monumentos Históricos y de Restauración se desplegaron en múltiples visitas para evaluar y hacer dictámenes técnicos sobre las afectaciones al patrimonio cultural. Se visitaron 133 templos y, en términos generales, se determinó que 11 estaban en alto riesgo, 11 en medio y 111 en bajo.

A las visitas a ciertas comunidades se sumaron investigadores de las secciones de Historia y Antropología. En el transcurso del recorrido constatamos que los fiscales, mayordomos y personas interesadas se mostraban sumamente preocupados por las afectaciones visibles a sus templos. Incluso para muchos de ellos las pequeñas fisuras representaban un riesgo alto, aun cuando técnicamente no fuera así. Una de las principales preocupaciones de las personas que se acercaron durante los recorridos era conocer sobre la suerte de sus actividades religiosas y festivas, debido a que en muchos casos se acercaba la fiesta patronal, algún bautizo o boda. Por eso, a pe-

* Centro INAH Tlaxcala (antolin_sanchez@inah.gob.mx, alatiel_delamora@inah.gob.mx, claudia_lumbreras@inah.gob.mx, milton_hernandez@inah.gob.mx y omar_gonzalez@inah.gob.mx).



Iglesia de San Francisco de Asís, Tepeyanco, Tlaxcala, septiembre de 2017. **Fotografía** © Acervo del Centro INAH Tlaxcala.

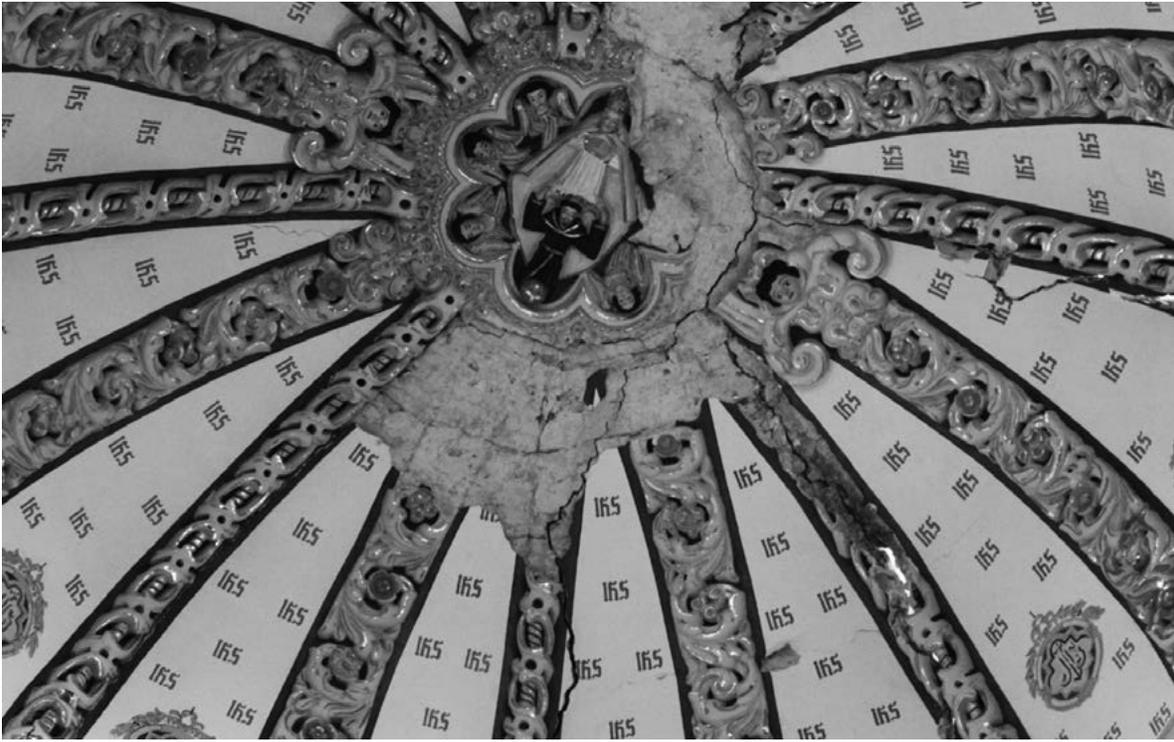
sar de la situación en que se encontraban sus monumentos, la afectación social en sus actividades y compromisos ceremoniales era una preocupación constante.

Pudimos recoger algunos testimonios en algunas comunidades de origen nahua sobre la percepción cultural que la población tiene sobre la causa de estos fenómenos:

Las sacudidas se deben a que, como Dios tiene el mundo en su mano, también se cansa; principalmente, por los pecados de los hombres. El primer temblor fue porque se cansó y sólo sacudió la mano, pero como cada vez somos más pecadores, ya no aguantó y cambió de mano. Por eso se sintió más feo el segundo. Cuando Dios estaba cambiando de mano, el demonio le pegó con su cola al mundo, por eso lo que más se afectaron [sic] fueron las iglesias. Por eso los padrecitos nos piden rezar, para que el demonio no destruya el mundo [notas de campo, San Marcos Contla, septiembre de 2017].

En las comunidades de habla náhuatl, los sismos son entendidos como sacudimientos de la tierra, razón por la cual se denominan *tlalollin*, que literalmente significa “movimiento de tierra”.

Otra de las tareas emprendidas consistió en la búsqueda de información sobre la historia de los sismos en Tlaxcala. Encontramos, por ejemplo, una serie de indicios sobre una devoción especial hacia finales del siglo XVIII y hasta principios del XIX. Esta devoción se originó luego del sismo ocurrido el 16 de agosto de 1711, cuando la sociedad local se volcó a venerar a san Roque, identificado como



Iglesia de San Francisco de Asís, Tepeyanco, Tlaxcala, septiembre de 2017. **Fotografía** © Acervo del Centro INAH Tlaxcala.



Iglesia de San Francisco de Asís, Tepeyanco, Tlaxcala, septiembre de 2017. **Fotografía** © Acervo del Centro INAH Tlaxcala.



Iglesia de San Francisco de Asís, Tepeyanco, Tlaxcala, septiembre de 2017. **Fotografía** © Acervo del Centro INAH Tlaxcala.

santo protector contra los eventos telúricos. También encontramos información sobre el sismo del 3 de octubre de 1864, cuando la cúpula de la parroquia de San José y la bóveda de su sacristía se vinieron abajo. Este sismo, que además afectó templos en Huamantla, Chiautempan, Teolocholco, Tlaxco y Nativitas, entre otros poblados, cobró la vida del sacristán de San José y de su hija, quienes murieron bajo los escombros (Dávila Ortiz, 2002). Esta información fue compartida en las comunidades visitadas, lo cual les aportó elementos para resignificar los acontecimientos que acababan de ocurrir y que mantenían a la población con fuertes niveles de nerviosismo y temor.

En los sismos de septiembre de 2017, las iglesias de San José, Ixtacuixtla y Tepeyanco fueron tres de las más afectadas. El presente texto ofrece en las siguientes páginas una versión sobre lo ocurrido en este último poblado. Hemos decidido hablar de Tepeyanco, sobre todo, por la relevancia histórica de este municipio, que se expresa en diferentes monumentos y en objetos patrimoniales que decoran el interior de su templo parroquial, algunos de los cuales pertenecían al ex convento, construido durante el siglo *xvi*.

Tepeyanco se ubica a 10 kilómetros de la ciudad de Tlaxcala. Es la cabecera del municipio del mismo nombre, al cual pertenecen las comunidades de Las Águilas, Santiago Tlacoachcalco, La Aurora, San Cosme Atlamaxac y San Pedro Xalcaltzinco.

En la actualidad, la población de Tepeyanco no es considerada como indígena ni se autorreconoce como tal. A pesar de su cercanía con la capital, algunas personas siguen trabajando en el cam-



Iglesia de San Francisco de Asís, Tepeyanco, Tlaxcala, septiembre de 2017. **Fotografía** © Acervo del Centro INAH Tlaxcala.



Iglesia de San Francisco de Asís, Tepeyanco, Tlaxcala, septiembre de 2017. **Fotografía** © Acervo del Centro INAH Tlaxcala.



Iglesia de San Francisco de Asís, Tepeyanco, Tlaxcala, septiembre de 2017. **Fotografía** © Acervo del Centro INAH Tlaxcala.

po. Los servicios, el trabajo agrícola y el comercio son las actividades económicas más importantes. Las autoridades civiles se organizan en torno al ayuntamiento, integrado por el presidente municipal, seis regidores, siete presidentes de comunidad y 16 direcciones municipales.

La instancia comunitaria responsable del resguardo de los bienes culturales de la iglesia está constituida por cuatro fiscales y cuatro sacristanes. Todos ellos conforman la parte más alta de los cargos en el ámbito eclesiástico. “Después están los mayordomos de las imágenes, que son como unos 50; por eso tenemos fiestas todo el año. Cada mayordomo se encarga de su imagen”, explicó el sacristán de Tepeyanco (2017).

Según los testimonios recogidos en la comunidad, tras los sismos del 7 y 19 de septiembre en Tepeyanco no se reportaron afectaciones materiales en viviendas, espacios públicos, cerros, drenaje, instalación eléctrica, tubería de agua potable, pozos, etcétera. Sin embargo, la parroquia de San Francisco de Asís, el ex convento franciscano y la escuela primaria sufrieron daños considerables.

Según el dictamen elaborado por personal del Centro INAH Tlaxcala, en la parroquia de San Francisco la cúpula se fracturó y, en consecuencia, presentó grietas por continuidad en los brazos del transepto, en muros laterales y en el muro testero. En el paramento de la fachada principal se abrió una grieta que corre del remate de la portada hacia la ventana, atravesando el muro, en dirección hacia el coro. Se trata de una grieta severa que nació del centro de la cúpula y atravesó el centro del tambor. En el interior del templo aún se observa el desprendimiento de elementos decorativos y constructivos de la cúpula.

En el ex convento franciscano se generaron grietas estructurales en el muro testero, así como grietas y fisuras en la bóveda de cañón. Además, hubo desprendimiento de material constructivo en el área del claustro, lo cual representa un riesgo para los visitantes y para el personal de custodia. Como la escuela primaria colinda con el ex convento, un muro del espacio educativo tuvo afectaciones derivadas de los daños que sufrió el edificio histórico. El riesgo mayor es que el muro donde los niños se repliegan durante los sismos colinda con el ex convento; por eso, en la actualidad es necesario



Iglesia de San Francisco de Asís, Tepeyanco, Tlaxcala, septiembre de 2017. **Fotografía** © Acervo del Centro INAH Tlaxcala.

que la escuela cuente con un nuevo plan de contingencias, avalado por protección civil, que no implique la utilización de este muro.

Los fiscales y sacristanes, así como restauradoras del Centro INAH Tlaxcala, acordaron que los bienes culturales de la iglesia se resguardaran de manera temporal en diferentes espacios que se encuentran en la parroquia de San Francisco. Debido a su naturaleza, algunas obras aún se encuentran en la nave, el presbiterio y el bautisterio.

Por otro lado, según testimonios locales, las condiciones de vivienda, alimentación, abasto, agua potable y sanidad no presentaron alteración alguna después del sismo. Sin embargo, se interrumpieron las celebraciones religiosas cotidianas. A pesar de que la iglesia de San Francisco es el centro ceremonial de Tepeyanco, la comunidad tuvo que realizar la fiesta patronal en una sede alterna:

Aquí la población está temerosa; quiere que esto vuelva a la normalidad. Aquí el templo es nuestra vida, es el corazón del pueblo. Desafortunadamente, esto nos agarró unos días antes de la fiesta patronal. Hemos tratado de mantener a la gente tranquila. No se está permitiendo la entrada al templo para evitar un percance mayor. Estamos buscando alternativas, porque la fiesta no se puede cancelar. Si la cancelamos, ahí sí tendríamos problemas. Ahorita vamos a ocupar la capilla del Cerrito, para que allí se haga la fiesta de la mejor manera posible. Y la gente [sic], en un principio, cuando se toman opiniones no todas son a favor, pero no ha pasado a mayores [sacristán de Tepeyanco, 2017].



Iglesia de San Francisco de Asís, Tepeyanco, Tlaxcala, septiembre de 2017. **Fotografía** © Acervo del Centro INAH Tlaxcala.



Iglesia de San Francisco de Asís, Tepeyanco, Tlaxcala, septiembre de 2017. **Fotografía** © Acervo del Centro INAH Tlaxcala.

Los fiscales y mayordomos se han coordinado para reorganizar y adaptar la fiesta patronal y los festejos que la preceden, con base en las recomendaciones de protección civil y del Centro INAH. Por ejemplo, las mayordomías decidieron suspender la pirotecnia y los fuegos artificiales, que tradicionalmente se prenden antes y durante la fiesta, y los festejos mismos tuvieron que circunscribirse al espacio más pequeño de la capilla del Cerrito o del Calvario. Además, por recomendación de nuestro instituto, los fiscales suspendieron de manera temporal el repique de campanas.

Debido a la presencia que ha tenido el personal del Centro INAH Tlaxcala en la comunidad antes y, sobre todo, después del sismo, existe un clima de tranquilidad respecto a las medidas que se están tomando para no permitir que se sigan deteriorando los bienes culturales. Al respecto, un fiscal señaló:

De hecho, la gente ahorita confía en nosotros; nosotros también confiamos en el INAH como institución. Todas las facilidades las tendrán para poder hacer los trabajos que sean necesarios en beneficio de la comunidad. Es necesario apuntalar y también cubrir los retablos. Cada mayordomo se hace cargo de su imagen. Pero con el movimiento que hay ahorita, no podemos tener aquí tanta gente, no pueden estar aquí todos los mayordomos. Nosotros estamos agradecidos porque vemos que sí le están poniendo in-



Iglesia de San Francisco de Asís, Tepeyanco, Tlaxcala, septiembre de 2017. **Fotografía** © Acervo del Centro INAH Tlaxcala.

terés a nuestra iglesia. Ustedes, como INAH, son responsables de los edificios históricos, y esto que pasó no es culpa de nadie. Lo que les vamos a pedir nada más es que se trate de resguardar lo que tenemos. Nosotros somos fiscales pero ya estamos próximos a salir, en enero [fiscal de Tepeyanco, 2017].

Esto ha sido posible debido a que una de las estrategias para asegurar una coordinación adecuada entre la comunidad y el centro regional ha consistido en poner especial atención en el acompañamiento, la asesoría técnica y, particularmente, en el proceso de transición con el nuevo grupo de fiscales.

Además del diálogo cercano con la representación estatal del INAH, las autoridades comunitarias se han vinculado con diversas instituciones de gobierno para enfrentar la contingencia, como el área de protección civil del ayuntamiento y la Secretaría de Obras Públicas, Desarrollo Urbano y Vivienda (Secoduvi) del gobierno estatal, que facilitó el plástico para cubrir la cúpula que posteriormente pusieron los trabajadores del municipio.

Las actividades de resguardo y protección de los bienes culturales de Tepeyanco empezaron el mismo 19 de septiembre, unas horas después del sismo. A partir del 2 de octubre se iniciaron las labores de apuntalamiento y protección con los recursos de los Apoyos Parciales Inmediatos (Apin) del gobierno federal, bajo la supervisión del INAH. Las autoridades religiosas de la comunidad consideran que el acompañamiento que ha realizado el INAH es adecuado, sobre todo en la restauración del templo, pues en definitiva es más importante para la comunidad que el propio convento u otros espacios públicos.

Durante y después de los procesos de apuntalamiento y protección del monumento y de los bienes muebles e inmuebles por destino, una de las labores principales de quienes participaron por parte del INAH consistió en informar y hacer partícipes a fiscales, sacristanes y mayordomos, con la intención de que conocieran el trabajo de restauración en forma cercana para que fueran un canal de comunicación con el resto de la población.

Las autoridades comunitarias solicitaron que las instituciones responsables, en particular el INAH, presentaran de manera oral y por escrito ante las autoridades civiles y religiosas, y de preferencia ante la comunidad entera, un informe técnico de los daños provocados por el sismo, así como un informe de la planeación y de los recursos para la restauración del inmueble.

En la actualidad, los fiscales y sacristanes realizan los trámites correspondientes para llevar a cabo sus festejos y celebraciones, pero ahora de acuerdo con la normativa del INAH. Sin embargo, estaban preocupados por informar y capacitar a quienes los sustituirán en el cargo, ya que en enero de 2018 dejarían sus nombramientos. Por tanto, les interesa que las nuevas autoridades participen y den seguimiento tanto a sus tradiciones como a las acciones de restauración y conservación del templo. Un reto importante del Centro INAH Tlaxcala será el de coordinar y acompañar de manera organizada y participativa los diferentes esfuerzos orientados a la restauración del patrimonio dañado en Tepeyanco y en las demás comunidades afectadas.

Fracturas del patrimonio. O las formas de valorar que el sismo exhibió. Notas sobre Tlayacapan

Israel Lazcarro Salgado*

Como todos sabemos, un terremoto con epicentro en el Altiplano es inusual. Sin embargo, como la historia lo demuestra, y a juzgar por el patrón cíclico que presenta el movimiento tectónico en México, todos hemos de sufrir al menos dos grandes sismos a lo largo de nuestra vida. Tales son las consecuencias de vivir en una tierra presionada entre cuatro placas tectónicas, que han diseñado la accidentada línea costera al sur de nuestro país. Lo insólito del movimiento que sacudió el centro de México el 19 de septiembre de 2017 —fecha que pareciera sugerir un humor macabro por parte de la naturaleza— fue ciertamente el epicentro: en los límites entre los estados de Morelos y Puebla, muy lejos de la costa.

Por su ubicación, el epicentro fue particularmente dañino para un área que no sólo se distingue por su densidad demográfica, sino también por la abundancia de edificios históricos legados por la colonización europea desde principios del siglo XVI. Fue precisamente entre los valles de México, Puebla y Morelos, además de Tlaxcala, donde la evangelización cristiana dio sus primeros pasos sobre tierras continentales. Testimonios del proceso colonial y los trastornos más radicales enfrentados por los pueblos indígenas son esas centenas de iglesias y capillas construidas por los propios indígenas. Muchas de estas capillas guardan hoy cientos de imágenes de santos talladas en madera, las cuales, más allá de su simbolismo religioso, son en conjunto un baluarte artístico e histórico.

Si algún sitio se destaca por conservar abundante patrimonio histórico y arqueológico es precisamente el área azotada por este sismo “intraplaca”. Luego de las circunstancias que produjo el sismo, el resguardo y protección de dicho patrimonio se revela como una tarea urgente y titánica para la institución responsable de ello: el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). Como suele ocurrir, este tipo de eventos catastróficos saca a la luz lo mejor y lo peor de nuestra sociedad, y un complejo desafío a las instituciones. Fue por iniciativa de la Coordinación Nacional de

* Coordinación Nacional de Antropología, INAH (isralazcarro@yahoo.com.mx).



Nave lateral de la iglesia de San Andrés Cuauhtempan, gravemente dañada, Tlayacapan, Morelos.
Fotografía © Israel Lazcarro.

Antropología (Cnan), con el impulso dado por la Dirección General del INAH, que acudí a Tlayacapan, uno de los municipios más dañados por el sismo en Morelos. Las siguientes líneas surgen de esa experiencia.

Tlayacapan es la cabecera municipal de la demarcación con el mismo nombre. Es uno de los pueblos emblemáticos del norte de Morelos, pues conserva arquitectura colonial de enorme valor histórico, al haber sido uno de los primeros pueblos donde los agustinos hicieron levantar un monasterio, tres años después de haber llegado al continente americano, en 1533. Además del conjunto conventual, en Tlayacapan hoy se conservan hasta 27 capillas, muchas de ellas edificadas desde el siglo XVI, aunque la mayoría se erigieron durante el XVII.

Todos esos edificios coloniales quedaron dañados en extremo luego del sismo. En particular, el estado del conjunto conventual resulta preocupante, ya que presenta gravísimos daños en la bóveda de cañón y algunos derrumbes en el altar neoclásico. Luego de mi llegada a Tlayacapan, visité el conjunto y observé que una enorme grieta se abría en el techo de la bóveda, tras el derrumbe de algunos fragmentos que dejaron un hueco de unos ocho o nueve m de largo por dos m de ancho, mientras que lo que quedaba del techo amenazaba con desplomarse. La grieta fue cubierta con una lona plástica para que impidiera momentáneamente la entrada de la lluvia; sin embargo, la intervención de arquitectos y andamiajes para sostener el edificio se reveló a todas luces urgente. El lamentable estado del convento quizá fue lo que más preocupó a los habitantes de Tlayacapan.

Muchas de las capillas dañadas conservan imágenes de santos bastante antiguas. No me causó extrañeza que la gente de Tlayacapan se preocupara, sobre todo, por salvar y restaurar a sus santos antes que los templos. Por eso, destaca el caso de san Juan Bautista, el santo patrono de Tlayacapan, cuya imagen permanece en el altar del semiderruido convento agustino. Se dice que esta imagen no pudo ser retirada —en principio, por la fragilidad estructural del edificio—, aunque muchos suponen que fue el propio santo quien no quiso retirarse: “Está ahí, sentado, y no se va a mover pues ahí está su casa”, refieren algunos ancianos. Otros más especulan que mientras san Juan esté ahí, el convento podrá reconstruirse. Sin embargo, muchos otros temen que sea el final del inmueble.

Sorprende el pesimismo respecto a la posibilidad de salvar esos edificios antiguos. Algunas iglesias quedaron tan dañadas que mucha gente asumió que ya no tenían remedio. En ciertos casos, no sin pesar, parecen estar dispuestos a derrumbarlas por completo, de modo que se asombran al escuchar que los arquitectos aseveran que es posible salvar los templos.

La historia es otra en el caso de las imágenes de los santos. Así, por ejemplo, una pierna hecha en madera, perteneciente a una imagen de san Pedro, se fracturó tras caer por el sismo. Desde entonces, el mayordomo de la capilla de Altica tiene a la imagen recostada en su cama, en espera de la asesoría de algún restaurador. Otros mayordomos más muestran preocupaciones análogas para restaurar dedos, cabezas y brazos de diversos santos dañados. Muchas imágenes son bastante antiguas y, por fortuna, se conservan gracias al cuidado de los mayordomos, quienes hoy las protegen e incluso hacen guardias nocturnas, ante la amenaza de que la delincuencia organizada está tras estas



Fachada dañada del convento de San Juan Bautista, Tlayacapan, Morelos.
Fotografía © Israel Lazcarro.



Bóveda del convento de San Juan Bautista en riesgo de colapso, Tlayacapan, Morelos.
Fotografía © Israel Lazcarro.

imágenes para su venta en el mercado negro. Mientras estuve en Tlayacapan, algunos pobladores me hicieron saber del peligro que ocasionó gente armada que aprovechaba el caos provocado por el sismo, la cual se desplazaba por diversas localidades a bordo de motonetas y buscaba puntos vulnerables para robar las imágenes. Por eso, los mayordomos se organizaron para resistirlos. De hecho, los últimos 10 años han sido particularmente difíciles y, por desgracia, algunas imágenes fueron robadas, como en el caso de Santiago Caballero, en la capilla del Barrio de Santiago, del que sólo quedó su caballo como pieza original.

Algunas de estas imágenes destacan por su técnica de elaboración prehispánica, en la que se utiliza pasta de caña de maíz, la cual dota a estas obras de especial valor histórico e incluso antropológico. Es el caso de un par de crucifijos y dos imágenes de san Agustín, elaborados con esta pasta liviana, bellamente ornamentados, aunque muy deteriorados. Tras el sismo, éstas fueron resguardadas por los mayordomos de San Agustín Amatlipac, cuya iglesia quedó parcialmente dañada, en especial la torre, que amenaza con derrumbarse en cualquier momento.

El riesgo de colapso de este inmueble es tan alto que la fiscal de la iglesia, una mujer que roza los 40 años, a duras penas me permitió entrar al templo. Ahí pude ver una talla en madera de san Agustín, arrumbada en un rincón, apolillada y metida en una bolsa plástica. La imagen estaba apoyada en el muro de la torre y se mojó debido al agua de lluvia que se filtraba a través de las grietas. Sin embargo, la fiscal no se atrevía a retirarla, pues temía que cualquier movimiento derrumbara la torre; según ella, el santito sostenía el muro. Me arriesgué a quitar la imagen de ahí para colocarla, junto con todas las demás, fuera de la iglesia. Resulta curioso que, en todas las imágenes religiosas, san Agustín, el obispo de Hipona, siempre aparece sosteniendo una iglesia —un templo en miniatura fracturado que el obispo sostiene en su mano, metáfora de su papel como teólogo de la Iglesia—, función que, de hecho, ejercía literalmente en el caso de la iglesia de Amatlipac.

Las posibilidades de colapso que se observan en la iglesia de San Agustín Amatlipac no son un caso aislado. De las 17 capillas ubicadas en las inmediaciones de la cabecera, la gran mayoría presenta daños fuertes en torres, campanarios y techos. Sin embargo, la que presenta los daños más graves es la capilla del Señor de la Exaltación, cuya cúpula se vino abajo, además de presentar grietas severas en la nave. Dado el nivel de destrozos en esta capilla, la gente juzga que no es posible repararla y que resulta necesario demolerla. Al parecer, los pobladores no tienen memoria de sismos anteriores y se sorprendieron al saber que sus capillas fueron restauradas a lo largo de los siglos, luego de sufrir daños causados por eventos similares.

En lo que respecta a la capilla de Altica, si bien los daños se limitaron a grietas en la nave y el pórtico, la torre quedó tan mal que los mayordomos resolvieron, por desgracia, derrumbarla. Los trozos de la torre están apilados frente a la capilla. Aunque los arquitectos del INAH evaluaron los daños y dieron las directrices para la restauración, desafortunadamente llegaron tarde. En cambio, destaco el caso de la capilla de San Martín, severamente dañada, en especial sus dos torres, que debido a sus múltiples fracturas están a punto de colapsarse. Como en la iglesia de San Agustín Amatlipac, al notar



Aspecto interior del semiderruido convento de San Juan Bautista, Tlayacapan, Morelos. **Fotografía** © Israel Lazcarro.

que las torres presentaban graves daños, los mayordomos y la gente del lugar creyeron que era preferible tirarlas. Por fortuna, gracias a la intervención oportuna de un mayordomo que prestó oído a los arquitectos, las torres no fueron demolidas. Se trata de una de las capillas más ornamentadas y bellas del contexto arquitectónico de Tlayacapan, que requiere atención urgente. Casos similares se repiten a lo largo y ancho del municipio, del estado y del país.

Después del sismo del 19 de septiembre pasado, las brigadas de antropólogos organizadas por la Cnan y los especialistas del INAH ciertamente han desarrollado una valiosa y encomiable tarea de salvaguarda, solidaridad y apoyo, como parte de las funciones propias del instituto, organismo del gobierno federal que es el responsable de la investigación, registro, resguardo y difusión del patrimonio histórico y arqueológico de México.

A mi llegada a Tlayacapan, pronto advertí que los arquitectos y arqueólogos del INAH ya se habían movilizado en el área. No obstante, el sismo también reveló las graves limitaciones a las que se enfrenta la propia institución: si la promoción, resguardo y valoración del patrimonio histórico del país son tareas sustantivas del INAH, encontramos un ominoso panorama al advertir que la población que hoy habita el estado de Morelos no comparte semejantes criterios en relación con su propio patrimonio: evidencia de una sintomática desconexión propia de un entorno adverso, que parece haber impedido que un mensaje institucional lograra llegar a su destino, toda vez que son tareas del instituto difundir y promover la valoración del patrimonio nacional, al menos entre los propios ciudadanos.

Esto nos lleva a preguntarnos qué es el patrimonio. Como queda en evidencia, para gran cantidad de pobladores de Tlayacapan el principal patrimonio son los santos; por ello, éstos deben ser



Imagen de san José, patrono de San José de los Laureles, resguardada por sus pobladores, Tlayacapan, Morelos. **Fotografía** © Israel Lazcarro.



Imágenes resguardadas por los habitantes de San José de los Laureles ante el riesgo de robo, Tlayacapan, Morelos.
Fotografía © Israel Lazcarro.

objeto de protección y resguardo. Evidentemente existe un conflicto entre lo que una población considera como tal y lo que el Estado, en particular el INAH, defiende como patrimonio. En este contexto, el patrimonio se ve inmerso en dos —o más— formas de valoración y sus respectivas formas de historicidad y memoria. Al ser categoría jurídica, el patrimonio engarza al Estado y sus respectivas formas de ejercicio del poder con determinadas formas del saber, de construir conocimientos y memoria. Este engarce es del todo contradictorio, toda vez que el Estado neoliberal mexicano amparó por igual los saberes y valoraciones emanados por los investigadores del INAH, así como los saberes y formas de valoración transmitidos por la industria del turismo y el espectáculo. De este modo, el discurso de Estado mexicano es ambiguo, incluso contradictorio o casi esquizofrénico: el rescate y la reconstrucción detonados a partir del terremoto enfrentaron al INAH con Protección Civil, por poner un simple ejemplo. En torno al patrimonio histórico registrado por el INAH en Tlayacapan, el Estado lo ha instrumentado políticamente, al promover su configuración como “pueblo mágico” e imponer un régimen discursivo —arquitectónico en primer lugar— orientado a convertir cada pueblo mexicano en un bello escenario, con un reiterado esquema de lo “típico”, hecho de adoquines y tejas coloradas al gusto del turismo.

Tras largos años de constante bombardeo con imágenes y discursos estéticos “modernos”, la incompreensión y la falta de herramientas para apreciar lo propio son hoy ostensibles. De este modo, no sólo la población parece estar ciega ante su patrimonio, ya que hasta algunos funcionarios de todos los niveles de gobierno padecen similar ignorancia respecto a la importancia de

preservar el paisaje arquitectónico e histórico del país, sin montajes pintorescos. El personal de Protección Civil de Tlayacapan avaló en unas cuantas horas una cascada de demoliciones que causaron más daños que el sismo. El gobierno municipal alentó la destrucción de diversas edificaciones antiguas dañadas —de adobe en su inmensa mayoría—. Muchos vecinos advirtieron que lo anterior ocurrió sobre todo en el caso de propietarios vinculados con el gobierno municipal. En muchos otros casos, los dueños de edificios severamente dañados no se animaron a demolerlos, debido al miedo de ser castigados por un gobierno que no les garantizaba protección más que por el mero hecho de tratar de resguardar un patrimonio histórico. La impotencia fue lo que salvó gran parte del patrimonio arquitectónico de Tlayacapan, y no la valoración como patrimonio cultural e histórico.

Ciertamente, el sismo se convirtió en la coyuntura idónea para que muchos propietarios particulares demolieran edificios históricos, con miras a construir algo “moderno”, aprovechando el caos y la incapacidad del INAH para impedirlo. Desde luego, ese súbito plan de demolición en favor de construcciones de concreto se monta en otra línea de valoración patrimonial que aspira a alcanzar los estándares urbanos tenidos como “superiores”: los hogares de tabique y cemento se juzgan hoy en día más “fuertes” que los de adobe.

En general, el desconocimiento es grande en torno a las técnicas constructivas tradicionales. Mucha gente considera que los edificios dañados no tienen remedio y deben ser tirados, aun tratándose de hogares. La desconfianza hacia el adobe se profundizó al advertir que sólo los edificios construidos con este material se derrumbaron. No hay conciencia de que fueron los cambios introducidos lo que los debilitó. Sólo en un par de casos encontré a gente que se empeñó en mantener casi intacta la arquitectura tradicional, en virtud de que supo valorarla. Sin embargo, eso es raro. Los hijos de los propietarios —estos últimos personas que rondan entre los 70 y los 80 años de edad— suelen ser quienes insisten en derrumbar los edificios, en favor de estructuras más modernas y “fuertes”. Estas personas “modernizadoras” —que oscilan entre los 40 y los 50 años de edad—, algunas de las cuales ya no viven en Tlayacapan, apuestan por la venta de los terrenos para erigir hoteles o acondicionar estacionamientos.

Preocupa que quienes hoy se empeñan en derrumbar los hogares de sus abuelos heredarán en breve muchas edificaciones y tendrán la responsabilidad de su resguardo. Muchos de ellos ignoran la fortaleza estructural de estas construcciones, así como las técnicas empleadas antaño. Sólo los ancianos recuerdan cómo reforzar los muros de adobe —al introducir fibras vegetales o varas de madera entre los tabiques—, aunque ellos mismos advierten que las especies arbóreas utilizadas para esas labores hoy ya desaparecieron.

Una gran cantidad de inmuebles civiles, muchos de ellos catalogadas como patrimonio histórico por el INAH, han sido intervenidos de modo radical, sobre todo en los últimos 40 años, al punto de volverlos irreconocibles. El acceso a nuevos materiales y la necesidad de ampliar y fortalecer las edificaciones para construir pisos superiores con el fin de albergar a una población creciente motivaron el uso indiscriminado de cemento, varillas y tabiques que alteraron la mecánica de los edificios.



Torres en riesgo inminente de colapso, iglesia del barrio de San Martín, Tlayacapan, Morelos. **Fotografía** © Israel Lazcarro.

La preponderancia de nuevas técnicas arquitectónicas y constructivas, así como de materiales adecuados para éstas, ha destruido los vestigios de las técnicas constructivas antiguas. De esta manera, para muchos de los actuales habitantes de Tlayacapan, así como de muchos otros espacios de residencia, no hay mejor forma de fortalecer los muros de adobe que introducirles castillos de cemento.

Por otra parte, hay quienes consideran que la construcción con adobe es mucho más cara que con ladrillos. De ahí la enorme importancia de que la presidencia municipal de Tlayacapan haya concertado con uno de los vecinos acciones para establecer una fábrica de ladrillos de adobe que proveerá estos materiales para la reconstrucción. A lo anterior se sumará la asesoría de los arquitectos y restauradores del INAH. Será de enorme importancia darle seguimiento a este proyecto.

Lo cierto es que lo que motivó las demoliciones no sólo fue un asunto de dotar de mayor fortaleza a las edificaciones. Evidentemente, el cambio en el uso de materiales de construcción empezó mucho antes del sismo y se debió, sobre todo, a los valores socialmente atribuidos a materiales de construcción como el concreto, la varilla y el cemento en los hogares, los cuales dotaron de mayor prestigio a sus habitantes. Esta valoración echó abajo las viejas casonas de adobe donde vivieron los bisabuelos, diseñadas con criterios y necesidades propias de otra época. Hoy en día, los habitantes de Tlayacapan construyen ventanas, puertas y paredes que les permiten contar con más habitaciones para alojar a una familia creciente y, en muchos casos, los propietarios de casas de adobe invierten el sentido de la pendiente de los techos, toda vez que éstos tenían una gradación que permitió el escurrimiento del agua de lluvia hacia el patio interior de los hogares, pues tal era su propósito en el pasado, cuando no había agua corriente en el interior de las casas.

Si por un lado las políticas de planeación, ordenamiento, crecimiento y remozamiento urbano que impulsan los tres niveles de gobierno han promovido la conversión arquitectónica de los espacios céntricos de los pueblos para transformarlos en relucientes sets para el turismo, las áreas habitacionales de estos mismos pueblos que se encuentran en los alrededores, al quedar marginadas del turismo y su “magia”, se transformaron de acuerdo con las necesidades de sus habitantes. De este modo, desde hace tiempo aquellas áreas son réplicas de barrios urbanos marginales, que evidencian la modernización de la pobreza, donde florecen las viviendas con paredes de tabique ligero gris sin repellar y varillas al aire que anuncian la aspiración de un segundo piso que nunca se construye por falta de recursos económicos. En el caso del municipio de Tlayacapan observamos que algunas poblaciones distantes de la cabecera municipal, como San José de los Laureles, reemplazaron casi por completo su arquitectura vernácula y hoy en día presentan una fisonomía propia de cualquier colonia de bajos recursos de la Ciudad de México. A mi llegada a esta población encontré que la gran mayoría de los derrumbes ocurrieron precisamente en antiguos edificios de adobe. Algunos de ellos fueron intervenidos con materiales de cemento que los debilitaron fatalmente.

La inmensa mayoría de los hogares de San José de los Laureles está hecha con materiales industriales. Lo anterior revela que la mayor destrucción del patrimonio histórico no la provocó el sismo, sino que se inició desde la década de 1990 y sobre todo en los últimos tres lustros, cuando muchos de aquellos edificios de adobe fueron reemplazados. El hecho de que estos inmuebles de concreto no sufrieran mayores daños con el sismo reforzó la idea entre los pobladores de que los materiales industriales son más resistentes. De este modo, apelar por la protección de los edificios antiguos hechos de adobe resulta un llamado irresponsable y totalmente fuera de lugar para los habitantes de San José.

Acaso la defensa del patrimonio histórico parezca una lucha perdida contra el tiempo y contra la fuerza de la historia. Sin embargo, intuimos que el cambio de valores, la modificación de patrones estéticos y económicos relacionados con la construcción de viviendas y con el uso de materiales industriales entre la gente de los pueblos de Morelos —y de muchas otras partes de la república— es producto de una lectura impuesta por un modelo económico y social hegemónico, el cual parece haberse adueñado —también— del tiempo y la memoria: el tiempo sólo tendrá un sentido —hacia delante, hacia lo nuevo, en una perpetua huida del pasado—, y ha de vivirse a un ritmo vertiginoso, en función de lo inmediato. Si algo del sentido estético y práctico de las construcciones de antaño, de sus técnicas y de sus materiales se conserva como memoria, sólo tiene lugar si sirve para satisfacer lo inmediato; esto es, la oferta turística. A la inmensa mayoría de los habitantes de Tlayacapan, lo mismo que a sus funcionarios de gobierno, lo que más les preocupaba era que el sismo redujera la afluencia de turistas. Por eso se apresuraron a recoger escombros y reinstalar negocios de comida o de artesanías sobre los lotes vacíos, previamente nivelados con maquinaria pesada. La reparación de edificios históricos, difícil y costosa, se convirtió en una pesadilla, un lastre del que muchos quisieran librarse lo antes posible. Si consideramos la situación adversa en que se encuentra toda esa gente dependiente de los ingresos del turismo, reconoceremos la extrema vulnerabilidad en que se encuen-



Aspecto general de la calle Emilio Carranza, cuya arquitectura civil fue derribada por sus pobladores, Tlayacapan, Morelos.
Fotografía © Israel Lazcarro.

tran muchas poblaciones que —para su desgracia— poseen edificios catalogados por el INAH como patrimonio de la nación.

Se advierte el gigantesco divorcio entre lo que un pueblo valora de su propio pasado y presente, y lo que una pequeña minoría de especialistas del INAH reconoce como valioso y digno de conservar. Esa gran divergencia en pareceres no resulta accidental: pasaron muchos años durante los cuales en el INAH —o, mejor dicho, sus investigadores, arquitectos y restauradores— nos contentamos acaso con “regañar a gente inculta” antes que buscar integrarla en una política incluyente de valoración y resguardo del patrimonio histórico y arqueológico. Siempre fue más sencillo prohibir una construcción nueva o impedir la aplicación de pintura de aceite sobre una talla barroca que educar y sensibilizar acerca del paisaje arquitectónico o las características artísticas e históricas de alguna imagen. Que ni el arquitecto ni el restaurador se formaron como pedagogos. Ni jamás se plantearon lo que implicaba remar contra la corriente en los medios electrónicos. Abrumados en tareas de rescate cotidianas y urgentes, los especialistas quedaron al margen de las corrientes de opinión hegemónicas. Desafortunadamente, hoy vemos los saldos de esas limitaciones.

En consecuencia, más adversos y dañinos que el sismo del 19 de septiembre de 2017 han sido los gobiernos neoliberales que desde hace tres décadas impulsan modelos de desarrollo signados por sus formas de valorar la vida, los recursos, el patrimonio y la historia. Su mirada mercantilista y utilitaria, proclive al disfrute privado de los bienes culturales, se afianzó en una población a la que el INAH poco pudo involucrar en el cuidado de su patrimonio. Para nuestra desgracia, la institución no se da



Interior de la Casa Roja, en riesgo de derrumbe, ubicada en el cruce de las calles 5 de Mayo y Benito Juárez, Tlayacapan, Morelos. **Fotografía** © Israel Lazcarro.

abasto para proteger todo lo que debería. Durante muchos años se pasó por alto que la población debía ser copartícipe en dicha protección. De este modo, el derrumbe de edificios antiguos, la sustitución de materiales y la súbita transformación arquitectónica jamás se entendieron como una amenaza al patrimonio cultural. Todo lo contrario, los pobladores de Tlayacapan —y de muchos otros pueblos y comunidades— ven este proceso como algo benéfico que acrecienta su patrimonio.

La gestión de la memoria y su eventual patrimonialización son movimientos culturales que, tras la desestructuración de las comunidades campesinas que existían en Tlayacapan, fueron gradualmente asumidos y encabezados por el Estado, y a esta tarea se abocó el INAH. La llegada de un Estado neoliberal, lejos de resolver ese desequilibrio entre lo valorado por una población y lo que patrimonializa el Estado, terminó por consumir ese divorcio entre lo público y lo privado, entre lo “culto” y lo “popular”, entre lo prescindible y lo rentable. El Estado neoliberal, junto con la pobreza, la ignorancia y la delincuencia propiciados por él, se revela así más destructivo que cualquier terremoto.

Los efectos de los terremotos y las inundaciones de septiembre de 2017 en San Mateo del Mar

Paola García Souza*

Para los huaves de San Mateo del Mar, el 7 de septiembre de 2017 marcó el inicio de una cadena de fenómenos naturales que impactaron de manera definitiva a la población. Al sismo de 8.2 grados de magnitud en la escala de Richter, que provocó el hundimiento del poblado, se sumó una inundación sin precedentes, ocasionada por el desbordamiento del agua subterránea y por las intensas lluvias que, después de casi tres años de sequía, desbordaron las lagunas que circundan el territorio. Frente a este panorama, el presente documento pretende dar cuenta de las repercusiones materiales y sociales que enfrenta San Mateo del Mar, cabecera municipal a la que están adscritas cinco agencias municipales y 10 localidades. Para alcanzar este objetivo, el texto se divide en dos apartados: el primero da cuenta de las afectaciones registradas tanto en las viviendas y los edificios públicos como en la infraestructura eléctrica e hidráulica, además de las repercusiones en los ámbitos de la salud y las actividades económicas. El segundo presenta un panorama analítico de las dinámicas adoptadas por los distintos actores que han encabezado la distribución de la ayuda humanitaria —instancias gubernamentales y organizaciones civiles y religiosas—, así como algunas de sus repercusiones en el ámbito comunitario.

El recuento de los daños

San Mateo del Mar ha sido caracterizado, por propios y ajenos, como un municipio “representante de una cultura lagunar”, en la medida que, en contraste con el resto de las municipalidades huaves,¹ en éste prevalece un mayor número de rasgos culturales que particularizan a esta identidad étnica. La vigencia del sistema de usos y costumbres, el alto porcentaje de hablantes de *ombeaiüts*² —que supera 98% del total de la población—, la práctica de la pesca como la principal actividad económica y la

* Profesora-investigadora, Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH (paola_garcia@inah.gob.mx, huaves@gmail.com).

1. San Dionisio, San Francisco y Santa María del Mar.

2. Apelativo local de la lengua huave.



Grietas en un arco. **Fotografía** © Paola García.

continuidad de un complejo sistema ritual, el cual incluye las mayordomías y las peticiones anuales de lluvias, son algunos de los rasgos que imprimen a este municipio su sello distintivo.

El territorio huave o *icoots* se ubica en la región sur del Istmo de Tehuantepec, en una “brecha sísmica” (Núñez-Cornú y Ponce, 1989: 589) con características tectónicas especiales, ya que coincide con el punto de subducción de las placas de Cocos y de Norteamérica, que da lugar a la formación del rasgo conocido como “Cresta de Tehuantepec”. La interacción entre ambas capas, que tiene lugar en la costa del Pacífico, correspondiente al estado de Oaxaca, genera una constante actividad telúrica que, sin embargo, pocas veces ha adquirido dimensiones catastróficas. De acuerdo con registros históricos y periodísticos, en 1897 tuvo lugar un temblor de carácter trepidatorio que dejó en ruinas las ciudades zapotecas de Juchitán y Tehuantepec, mientras que en 1917, 1979 y 1983 se reportaron en la región sismos de alta intensidad, aunque no provocaron daños significativos. El movimiento telúrico suscitado el 19 de septiembre de 2017, junto con la ola de réplicas que en el transcurso de un mes superó las 5 000, constituye un evento sin precedentes tanto por su magnitud como por sus efectos.

De acuerdo con los datos aportados por la Comisión Nacional Forestal (Conafor), encargada de levantar el censo de daños en el municipio de San Mateo del Mar, más de un millar de viviendas quedaron colapsadas; 944 tuvieron daños parciales y fueron declaradas habitables; 588 sufrieron daños parciales, pero no son habitables, mientras que 231 fueron evaluadas como pérdida total.³ La suma de

3. Cabe destacar que, dentro de la cabecera municipal, la segunda sección y Barrio Nuevo fueron las zonas más afectadas por las inundaciones, principalmente por su colindancia con la laguna Quirio.



Grietas en una cúpula. **Fotografía** © Paola García.

estos cálculos da por resultado que más de 90%⁴ de los hogares del municipio presenten daños significativos,⁵ los cuales afectan gravemente a una población que, de ordinario, vive en condiciones de pobreza.⁶ Aunque este alarmante grado de afectación es resultado de la potencia de los eventos telúricos, también puede relacionarse con la calidad deficiente de los materiales y las técnicas utilizadas, en particular en la construcción de las casas de *block* y cemento, pues en el censo poblacional de 2010 se advertía que 84.5% de las viviendas presentaba materiales de mala calidad. De hecho, las casas que sufrieron menos daños fueron las de palma y carrizo; es decir, aquéllas construidas de acuerdo con el sistema tradicional y los materiales locales.

Los movimientos telúricos que se iniciaron el 7 de septiembre de 2017, sumados a las inundaciones que se presentaron en días posteriores, fracturaron y anegaron las fosas sépticas, con las que sólo contaba 50% de la población, y provocaron el desbordamiento de aguas negras, las cuales contaminaron los pozos y la arena de las casas, los patios y las calles. El suministro de agua potable se suspendió tanto

4. De acuerdo con el Censo de Población y Vivienda 2010, realizado por el Instituto Nacional de Geografía y Estadística (Inegi), el municipio contaba con 14 252 habitantes y 3 005 viviendas.

5. Aunque sólo cuatro personas fallecieron por el derrumbe de sus viviendas, la afectación a los hogares fue extensiva a casi la totalidad de la población.

6. De acuerdo con la estimación del Inegi, producto del Censo de Población y Vivienda 2010, 90% de la población de San Mateo del Mar vive en situación de pobreza; dentro de este porcentaje, casi 60% corresponde a situación de pobreza extrema y 30% a pobreza moderada.



Grietas en una cúpula. **Fotografía** © Paola García.

por la anegación y contaminación de los pozos⁷ como por la interrupción del servicio de la red pública. En los días que siguieron al sismo de 8.2 grados de magnitud en la escala de Richter, la Comisión Nacional del Agua (Conagua) colocó en distintas calles de la cabecera y de las agencias municipales unos depósitos de los que las familias se abastecieron de agua potable. Asimismo, dispuso sanitarios temporales con sus propios depósitos para el desalojo, que ayudaron a solventar una de las mayores carencias de la población, ya que casi 50% de las familias no cuenta con baños en sus hogares.

Por su parte, aunque la electricidad quedó suspendida durante los primeros días posteriores al sismo, pues la mayoría de los postes eléctricos distribuidos a lo largo de la carretera y en las poblaciones se derrumbaron, la Comisión Federal de Electricidad (CFE) llevó a cabo los trabajos necesarios para rehabilitarlos y restituir en breve el servicio.⁸

Las escuelas de los diferentes niveles de educación sufrieron daños de diversa índole y gravedad en su estructura, lo cual suscitó la suspensión de clases correspondiente.⁹ Algunos maestros de

7. Según el Censo de Población y Vivienda 2010 del Inegi, poco más de 44% de los hogares cuenta con un pozo para el abastecimiento de agua dulce. Sólo 14% de las familias tiene agua entubada dentro de su vivienda, mientras que 29% cuenta con agua entubada fuera de la vivienda, pero dentro de su terreno; finalmente, 6.9% tiene acceso a una llave pública. El resto de las familias contrata pipas de agua para llenar sus depósitos o acarrea agua de casas vecinas. Cabe señalar que, por lo común, el suministro de agua por la red pública no es constante.

8. En este punto es importante señalar que más de 21% de los hogares carece de energía eléctrica (Inegi, 2010).

9. El municipio cuenta con 15 escuelas preescolares, 16 primarias, cuatro secundarias y un bachillerato.



Estanques. **Fotografía** © Paola García.

preescolar y primaria diseñaron estrategias para atender a sus alumnos en espacios alternativos o incluso en sus domicilios. Algunas instalaciones escolares se utilizaron de manera temporal como centros de acopio y distribución de los recursos que llegaron del exterior.

La mayoría de los templos evangélicos sufrió afectaciones estructurales, mientras que la iglesia católica sigue desafiando su colapso. Profundas grietas horizontales y perpendiculares atraviesan sus paredes de lado a lado y recorren la totalidad de la nave, en tanto los arcos y las cúpulas muestran desprendimientos y profundas fisuras que ponen en alto riesgo su solidez. Muchos fragmentos de su fachada se desprendieron, así como de los vitrales que adornan su interior. Aunque no pudimos constatar el estado en que se encuentran los 32 santos que pueblan el recinto, ya que fueron envueltos con hule de burbuja,¹⁰ las autoridades eclesiásticas nos informaron que casi la totalidad sufrió algún tipo de daño: rostros desprendidos, manos, brazos y piernas desmembrados, con la excepción del Cristo crucificado y los santos patronales —san Mateo Apóstol y la Virgen de la Candelaria—, que ocupaban el altar mayor. Los santos dañados y envueltos fueron colocados en la sección frontal de la iglesia —donde se ubica el altar mayor—, que está parcialmente protegida por una estructura de madera que la apuntable, gracias a que fue colocada por un grupo de trabajadores bajo la instrucción de personal del Centro

10. De acuerdo con estas autoridades, una restauradora se presentó en la iglesia para hacer la evaluación de los santos y les indicó cómo tenían que ser protegidos, envueltos y resguardados.



Estero y casa. **Fotografía** © Paola García.

INAH Oaxaca. De acuerdo con la información brindada por el maestro de capilla, toda la estructura de la iglesia será apuntalada para luego hacer un diagnóstico de los daños y determinar si podrá restaurarse. De hecho, un equipo de trabajadores locales se ocupa cotidianamente de esta labor.

Por su parte, los santos patronales fueron colocados en una pequeña capilla localizada en el exterior de la iglesia y cercana al atrio, en el que se llevó a cabo una versión sintética de la fiesta de san Mateo Apóstol (21 de septiembre) y donde se celebran actualmente las misas dominicales y se llevan a cabo las ceremonias diarias que corresponden a las autoridades eclesiásticas y civiles. De acuerdo con las autoridades eclesiásticas que, dada la proximidad de la entrega de sus nombramientos, están programando los siguientes eventos ceremoniales, el atrio será también el lugar de su realización, toda vez que el acceso a la iglesia está vetado. De hecho, una de las problemáticas con que se enfrentan hoy es que, de los 24 cirios que cada sacristán entrega y recibe al final y el inicio de su cargo, 12 quedaron resguardados en el entresuelo de la planta superior de la iglesia, de donde no han podido ser recuperados debido al riesgo de que el inmueble se desplome. Ya que los procedimientos rituales de fundición de las velas y elaboración de los nuevos cirios están por iniciarse, tendrán que echar mano de nuevas estrategias de resolución. También se está discutiendo dónde se celebrará el cambio de varas de los alcaldes para la transferencia de sus cargos al final del año, puesto que la ceremonia requiere de la entrega de ofrendas y oraciones a los santos titulares. En el curato se instaló una cocina comunitaria bajo la coordinación del párroco y el recinto funciona asimismo como centro de acopio y distribución de víveres.



Fachada de iglesia. **Fotografía** © Paola García.



Iglesia apuntalada. **Fotografía** © Paola García.



Iglesia apuntalada. **Fotografía** © Paola García.



Grietas en una iglesia. **Fotografía** © Paola García.



Grietas en una iglesia. **Fotografía** © Paola García.

El campanario, ubicado en una estructura independiente en el exterior de la iglesia, no sufrió ninguna alteración, aunque las campanas sólo se tocan en ocasión de algún deceso y se ha suspendido de modo temporal el tañido diario del amanecer y el atardecer, que marca el inicio de las oraciones de las autoridades civiles y religiosas, así como de los mayordomos en funciones.

El palacio municipal no sufrió daños, y por eso las autoridades en funciones lo siguen ocupando. También se emplea como lugar de recepción de algunos de los apoyos de víveres y ropa provenientes del exterior, así como para reuniones informativas.

La estructura del mercado quedó dañada, motivo por el cual el inmueble fue clausurado de manera inmediata. Aunque el suministro de mercancías se suspendió durante las semanas posteriores al temblor, en la actualidad se ha restablecido gracias a que los puestos fueron instalados en el exterior del edificio, sobre la calle principal, en el lugar que ocupó hasta la década de 1970.

La clínica de salud de la cabecera municipal está en funciones, pues no sufrió daños mayores. La dificultad que en realidad enfrenta es la escasez de medicamentos para atender los diversos padecimientos que presenta un alto porcentaje de la población a consecuencia de las inundaciones. Al estar rodeados los pobladores de agua estancada y contaminada, comenzaron a presentarse numerosos casos de hepatitis A, enfermedades gastrointestinales, infecciones oculares, dermatitis, padecimientos respiratorios y dengue, que rebasaron la capacidad de atención y suministro de medicamentos de la clínica local.



Grietas en una iglesia. **Fotografía** © Paola García.



Grietas en una iglesia. **Fotografía** © Paola García.



Iglesia y campanario. **Fotografía** © Paola García.



Iglesia de San Hipólito. **Fotografía** © Paola García.

El panteón es uno de los espacios con mayores afectaciones. Por un lado, el hundimiento general del poblado provocó la inclinación o el derrumbe de un gran número de tumbas; por otro, el posterior afloramiento del agua subterránea y el crecimiento de la laguna Quirio, contigua al cementerio, anegó la sección sur, donde se entierra a las mujeres, y provocó que las tumbas que carecían de lápida se perdieran entre el lodo. Muchas tumbas estaban delimitadas con ladrillos colocados en forma superficial; estos ladrillos, así como los utensilios —platos y vasos— y las ofrendas colocadas en su interior, son las únicas marcas que permiten identificar la tumba y los restos que la ocupan. Una vez que el nivel del agua descendió en el cementerio, para numerosas familias ha resultado complicado localizar las tumbas donde yacen los restos de sus difuntos.

Justo después del temblor del 7 de septiembre, las familias abandonaron sus casas para acomodarse en las calles y dormir a la intemperie. Ante la amenaza de un posible tsunami, algunos pobladores se desplazaron hacia las colonias y las agencias aledañas en busca de un lugar más seguro; sin embargo, a los pocos días regresaron a la cabecera municipal para cuidar sus pertenencias desde el exterior de sus hogares. Después de permanecer más de dos meses a la intemperie, algunos habitantes que se resguardaron en tiendas de campaña —distribuidas por elementos de la Secretaría de Marina (Semar) y por voluntarios de organizaciones civiles— decidieron regresar a sus terrenos e instalar sus campamentos en los patios. La suciedad que se ha ido acumulando en las calles, debido al amontonamiento de basura y a la gran cantidad de perros provistos de sarna, pulgas y garrapatas, a lo que se aúna el hecho de que el agua que anegaba los patios domésticos descendió, fueron algunas de las razones por las que los pobladores decidieron reubicarse en sus domicilios, aun cuando no pueden ocupar el interior de las casas.

Los patios están ocupados por lonas y tiendas de campaña donde habitan las familias, aunque en muchos casos los suelos de arena presentan altos grados de contaminación, que es el resultado de la previa inundación con las aguas negras de las fosas sépticas. Esto ha provocado una profusión de mosquitos, así como la contaminación de algunos de los comixcales u hornos de barro que siguen en funcionamiento, pues, al estar enterrados en la arena, filtran a través del barro las sustancias que circulan en ella. Sin embargo, la mayoría de los comixcales quedaron inhabilitados al resquebrajarse con el movimiento telúrico; por eso, un buen porcentaje de los hogares no tiene posibilidad de cocer sus pescados ni sus tortillas. A pesar de esto se rehabilitaron los fogones, donde las familias pueden cocinar el resto de los alimentos, y han hecho cada vez más innecesarias las cocinas comunitarias que se instalaron tras el terremoto. Son numerosas las cocinas de este tipo que se organizaron, tanto en la cabecera municipal como en las agencias. Algunas cocinas comunitarias fueron coordinadas por el personal de la Semar, otras por voluntarios de organizaciones civiles y otras más por miembros de la iglesia y por docentes de las escuelas. En ellas se preparaban a diario alimentos con las despensas de ayuda que se recibían, disponiéndolos para los habitantes que los necesitaran. Si bien durante los primeros dos meses el volumen de comida era tan amplio como el de la demanda, en la actualidad ha disminuido con la habilitación de los fogones en los hogares, y por eso muchas de las cocinas comunitarias se han desmantelado.



Laguna Quirio. **Fotografía** © Paola García.

Numerosas familias han recibido alguna de las tarjetas otorgadas por la Secretaría de Desarrollo Agrario, Territorial y Urbano (Sedatu); sin embargo, se han presentado diversas problemáticas al respecto: algunas personas afirman que se les entregó el monto correspondiente a daño parcial, aun cuando su vivienda quedó inutilizable por completo; otras no recibieron el apoyo, pues estaban fuera de la población cuando se hizo la entrega; unas más desconocen el procedimiento para utilizarlas, mientras que otras afirman que no les resulta fácil desplazarse hasta Tehuantepec o Juchitán, ciudades donde se encuentran las dos sucursales del Banco del Ahorro Nacional y Servicios Financieros (Bansefi), las cuales, además, se encuentran saturadas por la enorme cantidad de damnificados. Asimismo, algunas familias que habitaban en casas de palma y carrizo que resultaron siniestradas afirman que sus viviendas no fueron contempladas en el censo de daños y, por lo tanto, no recibieron apoyo alguno. La mayoría de las casas que se dictaminaron como no habitables sigue en pie y aún no se determina el procedimiento para su demolición.

Los estragos del temblor, aunados al conflicto político que estalló durante los comicios de 2016, lo cual mantiene a la población sin un presidente municipal en funciones,¹¹ han provocado

11. Tras la designación de autoridades del cabildo civil, las agencias municipales, principalmente Huazantlán del Río y Colonia Juárez, se mostraron inconformes con los resultados aprobados por la Asamblea Comunitaria, ya que se les negó la posibilidad de ocupar cargos dentro de la cúpula de gobierno. Por ello, desconocieron al presidente municipal y

que el servicio de recolección de basura sea irregular. Debido a esto hay una gran cantidad de desechos acumulados cerca del palacio municipal y dispersos en las orillas del poblado, que se han convertido en focos de contaminación.

Sin embargo, no todos los factores han tenido un desenlace catastrófico. En últimas fechas, con el cese de las lluvias y el descenso de las aguas, se ha comenzado a restablecer la pesca. La laguna Quirio, que durante casi tres años se mantuvo seca, presenta ahora un nivel favorable de agua, en tanto que la laguna del Mar Muerto ha recuperado sus rangos de profundidad y temperatura. En ambos cuerpos lagunares puede observarse una gran cantidad de peces. Asimismo, los bajiales que se extienden en diversas partes del territorio, tanto de la cabecera como de las agencias municipales, se han llenado de agua. Esto favorece el arribo de múltiples aves locales y migratorias.

El reverso de la ayuda humanitaria

A 10 días del temblor, San Mateo y sus agencias se encontraban en un estado de completa desolación y abandono. Las brigadas de ayuda llegaron a cuentagotas, principalmente a la cabecera municipal. Repartieron despensas, medicamentos y ropa en cantidades insuficientes. Los pobladores de las agencias municipales y las localidades eran los más desprotegidos, pues los apoyos tardaron mayor tiempo en llegar. Sin embargo, la información sobre las condiciones de este territorio, ajeno hasta entonces a la mirada pública, comenzó a difundirse con amplitud en los medios de comunicación y desencadenó el desbordamiento de la ayuda humanitaria. Personal de la Secretaría de la Defensa Nacional (Sedena) se estableció durante dos meses en la población, organizó cocinas comunitarias y entregó despensas y tiendas de campaña. Integrantes de diversas universidades del país arribaron con ayuda material y logística, y brindaron servicios de salud, como lo hizo la brigada de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México (FM-UNAM). Otros estudiantes brindaron asesoría sobre arquitectura y tipos de suelos para planificar la etapa de reconstrucción, como fue el caso de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí (UASLP). La empresa Preneal, numerosas fundaciones y organizaciones civiles del estado de Oaxaca, así como del resto de la república, hicieron llegar alimentos, medicinas, ropa, lonas, productos de limpieza, catres, hornos de barro, tiendas de campaña y múltiples elementos de primera necesidad.

Sin duda, los bienes recibidos resultaron indispensables para una población que se encontraba en un auténtico estado de emergencia. Sin embargo, algunas de las características de la ayuda provocaron a su vez ciertas situaciones que, de acuerdo con lo observado en campo, han resultado adversas para la población. Por un lado, la fragmentación interna de la comunidad, derivada de los conflictos

gestionaron ante el Instituto Estatal Electoral y de Participación Ciudadana de Oaxaca (IEEPCO) la realización de comicios extraordinarios, los cuales se llevaron a cabo el 3 de septiembre de 2017. En esa ocasión ganó por votación el candidato de Huazantlán; a su vez, esto desató la inconformidad de un sector de los habitantes de la cabecera municipal, así como una serie de enfrentamientos violentos que derivaron en la agudización del conflicto entre los segmentos territoriales y en el desconocimiento del presidente municipal electo.



Panteón. Fotografía © Paola García.

políticos agudizados tras los comicios de 2016, impidió que los recursos se canalizaran a representantes que, a su vez, se ocuparan de distribuirlos de manera homogénea. Esto provocó que, en la mayoría de las ocasiones, los recursos se concentraran en las familias cercanas o afines a las motivaciones políticas de los receptores primarios. Por otro lado, algunas de las organizaciones civiles y dependencias gubernamentales dispusieron su propia organización para la coordinación de tareas —como las cocinas comunitarias— e hicieron innecesario que la comunidad dispusiera sus propios mecanismos de organización. En este sentido, antes que organizarse con base en sus propias necesidades, los habitantes de San Mateo del Mar se fueron integrando a las tareas requeridas por las acciones que las organizaciones externas promovían. Frente a un acontecimiento que podría haber motivado la disolución de rencillas y oposiciones entre los pobladores, la presencia foránea terminó por suplir la integración comunitaria. Aunque las familias han participado en las tareas de vigilancia, así como de preparación y repartición de alimentos, no se percibe una coordinación más integral en que se discutan en forma colectiva y se formulen los pasos a seguir durante la siguiente etapa del proceso, tal vez la más complicada, que implica la reconstrucción.¹² Esta situación resulta preocupante en un momento en que se mantiene vigente y pujante la iniciativa de las empresas eólicas para construir el parque

12. Aunque el funcionamiento de las cocinas comunitarias que instalaron elementos de la Semar y voluntarios de organizaciones civiles en cada sección territorial se sustentó en el sistema de rotación entre las manzanas, no dejó de ser una iniciativa externa que en cierta medida inhibió la capacidad organizativa de los pobladores.



Panteón. Fotografía © Paola García.



Panteón. Fotografía © Paola García.

energético más grande de América Latina en la barra de Santa Teresa, en el territorio huave. Tras varios años de disputa y resistencia, en los que se había logrado cierta unidad regional —que incluye a los municipios de San Mateo, San Dionisio y San Francisco del Mar—, el actual estado de disgregación y descoordinación puede resultar sumamente desfavorable para los intereses comunitarios.

Por último, otro de los tropiezos de la ayuda humanitaria fue el hecho de que se enviaron a la población bienes e insumos que les eran ajenos por completo y, por lo tanto, resultaron inútiles. Enormes cantidades de ropa de invierno, entre las que se cuentan suéteres de lana, abrigos y bufandas, así como vestidos de noche, disfraces y zapatillas de tacón, pasan de las pilas que se forman en la plaza municipal a las calles, dado que nadie puede utilizarlos, tanto por las elevadas temperaturas que caracterizan a la región como por razones de talla y estilo. El problema sería menor si se tratara de unas cuantas piezas; sin embargo, es tal la cantidad acumulada que comienza a representar un verdadero problema: no hay lugar para almacenar la ropa donada, acumula polvo y concentra pulgas, por lo que algunas localidades han optado incluso por quemarla, ante el riesgo de que se convierta en basura de difícil degradación. Asimismo, entre las despensas se entregaron alimentos como barbacoa empacada al vacío, cuando para los habitantes de San Mateo del Mar la carne no sólo no forma parte de su dieta, sino tampoco de su gusto. Dichos paquetes, que se encuentran en grandes cantidades, se han convertido asimismo en basura que no se sabe ahora cómo desechar. Un último ejemplo de una ayuda contraproducente es un contenedor que llegó a la cabecera municipal cargado de medicamentos tipo II, los cuales, por requerir de la aplicación de manos especializadas, no podían ser utilizados en la clínica local, y los conductores del vehículo tampoco podían llevárselos de regreso ni entregarlos en Salina Cruz, donde hay hospitales de especialización. Las medicinas se quedaron en el pueblo y, al revisarlas, un importante porcentaje ya había caducado, de modo que el problema se multiplicó por dos: cómo canalizar los que estaban vigentes y cómo desechar los inservibles.

Estos efectos de la intervención externa nos obligan una vez más a pensar que se requiere de una mejor planificación del apoyo, no sólo al tomar en cuenta las necesidades específicas de la comunidad, sino también sus dinámicas internas y las situaciones concretas que imperan en el momento de la acción. Asimismo, resulta imperativo operar en coordinación con los actores locales, sumándose a las acciones y resoluciones tomadas desde el interior de la comunidad; es decir, proporcionar un acompañamiento en lugar de disponer con antelación las rutas de operación.

Bibliografía

Instituto Nacional de Estadística y Geografía (2010). *Censo de Población y Vivienda 2010*. Recuperado de: <<http://www.beta.inegi.org.mx/proyectos/ccpv/2010/default.html>>.

Núñez-Cornú, F., y L. Ponce (1989). "Zonas sísmicas de Oaxaca. México: Sismos máximos y tiempos de recurrencia para el periodo 1542-1988". *Geofísica Internacional*, 28 (4), pp. 587-641. Recuperado de: <<http://www.revistas.unam.mx/index.php/geofisica/article/view/39407/35842>>.

De la vulnerabilidad socioambiental al olvido. Las regiones Norte y Montaña Alta de Guerrero tras el sismo del 19 de septiembre de 2017

Cristina Hernández Bernal*

Acompañamiento, solidaridad y ética antropológica

Ocho días después del sismo del 19 de septiembre de 2017 fui contactada por el personal de la Coordinación Nacional de Antropología (Cnan) del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). Me informaron acerca de las brigadas emergentes que se estaban organizando para realizar diagnósticos antropológicos en las zonas que tuvieron afectaciones. En ese momento, la situación en la delegación Tláhuac, que es donde vivo, se encontraba también en un estado crítico por la falta de agua y por los daños en diversas colonias, en las que fue necesario cerrar varias calles debido a hundimientos y socavones. Lo que yo y mi familia vivíamos me hacía pensar constantemente en mi zona de trabajo, la Montaña Alta de Guerrero, de la que los medios de comunicación decían muy poco y ofrecían información muy vaga. Al enterarme de que la intención de las brigadas era formar un grupo multidisciplinario de investigadores que conocieran de primera fuente los estados aledaños a Morelos, tuve un fuerte sentimiento de empatía con el proyecto, como antropóloga. Involucrarse con las zonas afectadas en momentos donde se necesita de toda la solidaridad posible es relevante si se considera la magnitud del evento sísmico y lo que desencadenó después.

Mi motivo principal para realizar el diagnóstico en Guerrero es muy simple y no tiene nada de extraordinario: solidaridad. He hecho investigación en la región de la Montaña desde hace seis años para el Programa Nacional de Etnografía de las Regiones Indígenas de México. Durante ese tiempo, los habitantes de las poblaciones en donde he permanecido por varias temporadas siempre fueron accesibles y estuvieron dispuestos a ayudarme. Desde mi perspectiva, en situaciones tan difíciles no hay mejor manera de devolver un poco de toda esa atención que con acciones con-

* Programa Nacional de Etnografía de las Regiones Indígenas de México, INAH (marcris_hernandez@hotmail.com).



Así toman clases los alumnos de primaria en Xochihuehuetlán. **Fotografía** © Iván Oropeza Bruno.

cretas de solidaridad. En una coyuntura como la que vivimos, no hay nada, por mínimo que se considere, que no abone para que se visibilice la situación que padecen los damnificados en Guerrero. Hacer del acompañamiento un compromiso ético es impostergable.

Los diagnósticos se realizaron durante 10 días, en octubre, en tres municipios con población indígena nahua, *mè'phàà* y *na savi* de Guerrero: Atenango del Río, que se encuentra en la región Norte; Xochihuehuetlán y Malinaltepec, ubicados en la Montaña. Desde mi punto de vista, la parte más difícil es hacer trabajo etnográfico en un contexto complejo en extremo, debido a los elementos que lo integran: exclusión, marginalidad, violencia y ausentismo gubernamental.

Algunas precisiones de la contingencia sísmica y sus efectos en los municipios indígenas

Antes de describir las condiciones particulares que padecen los municipios visitados que resintieron con mayor intensidad el paso del sismo del 19 de septiembre de 2017, debemos tomar en cuenta algunas consideraciones. Parto de la premisa de que la diversidad y la diferencia cultural constituyen un factor determinante para la práctica de la exclusión. En *La pobreza en la población indígena de México, 2012*, elaborado y publicado por el Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval), se aprecia que el sector social que se encuentra en condiciones de máxima exclusión está



Casa habitación en Atenango del Río. **Fotografía** © Iván Oropeza Bruno.

integrado por los grupos indígenas. Esto da cuenta de una situación estructural. De la población total en pobreza extrema, 31.8% corresponde a población indígena, mientras que 7.1% identifica a población urbana. Después de Chiapas y Oaxaca, en la actualidad Guerrero es el estado con mayor población en situación de pobreza (65.2%), aunque en 2012 ocupaba el segundo lugar (69.7%). En relación con el porcentaje de población en pobreza extrema, Guerrero también ocupa el tercer lugar, con 24.5% de su población. Los datos que proporciona el Coneval dejan en claro la dinámica en los cambios y contrastes de los datos estadísticos para la población indígena y evidencian que todos los municipios indígenas con una proporción de rezago social van de “bajo” a “muy alto” y que, conforme tiende a disminuir la población indígena, también tiende a hacerlo el nivel de rezago. Esto muestra que la relación entre precariedad y la pertenencia a algún grupo étnico es estrecha.

Dada la consideración del vínculo posible entre cultura y exclusión, resulta necesario examinar la categoría de otredad cultural y su papel para investir de legitimidad las acciones y las políticas dirigidas a los grupos étnicos, en especial en el ámbito de la procuración del bienestar social y con base en que la exclusión habla de un fenómeno social que implica varias situaciones de privación —no sólo la económica—, pues tiene un carácter estructural.

Dentro de la dinámica de la contingencia de los sismos, la exclusión se manifiesta en los municipios indígenas de Guerrero como un proceso que tiende a separar a los individuos y a las colectivi-



Cúpula colapsada de la iglesia de Santiago Apóstol en Xochihuehuetlán. **Fotografía** © Iván Oropeza Bruno.

dades de una serie de derechos sociales y culturales, a los cuales se les niega el acceso por la falta de respuesta de los gobiernos estatal y federal, y por la situación de vulnerabilidad social previa, que se manifiesta en las condiciones de pobreza crónica que viven.

La pobreza se relaciona con la exclusión. Como se ha señalado, es un fenómeno estructural que expresa una situación de injusticia social propiciada por la omisión del Estado en el cumplimiento de su función de operar políticas, programas, proyectos y acciones que garanticen a los ciudadanos el ejercicio de sus derechos relacionados con el trabajo, la salud, la educación, la protección y, de manera relevante, los derechos culturales.¹

Como parte del origen de estas condiciones, podemos mencionar a “[...] los modelos de producción y distribución donde unas minorías acumulan grandes riquezas y se condena a grandes ma-

1. Si bien no existe un consenso sobre lo que se entiende por *cultura*, sí pueden argumentarse sus características. De acuerdo con Rodolfo Stavenhagen (2000), la cultura, perfilada desde la antropología, se entiende como un sistema de valores y símbolos coherente, y autocontenido, que un grupo social específico reproduce en el tiempo y que brinda a sus miembros la orientación y los significados necesarios para normar la conducta y las relaciones sociales en la vida cotidiana. Con este significado amplio puede argumentarse que los derechos culturales, en su sentido colectivo, son específicos de una cultura; es decir, que cada grupo cultural tiene derecho a mantener y desarrollar su propia cultura. Los derechos culturales, además, corresponden a las personas que pertenecen a culturas específicas y son moldeados por las mismas, que se dedican a la acción colectiva, comparten valores comunes y sólo pueden ser los portadoras de estos valores comunes en conjunto con otros miembros de su propio grupo.



Curato del siglo XVI con daño total en Atenango del Río. **Fotografía** © Iván Oropeza Bruno.

sas de personas a vivir con el mínimo indispensable o por debajo de este mínimo, que les impone carencias materiales determinantes” (Rodríguez, 2011: 13).

Los municipios visitados para el diagnóstico sufrieron graves daños que afectaron muchas localidades desde septiembre de 2013, debido al paso de los huracanes *Manuel* e *Ingrid*. El efecto posterior de estos fenómenos meteorológicos ha sido patente y se ha resentido de manera más intensa en el daño a las tierras laborables, que producen el sustento principal de los habitantes de los municipios, así como los daños a casas habitación, causados por los derrumbes, los cuales hasta ahora no han sido reparados y han quedado en el olvido gubernamental. Por otro lado, los caminos y las vías de comunicación terrestres se encuentran permanentemente dañados, en vista de que las reparaciones no han podido iniciarse debido a los constantes derrumbes, en la mayoría de los casos provocados por las lluvias y los sismos de septiembre de 2017. Esta situación acrecentó la vulnerabilidad por falta de comunicación de las comunidades indígenas, sobre todo si consideramos que existen poblaciones que, en casos de derrumbes, quedan aisladas durante días, porque la maquinaria que se requiere para remover la tierra de los deslaves no está disponible en los municipios y éstos deben solicitarla a otras dependencias gubernamentales, las cuales suelen demorar en atender la demandas. Los sismos de septiembre de 2017 llegaron a inclinar más la balanza contra los pueblos, que llevan cuatro años tratando de reponerse de las afectaciones severas que dejó el paso de los huracanes.



Daño del monumento a los caudillos de José María Morelos fusilados en Atenango del Río. **Fotografía** © Iván Oropeza Bruno.

Atenango del Río, municipio ubicado en la región Norte de Guerrero y con población náhuatl, se encuentra en una condición de vulnerabilidad extrema, comenzando por las afectaciones de las casas, que son el resguardo primario de las familias. El daño se considera severo en 50% de las viviendas de la cabecera municipal. Si a este porcentaje agregamos el de aquéllas con daños que van de medios a ligeros, encontramos averías en 80%. Constatamos que todas las familias afectadas se encuentran en condiciones de hacinamiento, ya que tuvieron que desalojar las habitaciones más dañadas y apretujarse en los espacios que ofrecen menos riesgos. En el caso de las localidades fuera de la cabecera, la situación se agrava debido a las condiciones de pobreza extrema; por consiguiente, el resguardo de las personas se vuelve mucho más precario y algunas de ellas viven casi a la intemperie. Aunque las personas no habitan en las partes más afectadas de sus viviendas, las usan como paso, para entrar y salir o para ir de un lugar a otro dentro del espacio doméstico. Esto representa un peligro, porque los techos y las paredes pueden colapsar en cualquier momento.

Las condiciones de salubridad también se vieron gravemente afectadas, en principio por la falta de espacios adecuados para el almacenamiento y la preparación de los alimentos. En localidades como Tuzantlán, en el municipio de Atenango, la situación empeora por la falta de agua potable, ya que el sismo dañó la bomba para extraer agua del pozo, que representa el suministro principal del vital líquido para la población. Al ser parte de un proyecto de sustentabilidad autónomo, se le ha hecho saber a la presidencia municipal que para ese tipo de daños no hay fondos disponibles, lo cual también genera dudas en la población respecto al apoyo que se espera de parte de las instituciones gubernamentales estatales.

A nivel estatal, la ayuda que se ha proporcionado a través del Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia (DIF) consistió en la entrega de 3 355 despensas en una sola ocasión, ya que esa institución ha aducido la carencia de recursos para brindar apoyos a los damnificados. El DIF también entregó 300 colchonetas y 400 cobertores. Lo anterior se complementa con el apoyo del gobierno estatal que, durante la cuarta visita de funcionarios públicos a la zona, entregó 4 000 láminas de 1 × 1.5 m para que las personas más afectadas hicieran un techado provisional que les permitiera proteger sus bienes, los cuales estaban expuestos a la intemperie.

En Xochihuehuetlán, municipio de la región de la Montaña, la población afectada ha padecido el desastre ocasionado por el temblor de manera multidimensional. Los que viven en la cabecera municipal, al encontrarse cerca del ayuntamiento, han tenido un mayor acceso a los recursos emergentes, que hasta ahora han consistido en la entrega de colchonetas y una despensa. Las localidades más alejadas padecen una situación mucho más complicada y penosa, pues no han recibido ningún apoyo económico ni en especie para solventar las carencias generadas por el sismo. La falta de recursos económicos para enfrentar la crisis derivada del sismo es para las localidades en pobreza extrema un problema serio que coloca a sus habitantes en una situación de vulnerabilidad en tres ámbitos principales: salud, alimentación y resguardo. Las localidades más afectadas que se encuentran fuera de la cabecera de Xochihuehuetlán son Xihuitlipa, Comitlipa y San Juan Cacalutla, todas con daño severo en sus escuelas.



Daño en el edificio de la Universidad Intercultural del Estado de Guerrero (UIEG), aún sin evaluar, en Malinaltepec.
Fotografía © Iván Oropeza Bruno.



Edificio de aulas de la Universidad Intercultural del Estado de Guerrero (UIEG), en Malinaltepec. **Fotografía** © Iván Oropeza Bruno.

En los municipios de Atenango del Río y Xochihuehuatlán, los daños en las viviendas y en los edificios públicos son múltiples y van desde fisuras hasta estructuras a punto de derrumbarse. Las iglesias y las escuelas —que incluyen desde las estancias infantiles hasta el telebachillerato— muestran graves afectaciones. También se registran daños en los hospitales comunitarios y en los edificios de los ayuntamientos municipales. En Xochihuehuatlán las autoridades nos dijeron que se han girado tres oficios para solicitar la ayuda exterior y empezar con el trabajo de reconstrucción en favor de los sectores de la población más castigados. Los oficios se dirigieron al director general del Instituto Guerrerense de Infraestructura Física Educativa (IGIFE), ingeniero Jorge Alcocer Navarrete; al secretario de Educación del Gobierno del Estado de Guerrero, licenciado José Luis González de la Vega Otero, y al secretario de Protección Civil, licenciado Marco César Mayares Salvador, todos con su respectiva copia para el gobernador del estado. Hasta el 3 de octubre, las autoridades municipales no habían recibido respuesta de ninguna de las instituciones mencionadas. “Estamos sin apoyo; no nos llega nada”, era la respuesta constante de los habitantes, de las autoridades municipales y de las autoridades escolares mientras llevé a cabo el recorrido para conocer más de cerca los daños.

El municipio de Malinaltepec enfrenta una situación mucho más grave: está enclavado en la Montaña Alta de Guerrero, con población hablante de *mè'phàà* y *tu'un savi* que no ha recibido ningún tipo de atención y menos ayuda. Hasta el momento de nuestra estancia, que transcurrió del 4 al 9 de



Escuelas evaluadas con daño total por Protección Civil en Xochihuehuetlán. **Fotografía** © Iván Oropeza Bruno.

octubre de 2017, las localidades afectadas del municipio no habían sido visitadas por representante alguno del gobierno del estado ni por autoridades de protección civil, quienes debían hacer una primera evaluación de los daños que se tuvieron en el municipio. Dentro del ámbito municipal, las autoridades tampoco han organizado acciones operativas para constatar los daños a escuelas, viviendas, caminos y cultivos. La situación se agrava cuando se consideran los daños previos ocasionados por los huracanes. Paraje Montero, uno de los núcleos agrarios de Malinaltepec, no desiste en su esfuerzo de que se cumplan las promesas de una vivienda digna para 95 familias y se consideren las condiciones actuales de las viviendas construidas entre 2014 y 2015, ya que se han deteriorado con rapidez y en algunos casos han sido abandonadas por el alto grado de destrucción. Las viviendas construidas mediante la intervención de la Secretaría de Desarrollo Social (Sedesol) después del paso de los huracanes *Ingrid* y *Manuel* también presentaron daños con el sismo, ya que se hicieron grietas en las losas, las paredes y sus pisos.

Otro caso en particular alarmante dentro del municipio es la situación en que se encuentra la Universidad Intercultural del Estado de Guerrero (UIEG). Llevé a cabo un recorrido por sus instalaciones ante la insistencia de algunos docentes que me contactaron para informarme que la infraestructura de la escuela se encontraba muy dañada. En todos los edificios que conforman a la institución educativa observé cuarteaduras verticales y horizontales, así como levantamiento de la loseta, filtración de agua en los techos y desprendimiento del recubrimiento de los mismos. El edificio donde los

alumnos toman clases sufrió daños severos, ya que la mitad de su estructura se deslizó y esto produjo un desnivel evidente que ha obligado a prescindir de esas instalaciones, ya que representan un grave riesgo para todos ante su posible colapso. La dificultad del asunto radica en que la comunidad escolar no tiene dónde llevar a cabo sus actividades académicas y ha sido necesario adaptar otros espacios como aulas. Las autoridades de la UIEG han girado dos oficios al licenciado Marco César Mayares Salvador, secretario de Protección Civil del Gobierno del Estado, para exponer los daños ocasionados por los sismos del 7 y del 19 de septiembre. El primero, con número UIEG/RE/248/2017, fue recibido en la ciudad de Chilpancingo el 14 de septiembre. El segundo, con número UIEG/SP/69/2017, fue recibido en la Coordinación Regional de Atención a Emergencias de la Montaña, dependiente de la Secretaría de Protección Civil de Guerrero, el 27 de septiembre de 2017.

Pese a la evidente urgencia que representa la situación, hasta el 6 de octubre de 2017 no se había recibido respuesta alguna por escrito. Tampoco ha ido Protección Civil a nivel municipal, regional ni estatal. La urgencia de las autoridades educativas radica, justamente, en la total falta de atención a sus peticiones de evaluación de daños para que más tarde se pueda solicitar ayuda a las dependencias correspondientes y éstas realicen las tareas que por ley les corresponden. La UIEG da servicio a 429 alumnos indígenas de la Montaña Alta y regiones vecinas.

Consideraciones finales

Ante la emergencia del sismo, y al ver las afectaciones graves en la infraestructura de los municipios, la organización ordenada y solidaria de los afectados tuvo un momento de perturbación en los primeros días. La falta de un censo inmediato, por razones que resultan evidentes, no permitió la entrega de ayuda en especie a los que más la requerían; por eso, en la única ocasión que se entregaron despensas, se les dieron a todas las personas que se encontraban en las cabeceras municipales de Atenango del Río y Xochihuehuetlán. Se han creado roces entre los afectados por determinar quiénes requieren “más ayuda” y ha existido una inconformidad permanente que se va acentuando por el trabajo de Protección Civil, que los pobladores consideran ineficaz, incompleto y totalmente ausente en el caso del municipio de Malinaltepec.

La problemática económica más urgente, de acuerdo con las manifestaciones de las autoridades municipales, es la falta de autonomía presupuestal; es decir, las autoridades locales manifiestan su descontento ante su condición de total dependencia en relación con al apoyo económico que decide otorgar el gobierno del estado y las instituciones federales. Por medio del gobierno estatal se ha pedido que el municipio genere acciones a partir de recursos propios, a lo que la presidenta municipal de Atenango del Río respondió:

Se nos pide que generemos recursos propios, pero esos recursos no existen en el municipio. Si la población se encuentra en una pobreza extrema y no tiene ingresos ni para comer, ¿cómo se nos pide que



Iglesia de Santiago Apóstol en Xochihuehuatlán. **Fotografía** © Iván Oropeza Bruno.

impongamos cuotas como lo es el predial?, por ejemplo. ¿De dónde va a salir el dinero para que paguen las familias? No se puede. Si acaso les llega recursos extras es de la migración, pero aquí la gente subsiste con las labores del campo [Amparo Puente, Atenango del Río, octubre de 2017].

El contexto actual puede transformarse en condiciones de extrema precariedad para los habitantes del municipio, pero no hay brazos cruzados ante la emergencia. Los pueblos afectados se han organizado en comités para hacer un seguimiento cercano de los compromisos asumidos por las autoridades estatales y federales para la reconstrucción de los daños, y también para gestionar el otorgamiento de apoyos en aquellas localidades que han sido olvidadas por completo por el Estado, incluso en aquéllas donde existe una infraestructura educativa de grandes dimensiones como la UIEG. Alumnos de esa institución, de los municipios de Xalpatláhuac y Copanatoyac, respectivamente —ubicados asimismo en la región de la Montaña Alta—, compartieron conmigo una breve descripción de las condiciones de sus pueblos de origen: daños en escuelas, viviendas, caminos y tierras de cultivo. Sobre esta última afectación, las tierras laborales forman parte de los daños frecuentes ante las contingencias ambientales, que con mayor frecuencia son ignorados. Retomando estudios propios de la geografía social, Rodríguez (2007: 91) argumenta que la construcción social del riesgo de desastre es un proceso multicausal y las condiciones como marginalidad, densidad de población, pobreza,



Los caminos, un peligro latente y un problema constante en los municipios indígenas de Guerrero. **Fotografía** © Iván Oropeza Bruno.

percepción del riesgo, falta de control territorial y de sistemas de prevención y atención en caso de las contingencias ambientales van conformando desajustes en el territorio susceptibles de desencadenar desastres o la aparición de nuevos riesgos en una comunidad.

Si ponderamos que en los municipios afectados donde se hizo el diagnóstico antropológico de las afectaciones del sismo ya había una situación crítica provocada por los huracanes *Ingrid* y *Manuel*, y que con el paso del tiempo ésta se ha agudizado, una de las conclusiones a que se puede llegar es que el elemento que los sitúa en una posición de mayor riesgo no tiene que ver con las circunstancias ambientales, sino con elementos de carácter social y con posturas políticas que tienden a invisibilizar la condición de precariedad de los damnificados. Lo anterior trae como consecuencia el olvido y el abandono, y hace de la contingencia socioambiental no una coyuntura, sino una condición de urgencia permanente por la falta de condiciones mínimas de bienestar, resguardo, alimentación, salud y trabajo.

Que lo escrito aquí sea, pues, una de muchas maneras de recordar que lo difícil de una contingencia ambiental es no olvidar que la recuperación implica, siempre, un largo proceso que debe ser, más que un discurso político, una realidad.

Bibliografía

Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (2014). *La pobreza en la población indígena de México, 2012*. México: Coneval.

Rodríguez Esteves, Juan M. (2007). "La conformación de los 'desastres naturales'. Construcción social del riesgo y variabilidad climática en Tijuana, B. C.". *Frontera Norte*, 19 (37), pp. 83-112.

Stavenhagen, Rodolfo (2000). *Derechos humanos de los pueblos indígenas*. México: Comisión Nacional de los Derechos Humanos.

Diagnóstico emergente en las comunidades afectadas por el sismo del 19 de septiembre de 2017 en el Estado de México

Patricia Gallardo Arias*

El presente diagnóstico se propuso identificar las condiciones en que se encuentran las comunidades para enfrentar los daños causados por los sismos ocurridos el 19 de septiembre de 2017. Esto implicó ubicar los recursos sociales, económicos y culturales con que cuentan las localidades para hacer frente a la etapa de reconstrucción. Se registraron y evaluaron los siguientes aspectos:

- 1) Tipos de localidad y población; formas de organización; autoridades civiles, religiosas y tradicionales; existencia de mayordomías.
- 2) Nivel de daño en edificios y espacios públicos, viviendas, iglesias y templos, escuelas, lugares sagrados, parajes y cerros.
- 3) Descripción de las características de resguardo de los bienes inmuebles y condiciones de los albergues.
- 4) Ubicación de los problemas en la organización social y comunal que presentan las localidades a partir de los sismos —relaciones con las autoridades, instancias de gobierno, instituciones públicas y organizaciones de la sociedad civil.
- 5) Registro de los problemas y necesidades económicas que la población caracterizó como más urgentes de atender, así como las propuestas para su posible resolución.

Este estudio fue solicitado por la Coordinación Nacional de Antropología (Cnan) del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). El trabajo de campo se llevó a cabo del 27 al 29 de septiembre de 2017. Participaron los antropólogos Iván Pérez Téllez y Patricia Gallardo Arias, la socióloga Anaid Karla Ortiz Becerril y la pasante en etnohistoria Sheila Pamela Escobar Martínez. Se trabajó en localidades de tres municipios del Estado de México: Tenancingo, Malinalco y Ocuilan de Arteaga. Para

* Dirección de Etnohistoria, INAH (patriciagallardo1@hotmail.com).

registrar los aspectos que permitieran la identificación de problemas en las localidades que deben ser atendidas con carácter de urgente y detallar los recursos con que se cuenta, se aplicó una estrategia general de levantamiento y análisis de información. Se visitaron las localidades de San Miguel Tecomatlán, San Simonito y San Martín Coapaxtongo, en el municipio de Tenancingo; la localidad-barrio San Martín, en el municipio de Malinalco, y la localidad San Juan Atzingo, en el municipio de Ocuilán de Arteaga. Se eligió estos pueblos porque se encuentran registrados con mayor afectación por los sismos, pero es importante mencionar que allí sólo hubo una pérdida humana. Se entrevistó a las autoridades civiles y religiosas de cada localidad, se habló con los habitantes de las comunidades y se realizó observación y registro fotográfico en los poblados. En este texto nada más se exponen algunas de las observaciones generales obtenidas durante el trabajo de campo.

Localidad de San Miguel Tecomatlán, municipio de Tenancingo

San Miguel Tecomatlán se ubica en el municipio de Tenancingo, Estado de México. Cuenta con 3 180 habitantes. Es una localidad rural, con un patrón de asentamiento concentrado. De acuerdo con el régimen de propiedad, se encuentra dividida en dos partes: la primera es comunal y la segunda ejidal y privada. Esta última se encuentra en la zona de abajo. En la parte de propiedad comunal, que fue la más afectada por el sismo, por lo general las viviendas se componen de dos estructuras: un cuarto hecho de adobe y otro de materiales —cemento y ladrillos—. En la parte de propiedad ejidal y de pequeña propiedad privada, donde se derrumbaron aproximadamente 10 casas, las construcciones son de dos o tres pisos y están hechas principalmente de materiales —cemento, ladrillos, mampostería—. La economía se basa en la elaboración de pan en hornos de piedra y la producción de flores de invernadero. El pan se vende en Morelos, Chalma y Malinalco. En menor medida se siembra maíz para el autoconsumo. Hay varios gremios: panaderos, floristas, transportistas y comerciantes.

En esta localidad se observaron daños en los edificios y espacios públicos, y hubo afectaciones mayores en la iglesia principal, en escuelas y viviendas. Los ingenieros de la presidencia municipal opinaron que la iglesia debía ser demolida, así como la escuela primaria y la secundaria. Uno de los cerros que rodean la comunidad presenta una grieta, la cual se abrió por el sismo.

Se instalaron dos albergues para la población damnificada: uno cuenta con 120 personas y está acondicionado bajo lonas; otro, con 40 personas, se instaló con casas de campaña. Ambos albergues cuentan con colchonetas, cobijas, comida, agua embotellada y parrillas para cocinar. Asimismo tienen comedor comunitario y baños portátiles. La ayuda llegó principalmente de la presidencia municipal y del sector salud, pero también hubo apoyo de universidades particulares —como el Tecnológico de Monterrey—, de médicos voluntarios que llegaron de las universidades y de Médicos sin Fronteras. Además, los habitantes de la localidad recibieron ayuda psicológica, pediátrica y sesiones de medicina alternativa —naturista y aromaterapia—. Se observó que el abastecimiento de comida, agua, cobijas, ropa y medicamentos seguía llegando —había una bodega llena—. Las misas se esta-

ban realizando en el quiosco. Se sacaron las imágenes de los santos de la iglesia y se resguardaron en dos cuartos y en el quiosco.

Entre los problemas que las personas y autoridades de este pueblo mencionaron, destacó el hecho de que no había suficientes arquitectos y peritos para evaluar el daño en los edificios principales y para la reconstrucción del templo. Se requiere de apoyo para la reconstrucción de inmuebles, así como para la construcción y reparación de hornos para la preparación de pan, ya que la población vive de la elaboración y venta de ese producto. También se necesitan tinacos. Los habitantes están tratando de resolver lo concerniente a la reconstrucción de sus viviendas, pero no tienen una propuesta clara para la reparación de hornos, la compra de tinacos y la reconstrucción o reparación de la iglesia.

La gente expresó que está muy preocupada y dolida por la pérdida de la iglesia, pero entiende que, por ser un templo considerado con valor histórico, las autoridades deben determinar qué se hará. No obstante, los lugareños se reunieron en asamblea y decidieron que la cooperación que se utilizaría para la fiesta la ocuparán para restaurar el templo. La prioridad para los pobladores es reconstruir la iglesia, antes que las viviendas, los hornos y la reactivación de la economía. Varios entrevistados dijeron que en la localidad hay personas que pueden ayudar en la reconstrucción, pues algunos de ellos son albañiles. La opinión en general es que las casas de adobe son más frágiles que las de cemento. Tras el sismo, el pueblo ha sido atendido constantemente por las autoridades del municipio y por diversas instituciones. Se puede decir que, para las autoridades civiles del pueblo, la reconstrucción de la iglesia no es prioridad, aunque para la gente es lo primero que hay que atender. Consideramos que en esta localidad la iglesia forma parte importante de las relaciones comunitarias.

Localidad de San Simonito Atlacomulco, municipio de Tenancingo

Esta localidad cuenta con una población de 1 781 personas, las cuales viven en condiciones precarias, con un patrón de asentamiento disperso, dedicadas a la floricultura. Así, se contratan como peones para los floricultores y hacen milpa de autoconsumo. La iglesia, que es el centro del pueblo, presenta tras el sismo varias grietas en todas las paredes; parte del techo se colapsó y también tiene grietas. En esta localidad hubo daños en los edificios y espacios públicos. Las afectaciones mayores se observan en la iglesia principal, en las escuelas —el jardín de niños, la primaria y la telesecundaria— y las viviendas. En esta localidad no se instalaron albergues, ya que los afectados decidieron quedarse en casas de familiares, donde cuentan con agua y víveres. Los habitantes dijeron que han recibido mucha ayuda de personas que vienen de las ciudades, pero que las autoridades municipales no los han atendido. No hubo pérdidas humanas. Pasado el sismo, los hombres entraron casi de inmediato a la iglesia para sacar las imágenes. Desde el primer día el padre ofició la misa en la calle.

Las autoridades y los pobladores expresaron que el mayor problema que enfrentan ahora gira en torno a los daños causados por el sismo, pero que desde hace años enfrentan problemas con el INAH ante la falta de respuestas concretas a los problemas que han tenido y tienen para la restauración



San Simonito, municipio de Tenancingo, Estado de México. **Fotografía** © Patricia Gallardo.

de la iglesia. Mencionaron que desde 1995 han tratado de gestionar apoyos con el instituto para tal efecto y que en el año 2000 les dieron apoyo económico para la restauración, aunque a partir de entonces no han tenido ninguna respuesta concreta. Los habitantes y las autoridades de esta comunidad perciben al INAH como una instancia burocrática, que obstaculiza, y por lo mismo han tomado en sus manos el arreglo y la restauración de la iglesia. Comentaron que antes del sismo la comunidad llevó a cabo una reconstrucción del campanario, y quien esto escribe observó varias reparaciones con cemento y cal. Consideran que la iglesia es su patrimonio y no del INAH. No obstante, debido a que la escuela primaria se encuentra al lado de la iglesia, la población y sus autoridades están conscientes de que el templo debe ser demolido por la seguridad de los niños. Requieren material para construir una capilla en lo que resuelve la cuestión de la iglesia. Les preocupa que, luego de que el inmueble sea derribado, se les quiten el terreno y los santos-imágenes.

Durante la visita que se realizó, las autoridades y vecinos decidieron hacer una junta en la cual pidieron nuestra participación. En la junta se discutieron durante varias horas los problemas que los lugareños han tenido con el INAH y las posibles soluciones a los mismos. Se propuso que la cooperación para la fiesta se destine a la construcción de una iglesia nueva, y también se planteó edificar una



San Simonito, municipio de Tenancingo, Estado de México. **Fotografía** © Patricia Gallardo.

capilla temporal para poner a los santos. Se expresó con mucho enojo y frustración la falta de respuesta del instituto para dictaminar los daños de la iglesia, debido a que la comunidad no puede realizar nada sin tener el permiso de este organismo. A los habitantes de San Simonito les parece que la conducta del INAH es irresponsable, ya que la iglesia está a punto de colapsar. Les preocupa sobremanera que, al caerse el templo, ponga en peligro a los niños que estudian en la escuela primaria que está al lado.

Localidad de San Martín Coapaxtongo, municipio de Tenancingo

San Martín Coapaxtongo se sitúa en el municipio de Tenancingo y cuenta con 2865 habitantes. El pueblo tiene un patrón de asentamiento concentrado de pequeña propiedad privada, mientras que los terrenos aledaños de cultivo son comunales. Cuenta con un centro de salud grande y equipado. Se puede decir que es una localidad conurbada, dada la cercanía a la cabecera municipal. La gente se dedica a la floricultura, pero entre sus habitantes hay profesionistas como maestros y médicos. Las mujeres se emplean en el empaquetado de las flores; los hombres, como peones para los floricultores.

En la localidad hubo unas 100 viviendas afectadas, y de éstas 60 deben demolerse, mientras que las 40 restantes presentan daños menores. A los pobladores les preocupan las afectaciones en las escuelas, ya que la escuela primaria está muy dañada y se observan grietas en la secundaria y el telebachillerato. La iglesia sólo muestra daños en el campanario. No se establecieron albergues, ya que la población no los quiso, y los damnificados se quedaron con familiares y vecinos; éstos han recibido ayuda de instituciones privadas y se les ha entregado comida, agua embotellada, ropa y cobijas, además de material para construcción —cemento y ladrillos.

La relación de la comunidad con las autoridades municipales no muestra niveles de conflicto, ya que los funcionarios fueron transparentes en la entrega de materiales y la distribución de recursos. La reconstrucción del templo no es una prioridad, pero sí la edificación de viviendas y escuelas. Se acordó utilizar el dinero de las festividades para la reparación.

Localidad de Campos de San Martín, municipio de Malinalco

San Martín se ubica en el municipio de Malinalco. Tiene 144 habitantes, está conurbada a la cabecera municipal y se clasifica con un grado de marginación alto. Se trata de una comunidad con pobreza extrema. Su arquitectura es acorde con el resto de los pueblos y localidades de la región. La iglesia



San Martín, municipio de Malinalco, Estado de México. **Fotografía** © Patricia Gallardo.



San Martín, municipio de Malinalco, Estado de México. **Fotografía** © Patricia Gallardo.

sufrió varias fracturas en el techo, así como en el campanario. Los pobladores no quisieron instalar el albergue en otro lugar que no fuera el terreno del templo, porque querían mantenerse cerca del mismo y custodiarlo. Debido al sismo, 50 casas sufrieron daños y 10 de ellas se derrumbaron casi en su totalidad. Se instaló un albergue con dos carpas en los terrenos de la iglesia y los damnificados se quedaron allí, pero no contaban con sanitarios y comentaron que iban a las casas de familiares y vecinos para bañarse. El albergue tenía cocina y colchonetas, pero no víveres.

Allí los pobladores mostraron una reacción extrema en cuanto a la reparación del templo. Dijeron que, si el INAH no daba solución a la reparación o demolición del techo para meter herrería, ellos ya habían tenido una junta, en la que decidieron que harían la reparación con o sin el permiso del instituto, y que cada familia cooperaría con 5 000 pesos, ya que los hombres de la comunidad son albañiles y pueden reconstruir la capilla y las viviendas. Afirmaron que requerían material o ayuda para comprar el material, y que su prioridad es la iglesia, pues cada familia se ocupará de las casas.

Para este pueblo la iglesia es de suma importancia. A pesar de las consecuencias del sismo, la comunidad celebró la fiesta de san Miguel en los terrenos del templo donde se encontraba el albergue. Los lugareños tienen presente que la iglesia fue la primera que se edificó en la época colonial y que allí hay objetos y figuras de barro con valor histórico y monetario. La iglesia es el espacio que congrega, y ahí se festeja a los santos patronos que, a decir de los habitantes de San Martín, cuidan

de ellos. Se percibió preocupación ante una posible intrusión en la iglesia de personas ajenas a la comunidad y el saqueo de los objetos sacros.

Localidad de San Juan Atzingo, municipio de Ocuilan de Arteaga

La localidad de San Juan Atzingo se ubica en el municipio de Ocuilan. Tiene aproximadamente 2 500 habitantes, dedicados en su mayoría a la agricultura, con la siembra de chícharo, zanahoria y haba, cuyos productos venden en la Central de Abasto de la Ciudad de México. La producción de maíz es para autoconsumo. El pueblo se divide en dos barrios: Loma Teocazingo y San Juan Atzingo. Cada barrio tiene cuatro delegados, que se eligen por asamblea y duran tres años en el cargo. Para los lugareños, la iglesia es prioridad y no van a actuar hasta que el INAH haga una valoración. La iglesia principal sufrió daños de consideración y parte del techo se fracturó y cayó. La otra iglesia sufrió daños en la cúpula y se rompieron dos de las imágenes de los santos. Las imágenes se sacaron de los templos y ahora se encuentran en una casa de cultura. Sólo los mayordomos van a ponerles flores. Se dañaron cinco escuelas —dos jardines de niños, dos primarias y una secundaria—, además de 59 viviendas,



San Juan Atzingo, municipio de Ocuilan, Estado de México. **Fotografía** © Patricia Gallardo.

15 de las cuales se declararon como pérdida total. El cerro se fracturó. Allí no se instalaron albergues y las familias afectadas se alojaron en casas de familiares y vecinos.

Los lugareños dijeron que lo principal era reparar las iglesias y las escuelas. Consideran prioritario atender los daños de la iglesia del centro del pueblo, que, dijeron, “[...] es el centro de los usos y costumbres; allí tenemos las tres fiestas patronales, los cambios de mayordomía”. Esperan que el INAH, los delegados y la presidencia municipal resuelvan qué hacer luego de los dictámenes de los edificios. Esta comunidad ha sido atendida por el INAH, las autoridades municipales y estatales, e incluso fue la única visitada por el gobernador. Cuando nos encontrábamos allí llegaron ingenieros, arquitectos y arqueólogos del INAH. En esta comunidad la iglesia es de suma importancia para la reproducción de su religiosidad. Sus habitantes mostraron confianza en la labor de las autoridades, y desde el sismo del 19 de septiembre han mantenido una comunicación constante con ellas.

Observaciones generales

En el área donde se realizó el diagnóstico, los asentamientos rebasan los 2000 habitantes, cuentan con servicios y sistemas de comunicación —carreteras, electricidad, agua potable—, desarrollan actividades económicas en torno a la floricultura y no son territorios aislados ni abruptos.

La identidad de las comunidades diagnosticadas está básicamente marcada por su pertenencia al pueblo, cuyo centro es la iglesia. Los sentidos de identidad y pertenencia se expresan en la realización de las celebraciones para los santos por medio de la organización en mayordomías. Para las localidades estudiadas sigue siendo de suma importancia compartir una vida ritual, reconocer a sus autoridades y tener lugares sagrados donde expresan esa ritualidad. En la mayoría de las localidades diagnosticadas, la construcción, reconstrucción, reparación y restauración de las iglesias es la prioridad para sus pobladores, quienes contemplan diversas soluciones para lo anterior y tienen opiniones acerca del papel que juega el INAH en este proceso.

Es importante mencionar que las iglesias que resultaron afectadas por el sismo son construcciones edificadas durante el periodo colonial; de ahí que su valor sea simbólico e histórico. Por ejemplo, en la localidad de Jesús María, municipio de Malinalco, hay una iglesia colonial que presenta daños en el techo y en la piedra angular, así como grietas en el altar principal. El mayordomo mencionó que no permitirán que sea demolida, que la conservarán como un monumento y que harán el templo en otro lugar. Allí no sacaron a los santos, porque consideraron que no debían hacerlo y que estaban más seguros en el interior. Esta iglesia es de las más antiguas de la zona, la segunda del municipio, porque la primera que se construyó en la época colonial es la de San Martín. Tiene arte antiguo y los lugareños son muy celosos de lo que contiene, de modo que no dejan entrar a cualquier persona. Los templos de esta región, visitados por extranjeros y nacionales, son motivo de orgullo local.

Lo anterior permite entender los conflictos de los lugareños con las autoridades —sobre todo del INAH— a partir del sismo, ya que la gente se encuentra desesperada por recuperar sus espacios de

culto y no tiene una respuesta pronta ni concreta. Esto resulta evidente en Campos San Martín, donde los pobladores han decidido no esperar a las autoridades para reparar su iglesia, o en San Simonito, donde han decidido enviar cartas y presentarse ante el gobierno estatal para ser escuchados.

Aunque existen diferencias en estos pueblos, la importancia de la iglesia está presente en cada uno de ellos. Se observa que han perdido relevancia los sitios sagrados en cerros, cuevas, manantiales y pozos, y que ha cobrado suma importancia la iglesia colonial como centro ritual. A partir de ella se comparte una historia común, desde la más remota, como la resistencia a la conquista, hasta circunstancias más recientes, como el reconocimiento de bienes comunales, las autoridades elegidas por asamblea y la recuperación de la lengua materna.

Algo de esto ha quedado claramente manifiesto en estos momentos de desastre y emergencia como los que viven estas localidades tras los sismos de septiembre de 2017 que afectaron a México, si consideramos la pobre concurrencia de las acciones públicas dedicadas a dinamizar los trámites para la construcción, reconstrucción y restauración de estos edificios sagrados para la población. Se observa una falta de coordinación, responsabilidad y credibilidad del INAH, sobre todo de los arqueólogos y restauradores, pero también de las autoridades municipales y estatales, así como de la gestión que a éstas les compete para apoyar a los pobladores.

Lo que el sismo no derrumbó. Experiencias posteriores al 19 de septiembre en el suroeste de Puebla¹

Laura Rodríguez Cano,^{*} Rodolfo Rosas Salinas,^{**}
José Bardomiano Hernández^{***} y Azul Ramírez^{****}

El objetivo de este artículo es relatar las experiencias posteriores al sismo del 19 de septiembre de 2017, cuando se realizaban diversas actividades dentro del proyecto Geografía Histórica de la Mixteca Baja, el cual se lleva a cabo en el suroeste de Puebla. El proyecto está adscrito a la ENAH y su responsable es la maestra Laura Rodríguez Cano. En este documento también se pretende transmitir las necesidades de la región y dar cuenta de la implementación de mejores estrategias para que las instituciones culturales y los pobladores continúen con el proceso de reconstrucción material y social.

Al estar el epicentro en la región que por varios años se ha investigado y de la que se tienen buenas amistades, siempre dispuestas a colaborar y compartir sus saberes tradicionales, así como a ofrecer techo y comida durante las temporadas de campo, los participantes del proyecto quisimos conocer de inmediato lo acontecido en el área de estudio, más allá de lo que informaban los noticieros ciudadanos, concentrados en la Ciudad de México. Así, al restablecerse las comunicaciones, contactamos a los cronistas de varios municipios de la región Mixteca poblana,² quienes nos informaron en qué poblaciones aledañas y de difícil acceso aún no llegaba la ayuda.

^{*} Profesora-investigadora, Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH (laurarcano@hotmail.com).

^{**} Profesor, Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH (raz.fari@gmail.com).

^{***} Doctorado en Estudios Mesoamericanos, UNAM (bardoslp@yahoo.com.mx).

^{****} Posdoctorante, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM (azulramirez108@gmail.com).

1. En las actividades realizadas por el Proyecto de Geografía Histórica de la Mixteca Baja: Toponimia y Espacio Político de los Siglos VIII al XVIII, adscrito a la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), las cuales se realizan en apoyo a las comunidades de la Mixteca poblana, queremos agradecer la constante colaboración y participación de varios egresados y estudiantes de la licenciatura de etnohistoria de la ENAH, así como de otras instituciones educativas que se incorporaron a las labores del proyecto. Nuestro agradecimiento a Sanskari Husur Ponce Melgoza, Erick Arévalo Hernández, Paul Eduardo Baca Carmona, Guadalupe Donis Valerio, Aquetzalli Nayeli Mora Jiménez, Carlos Ulises Vargas Pérez, Carlos Augusto Barriga Servín y Melany Mishelle Durán Garciarreal; asimismo, para las semanas de contingencia fue de gran ayuda el apoyo de Conrado Tostado, Diana Sánchez Colín, Diana López Gómara, Verónica González Ojeda, Isidro Jaimes Hernández, Hans Martz de la Vega, Cecilia González Morales, Jorge Domínguez Ruiz, Ixchel Bernal Velázquez, Javier Becerra Venegas y Ricardo de la Peña.

2. El señor Filiberto Sánchez Caridad, cronista de Huehuetlán el Chico y coordinador regional; el ingeniero Gil Campos, cronista de Chiautla de Tapia e Izúcar de Matamoros y coordinador regional; la señora María de Jesús Sánchez, cronista de Ixcamilpa de Guerrero; la señora Cristina Trejo Ramales, cronista auxiliar de Tzicatlán, y el señor Luis Eduardo Montaña Sosa, cronista de Cohetzala.

Así, el 22 de septiembre iniciamos la primera salida en una pequeña camioneta que la ENAH nos prestó y que, a su vez, había sido facilitada por la Coordinación Nacional de Antropología (Cnan) del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). Viajamos en el vehículo hacia los municipios de la región, acompañados por un camión que transportaba varias toneladas del acopio reunido por el Colegio Alemán, el Club Alemán y la Empresa Recicla-T México, obtenido gracias a la valiosa ayuda de Paloma Escalante, investigadora de la ENAH. El destino fue la Mixteca poblana, donde los medios de comunicación informaron que se había originado el epicentro del sismo. El camión llevó víveres, agua, ropa, medicamentos y juguetes, entre otros avituallamientos, a Huehuetlán el Chico, Puebla.

Durante nuestro trayecto era difícil no voltear a mirar los muros caídos en las poblaciones de Jonacatepec y Axochiapan, ubicados en el estado de Morelos. En las áreas céntricas de ambas localidades había desviaciones del tránsito debido a las afectaciones ocasionadas por el sismo. En Jonacatepec observamos muros y bardas colapsados a causa del movimiento telúrico; incluso la iglesia y el convento agustinos, emblemas y monumentos históricos de esa población, presentaban fuertes daños. También vimos que en Tepalcingo, Morelos, y en Tlancualpican, Puebla, la gente estaba formada recibiendo apoyos que llegaron en camiones, camionetas y automóviles.

A diferencia de otras brigadas que se limitaron a depositar el apoyo en los centros de acopio y en las presidencias municipales, al tener un mayor conocimiento del área y el contacto con los cronistas, nuestra brigada pudo dirigir la ayuda directamente a los damnificados, entre los cuales se incluyó a personas de la tercera edad, discapacitados, mujeres embarazadas e infantes que habitaban en las rancherías más alejadas y que aún no recibían la ayuda.

Durante el reparto del acopio nos dimos cuenta de que algunos poblados como Pilcaya, Platanar e Ixcamilpa de Guerrero, localizados en la Mixteca poblana, habían sido bien abastecidos de víveres y recibieron la ayuda del ejército, el cual se abocó al levantamiento de albergues; sin embargo, las personas prefirieron permanecer en sus terrenos e improvisar un refugio por temor a perder sus pertenencias.

En Ixcamilpa de Guerrero, la iglesia, aparentemente del siglo XVIII, sufrió graves daños en su torre y fachada, así como en el atrio. Los pobladores nos comentaron que por dentro había sido mayor la destrucción, al grado de que se canceló la entrada y todo acto cerca de la misma, por temor a un derrumbe total. En este municipio, la ayuda que llevábamos se entregó a poblados retirados y de difícil acceso, como Linderos y Cuaguixquitepec; en esta última comunidad varios pobladores todavía hablan el náhuatl o mexicano. En estas localidades la gente agradecía el apoyo y comentaba que, aunque el temblor no las afectó tanto, la ayuda era bien recibida, pues siempre se padece mucha necesidad.

Durante las semanas en que se repartió el acopio en el sur de la Mixteca poblana, lo que se observó fue que las casas que resistieron el sismo fueron las viviendas tradicionales construidas con adobe y con unas gruesas varas horizontales de cuatecomate,³ que dan soporte a la construcción. Existía

3. Del náhuatl *cuatecomatl*, posiblemente *quahuitecomatl* = "árbol + cabeza". El término haría referencia al fruto que el árbol da, el cual es duro y redondo, de unos 15 cm de diámetro. El árbol pertenece a la especie *Crescentia*. Información recuperada de: <http://www.medicinatradicionalmexicana.unam.mx/monografia.php?l=3&t=Cirian_o_cuatecomate&id=7347> .

el riesgo de derrumbe total de algunas viviendas en las que se utilizaron materiales no compatibles con las casas de adobe, como las losas de cemento muy pesadas que se construyen para techar o los revoques de ese mismo material que han ido transformando la imagen de los pueblos y se han implementado con una visión de bienestar y progreso que impulsa el Estado.

Como después del temblor hubo lluvias torrenciales en la región, algunas comunidades experimentaron problemas en sus vías de comunicación. Por ejemplo, el río que pasa cerca de la localidad de San Miguel el Terrero, inspección dependiente de Huehuetlán el Chico, se desbordó, obstruyó por completo el camino y puso en riesgo de quedar aislados a los pobladores. En esa localidad observamos que a unos 50 m de la “tranca” de acceso al pueblo estaba una casa totalmente destruida: el techo y la pared exterior se habían colapsado y en un pequeño cuarto se divisaba una cama que amortiguó la caída del techo y el muro.

En la comunidad La Palma los pobladores afirmaron que lo que más necesitaban eran materiales para comenzar la reconstrucción de sus viviendas. El panorama allí, al igual que el de San Miguel el Terrero, era de casas derrumbadas; por eso la gente ya no quería despensas, sino apoyo con materiales de construcción o, por lo menos, con lonas para guarecerse de las lluvias.

En la localidad de Tepoxmatla observamos pocos daños; sin embargo, personas de la tercera edad, discapacitadas y mujeres con hijos que viven a las orillas del pueblo tuvieron diversas dificultades para llegar al centro de la localidad y acceder a los vastos apoyos que algunas personas llevaban, ya que los senderos que los comunican atraviesan barrancas y el río. Ante esto, decidimos desplazarnos hasta los márgenes del pueblo para llevar el apoyo directamente a las personas afectadas. Entre ellas, se lo entregamos a una señora de la tercera edad con problemas para caminar y que vive sola en una casa a la que se accede por una estrecha vereda, cruzando el río. Ella comentó que era el primer apoyo que recibía.

Iniciamos el reparto de acopio el 22 de septiembre y continuamos durante las semanas subsiguientes, hasta diciembre de 2017 y principios de enero de 2018.⁴ Como era de esperarse, a finales de septiembre la ayuda disminuyó, pero aún se necesitaban apoyos en poblaciones como Santa María Cohetzala y Santa Mónica, esta última perteneciente a Cohetzala; Huehuetlán el Chico y su junta auxiliar San Lucas Tzicatlán, Jolalpan y Teotlalco, Chiautla y Tlancualpican, su dependiente; Coacalco, agencia auxiliar de Xicotlán, y Albino Zertuche, entre otras.

Debido a esto continuamos repartiendo el acopio implementando la misma estrategia; esto es, nos desplazamos hasta los rincones más alejados y llevamos apoyos a las personas que más lo necesitaran, pero ahora con listas proporcionadas por las autoridades de los municipios, que privi-

4. Este trabajo continuo ha sido posible gracias al apoyo económico y de vehículos brindado por la ENAH, y a las gestiones realizadas por la maestra Julieta Valle Esquivel, el doctor Alejandro González Villarruel y el doctor Juan José Atilano Flores, autoridades de esa institución. También ha sido valioso el aporte del doctor Benjamín Mayer y de Conrado Tostado, de 17, Instituto de Estudios Críticos; del proyecto Red de Ciencias Aplicadas a la Investigación y Conservación del Patrimonio Cultural (Red CAICPC), auspiciado por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt), así como el aporte del Laboratorio de Prospección Arqueológica del Instituto de Investigaciones Antropológicas (IIA) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), ambos coordinados por el doctor Luis Barba.

legiaban a las personas de la tercera edad y, en segundo término, consideraban a los damnificados en general.⁵

Durante esas primeras semanas la gente decía estar aturdida ante la visita de diversas personas de varias instituciones gubernamentales que iban a revisar sus casas. También manifestaban cierta incertidumbre en relación con los posibles apoyos para la reconstrucción de sus viviendas y, fundamentalmente, de sus iglesias, pues en la mayoría de ellas se cayeron las cúpulas y las torres; además, en algunas se desprendieron las paredes del altar mayor y de las portadas. Muchos edificios públicos, religiosos, administrativos y educativos sufrieron fuertes daños. En algunos municipios, como el de Cohetzala, tuvieron que implementar oficinas alternativas ante el peligro que representaban las instalaciones originales; en otras, a pesar de las fuertes grietas y del peligro que se corría, continuaron laborando.

Por otro lado, en algunos municipios el exceso de apoyo en despensas ocasionó diversos problemas que rompieron con la cotidianidad. Por ejemplo, algunos propietarios de pequeños comercios nos manifestaron su inconformidad ante la poca venta que registraron sus locales, ya que los productos más comunes eran proporcionados por las brigadas de apoyo; o bien, las personas que acumularon y consumieron productos enlatados e industrializados, como las sardinas y el atún, entre otros, manifestaron padecimientos estomacales severos ante la falta de costumbre de ingerir tales alimentos. Aunado a lo anterior, existía la imperiosa necesidad de conseguir antídotos y sueros para la picadura de alacranes, ya que estos artrópodos arácnidos abundan en la región. Al respecto, conocimos el caso de una señora que, entre otros problemas, tenía el de que el techo de su casa se había caído. Madre de dos bebés, no podía dejarlos solos por el peligro de los alacranes. Debido a ello, no podía ir al municipio para recibir la ayuda que traían las brigadas, que en la mayoría de los casos sólo llegaron al centro de las cabeceras municipales.

A lo largo de los recorridos y las estancias que realizamos en la zona, tanto para el reparto de acopio como para el trabajo antropológico y etnohistórico, fuimos testigos de las distintas impresiones que ilustran la forma en que los pobladores vivieron el sismo, mediante expresiones, entre otras, como “ahora sí se movió bonito la tierra”, “se sacudió recio”, “se veía en la calle principal cómo los adoquines se ondulaban”, “todo se cayó”, “salí al centro del patio y me hincué a rezar”, “los mayores daños son donde hay más tierra y no tepetate”, “dicen que la tierra se abrió allá por el [paraje del] Jardín, pero con las lluvias el río lo tapó”. También nos percatamos de que con el ruido y movimiento de las máquinas para quitar el cascajo, los niños de las comunidades El Platanar y Zapatla estaban atemorizados, pues el estruendo de los equipos les recordaba el suceso que habían vivido semanas atrás.

Hasta mediados de octubre, en general, las poblaciones tenían ciertas necesidades en común, que eran las más urgentes, como el asesoramiento y la ayuda para reparar los daños de las viviendas, la

5. Agradecemos a las autoridades municipales el apoyo brindado: al ciudadano Rogelio Pérez Casales, de Huehuetlán el Chico; al ciudadano profesor Salvador Aguilar García, de Cohetzala, y al ciudadano Mateo Bello, de Santa Mónica, asimismo, a la ciudadana Antonia Amigón Quiroz y la familia Sánchez Caridad, originarios de Huehuetlán el Chico, Puebla. En todo momento guiaron y colaboraron para establecer la mejor forma de repartir el acopio conseguido entre las personas de esas listas.

recepción de víveres en condiciones sanitarias adecuadas y el acceso a atención médica. A mediano y largo plazos podrían plantearse otras problemáticas como la restauración de las actividades que dan lugar a la economía local.

Durante septiembre y octubre las autoridades levantaron un censo de las viviendas con mayores daños, con la idea de que las familias más afectadas tuvieran acceso a recursos para la reconstrucción de sus hogares; sin embargo, hay un sector más vulnerable que no podrá acceder a éstos, a pesar de que los necesita, con el objetivo de tener un espacio digno y habitable, sin el temor que ahora se vive ante un eventual colapso de sus habitaciones.

De igual forma, los pobladores, las autoridades y otras personas conocedoras de los sistemas de construcción antiguos desean apoyar en la reconstrucción de las iglesias, aunque perciben un rechazo a su ayuda por parte de los peritos del INAH que han ido a las poblaciones. Algunos lugareños nos comentaron que con el dinero de las organizaciones de migrantes podrían ayudar a la reconstrucción de la iglesia. Tal vez ésa sería una opción que el instituto debería considerar, para luego propiciar que en cada una de las iglesias exista un supervisor, además de trabajar en conjunto con otros proyectos dedicados desde hace varios años a la investigación y conservación del patrimonio, como es el caso de la Red CAICPC. En otras poblaciones, donde los habitantes vieron que el INAH sólo apuntaló las iglesias dañadas, nos encontramos continuamente con la misma pregunta: “¿Creen que realmente tenga arreglo? ¿No sería mejor hacer otra?”. Lo cierto es que para los pueblos es difícil no continuar con su vida cotidiana, que gira en torno a la iglesia. La prohibición de tañer las campanas y de tronar cohetes, así como la implementación de recintos abiertos provisionales para celebrar las misas o las fiestas, los inquieta sobremanera.

A partir de finales de octubre y principios de noviembre, durante el trayecto a la Mixteca poblana, el panorama cambiaba. Se percibía un mayor movimiento de camiones de carga y materiales de construcción, y algunos poblados ya habían comenzado a reparar paredes y grietas, e incluso a levantar algunas de las construcciones destruidas. Era evidente que ocurría una reconstrucción tanto por parte de organizaciones que implementaron refugios elaborados con bambú como por parte del gobierno federal. Aunque las casas construidas resultan beneficiosas, no sabemos qué depara el futuro para los habitantes de la región en cuanto a las condiciones de sus viviendas, y si éstas verdaderamente responderán a las necesidades de la población, pues sus dimensiones son menores a las que tenían las viviendas originales, además de que los muros y las columnas son delgados, motivo por el cual los pobladores desconfían de su durabilidad.

Por otro lado, el conocimiento que se posee en la actualidad sobre la elaboración de adobes y su uso para la construcción de casas es mínimo. Salvo algunas personas, sobre todo de Huehuetlán el Chico y de Cohetzala, el resto de la población no sólo desconoce el valor intrínseco de este material constructivo, sino que lo tiene en un mal concepto, ya que, como expresaron las autoridades en forma equivocada, las casas hechas con ese material fueron las que sufrieron mayores daños.

El balance que extraemos es una lectura social donde la población ha dejado atrás los valores comunitarios para insertarse en un sistema de mercado cada vez más marcado y personalista. Sin em-

bargo, aún se tiene la noción de lo histórico como un elemento compartido, situación que será provechosa para futuras investigaciones históricas y antropológicas que se generen en el área.

Por otro lado, la entrega de apoyos se ha visto cubierta por distintas brigadas de la ENAH, de diversas instituciones y, en su mayoría, por particulares que se han acercado a la región con importantes volúmenes de víveres que entregan a la población. Creemos que el acopio ha sido suficiente para cubrir los momentos inmediatos de la contingencia. Sin embargo, cabe señalar que la Mixteca poblana tiene una amplia marginalidad y pobreza, por lo que incentivar el mercado local y las redes de comercio sería una muy buena estrategia para el desarrollo económico.

Con base en la información recopilada, el siguiente paso que se plantea es la planeación e implementación de una estrategia de apoyo en la reconstrucción de las viviendas donde se consideren los criterios de sustentabilidad y autosuficiencia. Para esto se proyectó realizar, durante 2018, trabajo de campo y entrevistas con los pobladores, principalmente con quienes conocen las técnicas antiguas de arquitectura vernácula, a modo de comprender y documentar cómo lo hacen. También se procurará incentivar el trabajo comunitario, de modo que mediante faenas y cuadrillas sea posible generar un proyecto de vivienda a futuro, adaptado a las condiciones de la región.

Entre las actividades encaminadas a esto se han tomado muestras para conocer la composición de los materiales originales de distintas construcciones antiguas, tanto de vivienda como de iglesias, que están en proceso de análisis en algunos laboratorios afiliados a la Red CAICPC. Asimismo, el arquitecto restaurador Luis Fernando Guerrero Baca, miembro de esta Red, impartió dos talleres en noviembre de 2017 y enero de 2018, a modo de implementar materiales propios de la región en la reconstrucción. Esos materiales son adecuados para las temperaturas de la Mixteca poblana. En esos talleres se mostró que muchos materiales que las autoridades consideraron cascajo que tiraron en las barrancas y que contaminaron los ríos habrían podido reutilizarse para levantar nuevas viviendas. También se dejó en claro que en muchos casos no era necesario tirar las casas y que podría haberse quitado el cemento que se dañó y sólo restaurar los adobes necesarios con materiales tradicionales, en lugar de reparar con cemento. Quienes estuvimos en los talleres desarrollados en Huehuetlán el Chico aprendimos que es posible levantar las viviendas con materiales que se tienen en el lugar donde se vive y con el asesoramiento adecuado de quienes aún construyen casas tradicionales. Al concluir los talleres de igual forma quedó claro algo que expresó una de las participantes originaria de Cohetzala, doña Sergia Ponce Lara: “Hagamos que el sismo nos una más como comunidad. ¡Es hora de juntarnos y apoyarnos!”. Muchos de los participantes en los talleres se fueron con una idea precisa: con los saberes tradicionales que el sismo no derrumbó podemos construir de una forma más económica.

Resta decir que, tras la contingencia, nuestra labor como investigadores en historia y antropología ha sido documentar lo acaecido antes, durante y después del sismo, pero sin dejar de lado la recuperación del patrimonio cultural e histórico de la región, que ya se ha empezado a realizar con el trabajo etnográfico en los sistemas de arquitectura vernácula, así como con el rescate y estudio de los archivos civiles y eclesiásticos de algunas comunidades de esta gran región que es la Mixteca poblana.

San Gregorio Atlapulco, Xochimilco, después del 19 de septiembre de 2017. Apuntes iniciales

Leonardo Vega Flores,^{*} Laura E. Corona de la Peña^{**}
y Eliana Acosta Márquez^{***}

En el transcurso de nuestra labor como antropólogos e historiadores establecemos fuertes vínculos con nuestros interlocutores. Por esta razón, desastres naturales como los sismos de septiembre de 2017 nos mueven a acudir para constatar que están bien y para apoyarlos en lo que sea posible. Otros esfuerzos surgen de organismos como el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), que además de hacer balances de los daños al patrimonio material bajo su resguardo a través de diversas unidades operativas a su cargo, instruyó a la Coordinación Nacional de Antropología (Cnan) para que integrara brigadas de antropólogos con el objetivo de realizar diagnósticos de los daños al patrimonio inmaterial y de las necesidades de las poblaciones afectadas. Estas labores tomaron como base el trabajo previo que han realizado compañeros del INAH en las zonas afectadas y, de manera muy importante, el que llevan a cabo en el Proyecto Etnografía de las Regiones Indígenas de México en el Nuevo Milenio. Es importante destacar que estudiantes y voluntarios se sumaron a las labores convocadas por la Cnan.

En el caso de los autores de este texto, iniciamos por nuestra cuenta y en distintos momentos los recorridos en el pueblo de San Gregorio Atlapulco, en la delegación Xochimilco. Algunos participábamos previamente en una u otra de las iniciativas impulsadas por la Dirección de Etnología y Antropología Social (DEAS) y por la Cnan, pero finalmente decidimos sumar esfuerzos al conformar una de las brigadas antropológicas de esta última dependencia del INAH.

Una vez integrados en un solo equipo, llevamos a cabo un recorrido conjunto y reuniones organizativas para intercambiar materiales y experiencias, además de establecer un plan de trabajo, de acuerdo con las temáticas que cada uno deseaba abordar. De esta manera, un grupo interdisciplinario, coordinado por la doctora

^{*} Proyecto Nacional de Etnografía de las Regiones Indígenas de México, INAH (leonardovf@live.com.mx).

^{**} Dirección de Etnología y Antropología Social, INAH (laura_elena_corona@hotmail.com).

^{***} Dirección de Etnología y Antropología Social, INAH (elianaacostamarquez@gmail.com).

Claudia Jean Harriss Clare, en el que participan el doctor Montgomery Hill y el arquitecto Alejandro Martínez, en el que además ha tenido una importante participación de la licenciada Ingrid Castañeda, sigue trabajando en el rescate del archivo histórico que constituyó el profesor Jaime Tirzo. Por su parte, el maestro Leonardo Vega Flores —quien está realizando su tesis de doctorado sobre cuatro pueblos, incluido el de San Gregorio Atlapulco, en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH)— y la doctora Laura Corona se abocaron a hacer recorridos generales y a identificar algunas consecuencias del sismo del 19 de septiembre de 2017 en la organización social. Finalmente, la doctora Eliana Acosta se encuentra trabajando los daños del sismo en el ámbito de la vivienda.

En este texto presentamos los primeros avances de un trabajo que continúa y para el que tomamos como punto de partida el guion establecido por la Cnan, como parte del primer protocolo de atención a la emergencia.

El pueblo de San Gregorio Atlapulco

El pueblo de San Gregorio Atlapulco (figura 1) se ubica en la parte centro-oriental de la delegación Xochimilco. Colinda con los pueblos de Santa Cruz Acalpixca al este, con Santiago Tulyehualco al oeste, al sur con San Pedro Atocpan, que pertenece a la delegación Milpa Alta, y al norte con diferentes colonias de la delegación Tláhuac. Se ubica en la ribera del antiguo lago de Xochimilco y cuenta con recursos territoriales en la zona lacustre, el pie de monte y la zona cerril.

Esta población se encuentra integrada territorial y socialmente por la Primera Manzana y la Segunda Manzana, una división territorial y social con implicaciones en la organización de las fiestas patronales y también en las consecuencias del sismo, ya que las mayores afectaciones ocurrieron en la Primera Manzana, hacia el oeste del lugar. La calle Cuauhtémoc, a espaldas del templo de San Gregorio Magno, establece el límite entre las dos manzanas en un eje ligeramente desviado del sur-norte. La calle es una prolongación del Camino Real a San Pedro Atocpan y llega hasta la zona chinampera en el embarcadero de Atenco, en el barrio del mismo nombre.

El patrón de asentamiento de origen colonial se modificó ya avanzado el siglo xx, pues tradicionalmente había ocupado el pie de monte, aunque en las postrimerías de la centuria pasada el crecimiento urbano empezó a extenderse hacia las chinampas y la zona cerril. Ese crecimiento urbano ha modificado notablemente la organización en barrios del pueblo, que eran unos cuantos, pero crecieron y se dividieron, y en algunos casos la expansión urbana hacia las zonas chinampera y cerril llevó a la creación de barrios nuevos. En la actualidad el número de barrios ronda la treintena.

Tenencia de la tierra

San Gregorio Atlapulco cuenta con propiedad social y privada. La primera está integrada al régimen ejidal y la segunda se ubica en las zonas chinampera, cerril y urbana. Las tierras ejidales y las

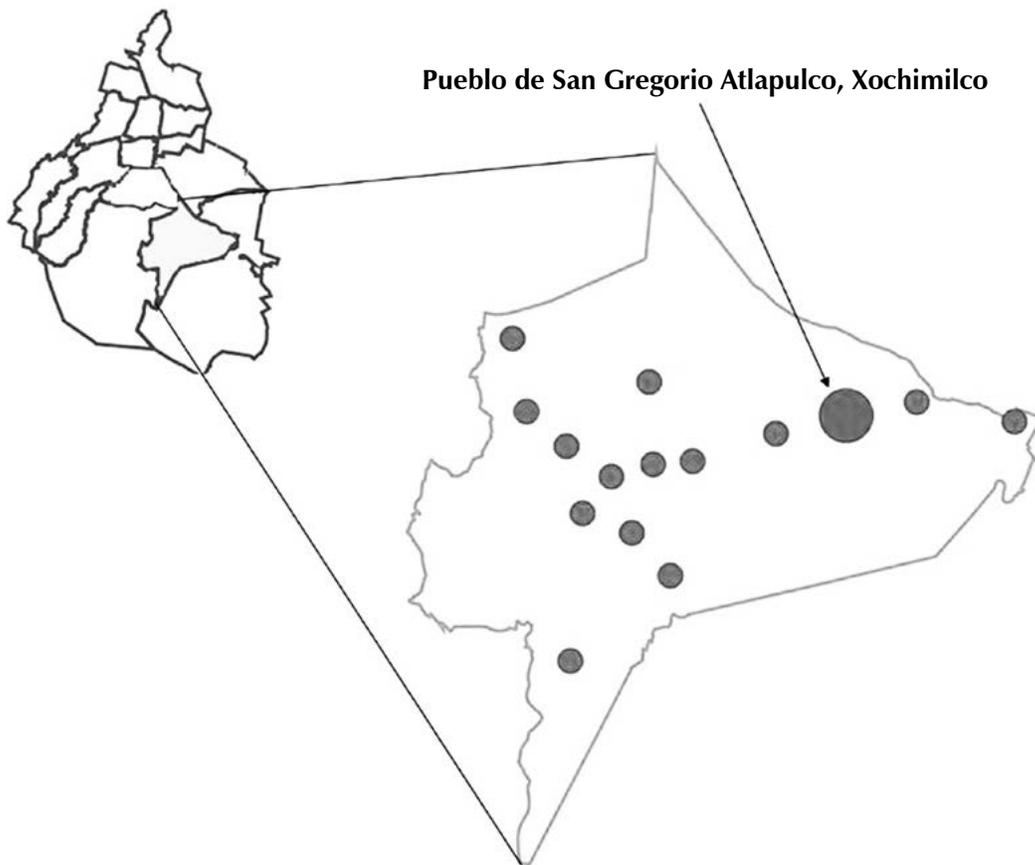


Figura 1. Pueblos de la delegación Xochimilco. **Fuente:** elaboración propia a partir de Inegi (1999).

chinampas están en la zona lacustre, al norte del pueblo. La zona urbana se localiza en el pie de monte y la zona cerril que se eleva hacia el sur, en la sierra Ajusco-Chichinautzin.

La tierra ejidal se dotó por una resolución presidencial de junio de 1922, con una superficie de 476-37-34 ha para beneficiar a 751 capacitados en materia agraria. Por decreto presidencial del 13 de enero de 1981, se expropió al ejido una superficie de 12-40-41.64 ha y un nuevo proceso expropiatorio de 257-57-60.40 ha se realizó en noviembre de 1989 (DOF, 1989).

La zona chinampera tiene una extensión de 484.1 ha divididas en 18 parajes. Algunas chinampas están inundadas y otras en uso, que dan un total de 1955, que van de los 100 m² a las mayores, de 3 000 m². Desde el siglo xx, las chinampas se han hundido diferencialmente por el proceso de extracción de agua subterránea (González, 2016: 70, 74, 79).

Autoridades locales

La autoridad local más importante es el coordinador territorial; sin embargo, desde 2016 no se ha ocupado el cargo. El coordinador territorial tiene su antecedente más reciente en los subdelegados,

cuando las autoridades del entonces Gobierno del Distrito Federal eran designadas en una estructura piramidal que encabezaba el presidente de la república, quien designaba a un regente o jefe de gobierno y éste, a su vez, a los delegados. Los subdelegados eran nombrados por el delegado entre las personas del pueblo. Cuando el Partido Revolucionario Institucional (PRI) perdió el poder en el Distrito Federal en 1997, los coordinadores territoriales comenzaron a ser elegidos por votación a través de una convocatoria que era emitida por la delegación Xochimilco —dominada por el Partido de la Revolución Democrática (PRD) desde ese año hasta 2015, cuando ganó el Movimiento de Regeneración Nacional (Morena)—. Los partidos políticos nacionales tuvieron injerencia en las elecciones, aunque no de manera abierta, a través de la participación de sus candidatos; además, hubo presencia de candidatos que no pertenecían a ningún partido.

La nueva convocatoria debió emitirse en 2016; sin embargo, la delegación Xochimilco no lo hizo y dio por terminadas las funciones de quienes estaban en el cargo desde 2013 (Delegación Xochimilco, 2016). Debido a que se interpusieron diversas quejas, el 13 de diciembre de 2016 el Tribunal Electoral del Distrito Federal (TEDF) ordenó a esa delegación emitir la convocatoria (TEDF, 2016), publicada el 17 de febrero del siguiente año (Delegación Xochimilco, 2017). Sin embargo, ante nuevas quejas, el 28 de marzo de 2017 el Tribunal Electoral de la Ciudad de México (TECDMX) revocó la convocatoria (TECDMX, 2017). Desde 2016, la oficina del coordinador es atendida por personal de la delegación; por lo tanto, San Gregorio ha carecido de la figura de coordinador territorial que atiende emergencias como la del 19 de septiembre de 2017.

Sistemas de organización social

La organización en barrios del pueblo de San Gregorio Atlapulco tiene importantes implicaciones en la organización para las fiestas patronales. Después del sismo, varias fiestas de los barrios se han suspendido, como San Francisco y La Guadalupe. En general, los barrios celebran su fiesta patronal y las posadas, y tienen algún grado de participación en las fiestas patronales del pueblo. Los barrios que no tienen mayordomo solamente celebran las posadas.

Además de las fiestas de los barrios, se organizan las festividades de todo el pueblo. Las principales están dedicadas a san Gregorio Magno y también se celebran el Día de la Candelaria, Semana Santa, la Santa Cruz, el Santo Jubileo, Corpus Christi, la Virgen del Carmen, la Virgen de Guadalupe, la Virgen de los Dolores, el Día de Muertos y las posadas. Asimismo, un importante ciclo festivo se organiza en torno a las velaciones a los santuarios o nichos que se llevan en las peregrinaciones, principalmente a Chalma. Otras peregrinaciones se realizan hacia los santuarios de La Villa, en la Ciudad de México; de la Virgen de San Juan de los Lagos, en Jalisco, y de San Andrés, en Hueyapan, Puebla. Por primera vez, en enero de 2018 los pobladores de San Gregorio hicieron una peregrinación para venerar el Dulce Nombre de Jesús, en el barrio de Panchimalco, Tepetlilpa, Estado de México.

La fiesta dedicada a san Gregorio Magno, celebrada el 12 de marzo, conmemora la muerte del santo patrón. En años recientes también empezó a celebrarse la fecha de su nacimiento, el 3 de septiembre. En ambas es importante la organización del pueblo en dos manzanas, porque existen agrupaciones de salveros, de castilleros y de bandas de música que representan a una y otra manzana; de esta manera, las dos parcialidades protagonizan “enfrentamientos” en la música y la pirotecnia. En otros casos se ha dejado de lado la pertenencia a una manzana; es el caso de la danza de vaqueros atlapulquense, que anteriormente era de la Segunda Manzana.

La organización social de las fiestas en San Gregorio Atlapulco se puede analizar en los siguientes niveles: 1) las actividades organizadas a instancias de la parroquia de San Gregorio Magno, tanto en el templo (misas) como en las calles (procesiones); 2) las del comité de feria, que concentra a diferentes agrupaciones que organizan la música y los fuegos pirotécnicos, y que además imprimen invitaciones y grandes lonas para enterar a la población de los conciertos musicales, y cuyas actividades se financian a través de colectas entre la población y por aportación de sus integrantes; 3) las mayordomías que reciben las promesas de otros pueblos; 4) los grupos de danza y los que elaboran las portadas.

Una parte muy importante de la organización de muchas de las fiestas patronales en San Gregorio tiene que ver con las aportaciones de la población para solventar los gastos. El sismo de septiembre de 2017 afectó ese nivel organizativo, pues algunas fiestas se han suspendido y otras se han hecho más pequeñas, sobre todo las que tienen que ver con la Primera Manzana.

Otro 19 de septiembre

La señora Alquicira Morales, vecina del pueblo de San Gregorio Atlapulco, nos platicó lo siguiente:

Cuando fue el terremoto de 1957, era yo muy pequeña y no recuerdo bien lo que pasó. Pero ya en 1985 estaba más grande y recuerdo que hubo muchos daños en la ciudad. Pero este terremoto del 2017, éste sí fue muy fuerte aquí en San Gregorio. Mi casa quedó muy dañada aquí [sic] y están trabajando en la demolición. Mientras, he estado con unos familiares, pero ya quisiera volver a tener mi casa.

Los días inmediatamente posteriores al terremoto del 19 de septiembre de 2017 fueron muy difíciles para muchos habitantes del pueblo de San Gregorio Atlapulco, y meses después aún no se restablecían todos los servicios y continuaban las demoliciones. La parte céntrica fue de las más dañadas, y durante nuestros recorridos en los días posteriores al sismo el panorama era desolador, sobre todo al recordar cómo era la vida en este pueblo: un lugar productivo, de gran movimiento comercial e importantes festividades (figuras 2 y 3). Días antes del sismo se celebró la fiesta patronal, pero después del 19 de septiembre tuvieron que hacerse ajustes a muchos aspectos de la vida cotidiana, incluidas las fiestas.



Figura 2. Templo de San Gregorio Atlapulco en la fiesta patronal dedicada a san Gregorio Magno. **Fotografía** © Leonardo Vega Flores, 17 de marzo de 2014.



Figura 3. Templo de San Gregorio Atlapulco después del sismo. **Fotografía** © Leonardo Vega Flores, 24 de septiembre de 2017.

Las chinampas

San Gregorio es uno de los pueblos chinamperos de la delegación Xochimilco (figura 4). En sus chinampas observamos viviendas, pequeños comercios y capillas, pero su principal uso es la producción de alimentos, y los cultivos más importantes son las hortalizas, aunque también se crían aves y cerdos. De acuerdo con lo que hemos observado en nuestro trabajo de campo, podemos afirmar que los pequeños productores implementan en sus chinampas distintas técnicas productivas, que van desde las que no consideran el uso de ningún tipo de plástico o químico, hasta las que se basan en paquetes tecnológicos y que permiten a sus usuarios el aprovechamiento de los apoyos brindados por distintas instancias gubernamentales, que argumentan que reparten insumos que “son facturables”.

Lechugas de distintos tipos, col rizada o kale, epazote, verdolagas, acelgas, espinacas, calabazas, rábano, chayotes, chile chicuarote y brócoli son algunos de los productos que observamos en las chinampas antes del 19 de septiembre (figura 5). En las visitas que hicimos después del sismo, vimos chinampas con grandes desniveles (figura 6) y las personas nos refirieron que hubo daños en distin-

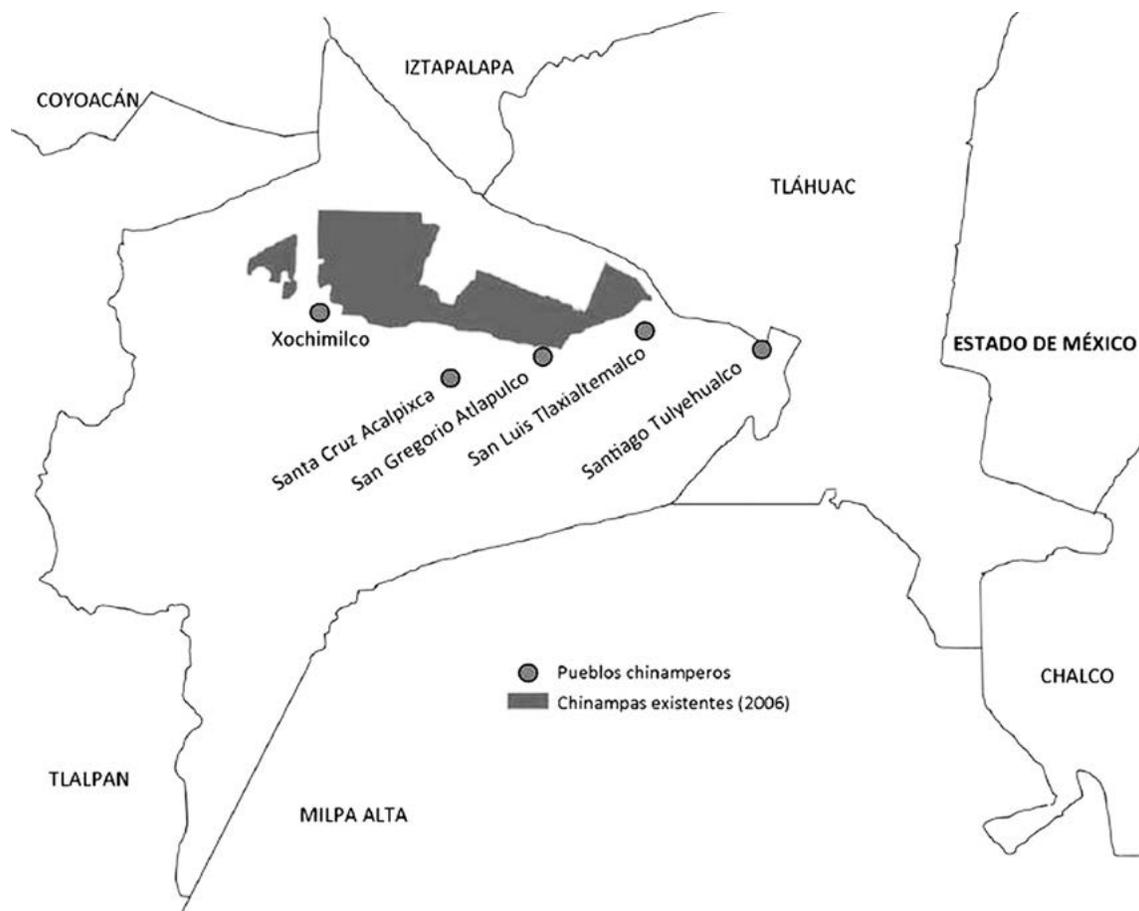


Figura 4. Pueblos y zonas chinamperas en la delegación Xochimilco. **Fuente:** elaboración propia a partir de González (2010: 35).



Figura 5. Chinampa en el pueblo de San Gregorio Atlapulco. **Fotografía** © Leonardo Vega Flores, 14 de noviembre de 2017.



Figura 6. Desnivel en chinampa de San Gregorio Atlapulco después del sismo del 19 de septiembre de 2017. **Fotografía** © Laura Elena Corona de la Peña, 19 de febrero de 2018.



Figura 7. Marcas de pérdida de nivel de agua en canal. Paraje Tecaltitla, pueblo de San Gregorio Atlapulco, después del 19 de septiembre de 2017 y de los sismos del 16 y 19 de febrero de 2018. **Fotografía** © Leonardo Vega Flores, 19 de febrero de 2018.

tas áreas de las chinampas, lo cual ocasionó la pérdida de productos, ya que algunos quedaron bajo el agua y se pudrieron, otros fueron enterrados y otros más se perdieron porque son cultivos que requieren mucha atención y los chinamperos estuvieron varios días atendiendo la emergencia surgida con el sismo, pues sus viviendas o las de familiares sufrieron graves daños.

Sumado a lo anterior, el cierre de vialidades dificultó mucho el transporte de los productos a sus mercados habituales, que incluyen la Central de Abasto de la Ciudad de México, así como mercados en Milpa Alta y en otras delegaciones. Quienes normalmente venden sus productos en el propio San Gregorio también se vieron afectados, porque muchos tenían sus puestos de venta en la calle lateral del templo parroquial, el cual sufrió graves afectaciones, y a cinco meses del sismo seguía en reparación y ocupada parcialmente por carpas de servicios a damnificados. Las ventas de estos productores disminuyeron de manera importante, y la mayoría de los comerciantes tuvo que trasladarse a la avenida San Pedro Actopan para tratar de recuperar sus niveles de venta; sin embargo, en el espacio que ocupan temporalmente aún no se reencuentran con sus clientes y nos comentaron que necesitaban apoyo para difundir por distintos medios su nueva ubicación y recuperar clientela.

A cinco meses del 19 de septiembre, el principal problema era la falta de agua en los canales, que amenaza los próximos ciclos productivos. En el paraje Tecaltitla, por ejemplo, el nivel del agua había bajado más de un metro y podían verse las pérdidas de nivel con cada nuevo sismo, marcadas en las paredes de los canales con líneas de chilacastle, vegetal que crece en esas aguas (figura 7).

Los chinamperos nos comentaron que usualmente transportaban sus productos en canoas a través de esos canales y que ahora no era posible transitarlos por el bajo nivel, además de que ya no salía agua, sino lodo, cuando conectan sus bombas de riego.

La vivienda

Dentro de la demarcación de la delegación Xochimilco, el pueblo de San Gregorio Atlapulco fue una de las localidades que sufrió mayores afectaciones a raíz del sismo, junto con los pueblos de San Luis Tlaxiataltemalco, Santa Cruz Acalpixca y Santa María Nativitas, además del barrio de San Marcos, Xochimilco.

En San Gregorio Atlapulco, decenas de casas quedaron devastadas y muchas otras, inhabitables. El paisaje del pueblo es asolador. Además de las casas y edificios caídos, son visibles múltiples pavimentos levantados y postes desgajados. El mayor daño se encuentra en la Primera Manzana, donde parte de las viviendas tuvieron que ser desalojadas. El daño de la parroquia de San Gregorio es notorio: el campanario, los arcos del costado y las bardas de las calles Insurgentes y Lázaro Cárdenas se cayeron y dejaron a gente atrapada entre los escombros. En la delegación Xochimilco se instalaron albergues, pero las personas afectadas prefirieron establecerse temporalmente con familiares.

La antigua carretera Xochimilco-Tulyehualco, vía principal de acceso al pueblo, presentó una grieta de aproximadamente 100 m de largo. Si bien el acceso quedó limitado, durante días las calles de San Gregorio estuvieron llenas de gente y voluntarios; entre ellos, médicos, ingenieros, arquitectos y numerosos estudiantes (figura 8) que, además de llevar alimentos y agua, ofrecían su apoyo a los pobladores. Acudieron también decenas de elementos del ejército mexicano (figura 9) y de la Marina, así como de la Policía Federal, quienes junto con los rescatistas se abocaron a la búsqueda de sobrevivientes y al retiro de escombros. En tanto, funcionarios de la Dirección General de Obras y Desarrollo Urbano de la delegación Xochimilco, junto con decenas de ingenieros y arquitectos voluntarios, se dedicaron a hacer una revisión y medición de los daños de cientos de viviendas. Una vez concluido el censo de daños, se espera que los habitantes de esas casas tengan acceso al Fondo de Desastres Naturales (Fonden).

En una de nuestras visitas platicamos con el responsable de uno de los equipos de trabajo de demolición. Nos dijo que dirigía a 10 trabajadores y que en ese momento atendían cinco demoliciones y la construcción de una de las casas muestra, por lo que tenían que andar de un lado para el otro. Son muchas las viviendas afectadas, sobre todo en la Primera Manzana (figura 10). Constatamos que existe confusión entre los vecinos sobre los apoyos que, en algunos casos, se han concentrado en grupos particulares. Algunas personas también mencionaron que estaban a la espera de los resultados de los estudios de suelo para reconstruir en los espacios afectados. Dos situaciones llamaron nuestra atención: por un lado, el interés por las demoliciones para así “aprovechar ese apoyo”, y por el otro, la construcción de casas muestra (figura 11) que, sin ser expertos en el tema, dieron la impresión de carecer de cimientos.

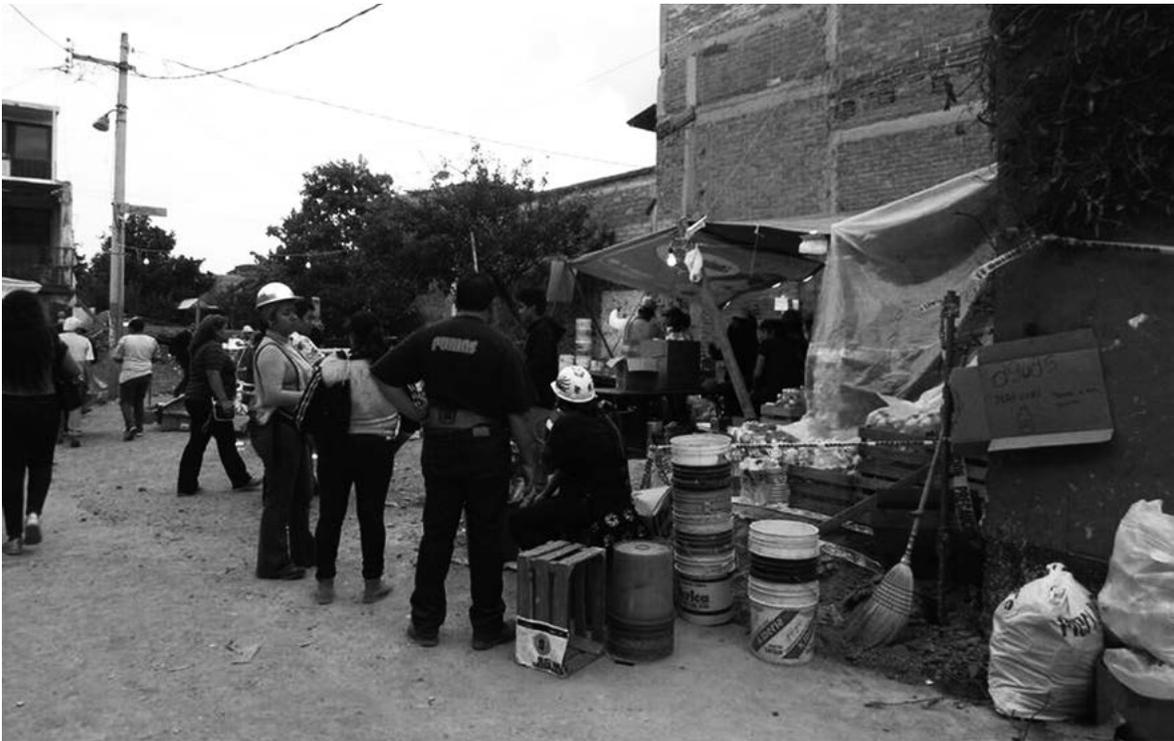


Figura 8. Presencia de brigadistas de distintas instituciones en el pueblo de San Gregorio Atlapulco.
Fotografía © Leonardo Vega Flores, 24 de septiembre 2017.



Figura 9. Presencia del ejército mexicano en el pueblo de San Gregorio Atlapulco.
Fotografía © Leonardo Vega Flores, 24 de septiembre 2017.



Figura 10. Una de las numerosas viviendas dañadas por el sismo en el pueblo de San Gregorio Atlapulco.
Fotografía © Leonardo Vega Flores, 24 de septiembre 2017.



Figura 11. Trabajos en la casa muestra en el barrio La Conchita del pueblo de San Gregorio Atlapulco.
Fotografía © Leonardo Vega Flores, 14 de noviembre 2017.

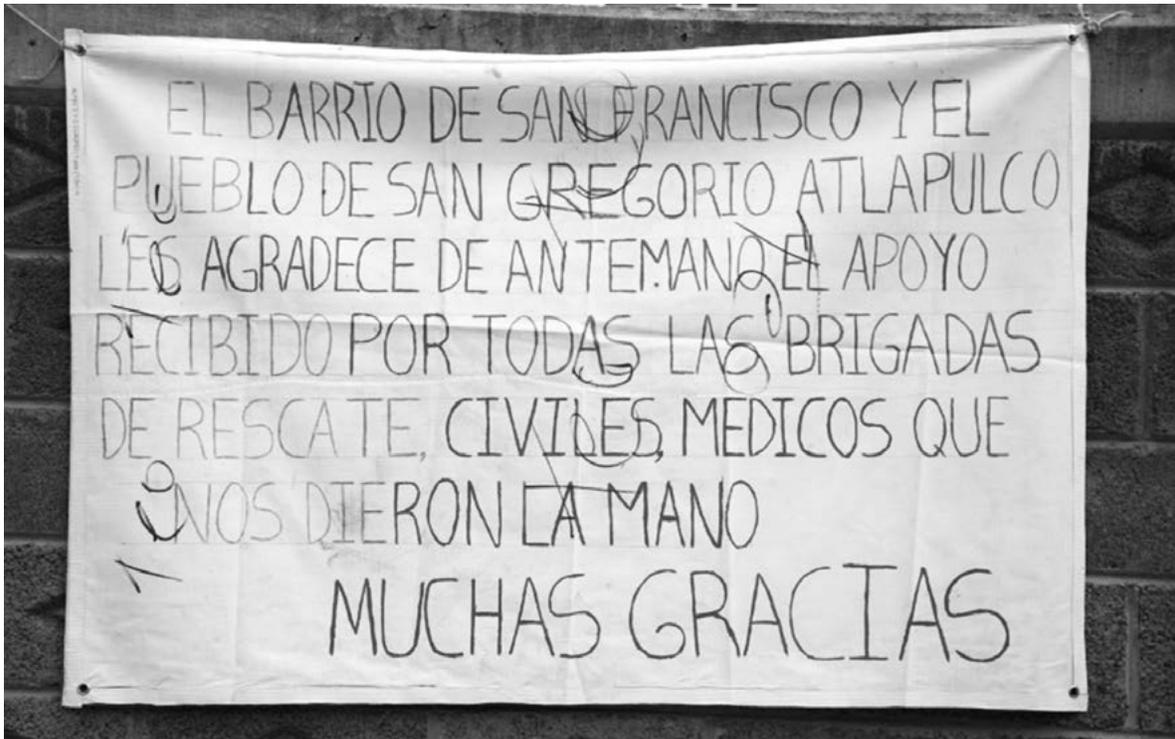


Figura 12. Letrero de agradecimiento en el pueblo de San Gregorio Atlapulco. Fotografía © Leonardo Vega Flores, 24 de septiembre 2017.

Agradecimientos y ofrendas

Ante situaciones como las que han vivido las personas del pueblo de San Gregorio Atlapulco a consecuencia de los daños que dejó el sismo del 19 de septiembre de 2017, desde nuestra perspectiva un aspecto importante a resaltar han sido las manifestaciones de agradecimiento con que los vecinos han dejado constancia, por un lado, de la gravedad de su situación, y por el otro, del reconocimiento de la solidaridad local y de otros lugares. Numerosos letreros elaborados en papel, cartón y lonas fueron colocados en los días posteriores, indicando que en el pueblo de San Gregorio Atlapulco las personas reconocen el apoyo recibido (figura 12). También son importantes, por dejar constancias de las pérdidas humanas, las ofrendas que encontramos en algunos lugares de la localidad (figura 13). Todo esto no quiere decir que no se generen conflictos, riñas y problemas por la distribución, a veces discrecional, de los apoyos, y tampoco quiere decir que se haya nublado la postura muy crítica que tienen los vecinos del pueblo ante la autoridad delegacional.

Nota final

Sin haber concluido aún el registro etnográfico de los efectos del 19 de septiembre en los aspectos puntuales que estamos trabajando —la organización de las fiestas, la producción chinampera y



Figura 13. Ofrenda a personas fallecidas el 19 de septiembre en el pueblo de San Gregorio Atlapulco.
Fotografía © Leonardo Vega Flores, 24 de septiembre 2017.

la vivienda—, nos queda claro que, aún con las enseñanzas dejadas por otros sismos, las instancias gubernamentales no estaban preparadas para atender este tipo de fenómenos, frecuentes en una zona sísmica como la que ocupa la Ciudad de México. Además, preocupa la falta de voluntad para solucionar problemas como la carencia de servicios por los daños a la infraestructura y el manejo poco claro de los recursos, donde se incluyen las múltiples donaciones internacionales. San Gregorio Atlapulco es uno de los lugares con mayores daños en la ciudad, pero no el único; se suma a otras zonas afectadas por el fenómeno natural en los estados de Oaxaca, Chiapas, Puebla y el Estado de México.

Por todo lo anterior, nos parecen fundamentales varias acciones que permitan a los antropólogos participar en forma más oportuna y eficaz en la atención de las personas durante este tipo de contingencias: 1) revisar los esfuerzos realizados por distintos colegas para el análisis de los efectos de otros sismos; 2) efectuar un registro problematizado de los efectos del sismo del 19 de septiembre de 2017 en nuestros espacios de trabajo, a modo de aportar elementos y argumentos de análisis encaminados a actualizar los instrumentos institucionales de atención a desastres. Este tipo de análisis podría plasmarse en guías, en folletos y en el propio protocolo de atención a desastres del INAH.

Bibliografía

- Aquino, Eréndira (2018). "De los escombros del 19s, rescatan la historia de San Gregorio para exponerla en centro cultural". *Animal Político*. Recuperado de: <<http://www.animalpolitico.com/2018/02/san-gregorio-19s-historia/>>.
- Delegación Xochimilco (30-06-2016). *Xochimilco y las coordinaciones territoriales* [comunicado de prensa]. Recuperado de: <<https://www.facebook.com/DelegacionXochimilcoOficial/photos/a.480511758706507.1073741826.480423732048643/1051942844896726/?type=3&theater>>.
- _____ (17-02-2017). "Aviso por el cual se da a conocer la convocatoria a los ciudadanos de la demarcación en Xochimilco para participar en la elección de coordinadores territoriales". *Gaceta Oficial de la Ciudad de México* [20ª época, núm. 10]. Recuperado de: <<http://xochimilco.gob.mx/uploads/comunicacion/gacetacoordinado.pdf>>.
- Diario Oficial de la Federación (DOF)* (21-11-1989). "Decreto por el que se expropia por causa de utilidad pública una superficie de terrenos de temporal de uso individual y colectivo del ejido San Gregorio Atlapulco, delegación Xochimilco, D. F. (Reg.-541)". Recuperado de: <http://dof.gob.mx/nota_detalle.php?codigo=4835587&fecha=21/11/1989>.
- González Pozo, Alberto (2010). *Las chinampas de Xochimilco al despuntar el siglo XXI: inicio de su catalogación*. México: UAM.
- _____ (coord.) (2016). *Las chinampas: Patrimonio mundial de la Ciudad de México*. México: Gobierno de la Ciudad de México/UAM-Xochimilco/Autoridad de la Zona Patrimonio Mundial Natural y Cultural de la Humanidad en Xochimilco, Tláhuac y Milpa Alta.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (1999). *Censos económicos 1999*. Recuperado de: <<http://www.beta.inegi.org.mx/proyectos/ce/1999/>>.
- Tribunal Electoral de la Ciudad de México (28-03-2017). *Revoca tecdmx convocatoria en Xochimilco y ordena celebrar asamblea para elegir coordinadores territoriales* [comunicado de prensa]. Recuperado de: <http://www.tedf.org.mx/files/326/comunicados/2017/bol_170328.pdf>.
- Tribunal Electoral del Distrito Federal (2016). "Sentencias y resoluciones para notificar, recibidas [en] oficina de actuarios el 13 de diciembre de 2016" [exp. TDEF-JLDC-7122/2016]. Recuperado de: <<http://www.tedf.org.mx/index.php/informes-jurisdiccionales/sentido-de-las-sentencias/2765-sentencias-del-13-de-diciembre-de-2016>>.

Los daños de un edificio de interés histórico-comunitario en San Gregorio Atlapulco, Xochimilco

Ingrid Galilea Castañeda Gutiérrez,^{*} Edgar Israel Mendoza Cruz,^{**}
Sergio Luke Carrillo Valderrama,^{***} Genaro Rodrigo Portillo López,^{****}
Donaciano Gutiérrez Gutiérrez,^{****} Claudia Jean Harriss Clare^{*****}
y Eduardo González Muñiz^{*****}

El 7 y el 19 de septiembre de 2017, México padeció dos acontecimientos trágicos. El Altiplano y el sureste se convirtieron en escenarios físicos y sociales que recrearon circunstancias similares a las que vivimos hace 32 años. Los dos terremotos de 2017 dejaron severos daños en diferentes partes del país. El pueblo de San Gregorio Atlapulco, en la delegación Xochimilco de la Ciudad de México,¹ fue una de las comunidades originarias más afectadas por el segundo sismo. No tenemos datos oficiales precisos, sin embargo, se estima que, inmediatamente después del temblor, en San Gregorio hubo seis muertos, 350 casas derrumbadas, y otros 1 500 inmuebles fueron catalogados como “inhabitables” por la Dirección General de Obras Públicas capitalina y están en proceso de demolición. Asimismo, a más de dos meses de los hechos, la mayoría de la población de San Gregorio no tuvo servicio de agua potable.

Uno entre muchos recintos colapsados fue el museo y biblioteca comunitaria Casa de la Cultura Particular Atlapulco, que antes del sismo contaba con biblioteca, archivo, planos, fotografías históricas, salas de exposición y espacio de consulta e investigación. El lugar tuvo un acervo que ofrecía consultas públicas gratuitas. De manera habitual, los estudiantes y docentes de las escuelas públicas locales aprovechaban el

^{*} Pasante en etnohistoria, Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH (castaenah@gmail.com).

^{**} Pasante en arqueología, Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH (ei.mc.1227@gmail.com).

^{***} Pasante en etnohistoria, Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH (sergio.luke56@gmail.com).

^{****} Restaurador, Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, INAH (luz1810@yahoo.com.mx).

^{*****} Antropólogo, Museo Nacional de Antropología, INAH (donax45@gmail.com).

^{*****} Investigadora, Dirección de Etnología y Antropología Social, INAH (claudiajharriss@gmail.com).

^{*****} Investigador, Dirección de Etnología y Antropología Social, INAH (edugomu@yahoo.com).

1. En 1987, la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO, por sus siglas en inglés) declaró al Centro Histórico de la Ciudad de México y a Xochimilco como lugares que forman parte del patrimonio mundial de la humanidad. Esto implica que ambos lugares constituyen sitios de valor por su importancia cultural e histórica universal. Por eso, de acuerdo con esta organización, merecen mayor cuidado y conservación (UNESCO, s. f.).



Casa de la Cultura Particular Atlapulco, San Gregorio Atlapulco, Xochimilco, 21 de septiembre de 2017. **Fotografía** © Claudia Jean Harris.

espacio y el conocimiento del dueño del lugar: el profesor Jaime Tirso Pérez Venancio, originario del pueblo, mentor jubilado de la Secretaría de Educación Pública (SEP) y hablante de náhuatl, quien ha dedicado su vida a la conservación de la casa, a reunir y cuidar los materiales que constituyen el acervo de esta institución. Además, el profesor Pérez funge como cronista del pueblo. De este modo, a través de su acervo y sus conocimientos, este docente en retiro conservaba, educaba y difundía el patrimonio de la comunidad, y con esto desempeñaba el papel de transmitir una ideología identitaria para el pueblo.

El inmueble albergó una colección importante para la comunidad sobre la historia, la vida cultural y la identidad de San Gregorio. Resguardó diversos objetos arqueológicos y etnográficos, una memoria fotográfica y escritos que reflejaban el pasado y la vida cotidiana de la población, y cons-

tituían un patrimonio cultural que ofrecía un conocimiento incluyente y al alcance de todos. Su desarrollo fue un esfuerzo del profesor, así como de todos sus familiares y muchos integrantes de la comunidad, quienes a lo largo de los años participaron con donativos de libros y piezas tanto arqueológicas como etnográficas que representaban un valor histórico de más de 200 años.

La casa se ubicaba en la calle de Insurgentes 35 —entre Lázaro Cárdenas y Vicente Guerrero—, en el centro del pueblo de San Gregorio Atlapulco, Xochimilco. De acuerdo con el profesor Pérez, la estructura original se apoyaba en columnas que databan de la época colonial. Posteriormente, la casa se modificó a lo largo de distintas épocas. Inicialmente, el edificio era de un solo piso y el área que ocupaba medía aproximadamente 8.5 m de frente por 15 m de fondo. Atrás del espacio que ocupaba el recinto principal aún hay un pequeño patio con un departamento —el cual no sufrió daños— y que actualmente se ocupa para resguardar parte del acervo que conseguimos rescatar. El inmueble principal colapsó por completo durante el temblor y todos los acervos quedaron debajo del techo, atrapados entre escombros. Algunos trabajadores de la construcción oriundos del pueblo apoyaron al profesor y apuntalaron el techo con vigas para continuar con el rescate de materiales.

Como residentes de Xochimilco, preocupados por la situación de San Gregorio y dispuestos a colaborar en el rescate de los materiales severamente dañados, quienes integramos actualmente la brigada nos presentamos por separado en la casa de la cultura durante los primeros días después del temblor. No había mucho que pudiéramos hacer, pero comenzamos con lo básico: conseguir lonas para proteger el lugar de la temporada de lluvia.²

Por coincidencia y fortuna, todos formamos parte del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) y de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH). Esto facilita que compartamos la misma responsabilidad y el compromiso de mantener a salvo y protegido el patrimonio cultural de la nación, sobre todo en ese momento coyuntural de desastre por el que atravesaba el país. Con el objetivo de proteger este patrimonio histórico y cultural, en este proceso establecimos un plan de trabajo que contemplaba la asignación de tareas específicas de acuerdo con las especialidades de cada uno de los integrantes de la brigada. Hasta ahora, la brigada incluye especialistas en arqueología, etnohistoria, etnografía y restauración de libros. Asimismo nos coordinamos con otra brigada de antropólogos sociales organizada desde la Dirección de Etnología y Antropología Social (DEAS) y la ENAH.³

En octubre de 2017, los estudiantes de la ENAH comenzaron sus labores de rescate, limpieza, organización y catalogación del material. Por ejemplo, con el fin de conservar los libros, los colocaron en cajas nuevas, donadas por particulares y por la biblioteca de la DEAS, y los resguardaron en el edifi-

2. Agradecemos el apoyo de la administración de la DEAS-INAH, así como los donativos de los investigadores adscritos a ella. Otras lonas utilizadas para la protección del sitio fueron ofrecidas por familiares, integrantes de la comunidad y el propio custodio del recinto.

3. En San Gregorio participan dos brigadas. La nuestra, abocada al rescate de acervo, está coordinándose con otra de antropología social organizada desde la DEAS por las doctoras Laura Corona y Eliana Acosta, en la que también participa el antropólogo Rodolfo Olivares, profesor de la ENAH e investigador del Programa Nacional de Etnografía del INAH. Ellos se enfocan en documentar testimonios centrados en los impactos sociales del terremoto en San Gregorio Atlapulco, y están integrando a estudiantes de la ENAH, como tesis y prestadores de servicio social, en las labores de rescate en la comunidad.



Colocación de lonas para proteger el acervo después del temblor. San Gregorio Atlapulco, septiembre de 2017.

Fotografía © Claudia Jean Harriss.



Techo apuntalado para el rescate de materiales. San Gregorio Atlapulco, noviembre de 2017.

Fotografía © Claudia Jean Harriss.



Estudiantes de etnohistoria en la limpieza de libros. San Gregorio Atlapulco, octubre de 2017. **Fotografía** © Edgar Mendoza.



Una parte de la colección rescatada. San Gregorio Atlapulco, octubre de 2017. **Fotografía** © Ingrid Castañeda.



Pieza rescatada. San Gregorio Atlapulco, octubre de 2017. **Fotografía** © Edgar Mendoza.



El laboratorio improvisado. San Gregorio Atlapulco, noviembre de 2017. **Fotografía** © Ingrid Castañeda.

cio anexo. Como un primer ejercicio de clasificación, los estudiantes separaron los libros de acuerdo con las temáticas, con el objetivo de facilitar su catalogación. Los materiales requeridos en el proceso de rescate, como papelería, máscaras, guantes, brochas, artículos de limpieza y otros más, fueron donados por los brigadistas. Cabe mencionar que ninguno de los procesos ha terminado, ya que los libros requieren de un mejor tratamiento.

Otro aspecto relevante es el rescate de una colección arqueológica que cuenta con una diversidad de materiales digna de destacarse, la cual va desde elementos cerámicos representativos de la etapa posclásica de la cuenca del valle de México —las cerámicas llamadas Azteca III y Azteca IV—, así como instrumentos elaborados en roca pertenecientes a las categorías de lítica tallada y lítica pulida. Entre esos instrumentos abundan los utensilios destinados a los procesos de molienda, además de restos de obsidiana verde que procede del yacimiento de la sierra de Las Navajas, en el actual estado de Hidalgo, que antes de la Conquista formaba parte de una red de comercio que incluía a San Gregorio.

En menor cantidad existen elementos trabajados en hueso. También hay balas, que si bien pertenecen a otra época de la historia de la localidad, podrían ser estudiadas desde enfoques de investigación propios de la arqueología industrial. En suma, la colección asciende a más de 200 artefactos, procedentes de donaciones o que se han encontrado en las proximidades de la comunidad.

Se espera que cada uno de los materiales sea debidamente evaluado en su estado de conservación y preservación, y que posteriormente se realicen los procesos de restauración en los casos que así lo requieran. Después se plantea realizar un análisis exhaustivo para conocer las implicaciones sociales que estos artefactos tuvieron en el pasado, que consideren aspectos como materia prima, morfología y función, entre otros. Con la información resultante se conformará un catálogo que se pondrá a disposición de los visitantes del futuro museo y que a la vez servirá para tener un control más óptimo sobre los artefactos. Paralelamente se realizará un embalaje para mantener los restos arqueológicos en condiciones óptimas, así como el debido registro de la colección ante el INAH. La colección quedará en custodia del actual encargado.

Se adecuó el espacio anexo para el tratamiento del material bibliográfico, arqueológico, etnográfico y fotográfico. Aunque el lugar no es óptimo, facilita los trabajos de limpieza y embalaje que necesitan los distintos objetos.

Al momento de redactar este informe, aún faltaba realizar la catalogación de las piezas etnográficas y diferentes objetos del acervo seguían bajo los escombros. Entre ellos podemos mencionar archivos, mapas, libros, fotografías, piezas arqueológicas y etnográficas. Especialmente notables por su valor etnohistórico son las genealogías del pueblo con terminología en náhuatl: 30 carpetas, cada una de las cuales contiene 100 fotografías del pueblo, además de planos ejidales y documentos parroquiales,⁴ y algunos libros del siglo XIX.

4. Testimonio del profesor Jaime Tirso Pérez Venancio, septiembre de 2017.



Un arqueólogo limpiando piezas rescatadas. San Gregorio Atlapulco, octubre de 2017. **Fotografía** © Ingrid Castañeda.

Reflexiones finales

A más de dos meses del sismo, el proceso de recuperación apenas tomaba forma y había mucho material por extraer de los escombros.

Pese a que cada quien inició su participación por separado, formamos un grupo de especialistas voluntarios con el objetivo de ayudar en el rescate y salvaguarda de la memoria histórica y etnográfica del pueblo. Con estas acciones de resguardo e investigación concretamos el principio ético, que compartimos, de retribuir a nuestra sociedad con acciones derivadas de nuestras formaciones y conocimientos obtenidos en la ENAH. Salvo los donativos señalados, nuestra iniciativa no recibe apoyos oficiales ni particulares hasta ahora.

Entre las acciones requeridas para liberar el resto del acervo está pendiente la demolición del techo, que deberá llevarse a cabo por secciones, de modo que permita proteger y extraer los materiales de valor histórico, arqueológico y etnográfico que aún se encuentran en el inmueble derruido. A mediano y largo plazos se requiere la conservación y el resguardo del acervo, y a largo plazo hay que buscar la reconstrucción del edificio o la reubicación de la colección. No obstante la pretensión de rescatar y conservar una parte significativa del acervo, el proceso está en riesgo, ya que los obreros de la Dirección General de Obras Públicas que tienen a cargo la demolición contemplada podrían comprometer el material que falta rescatar. Por eso es urgente que el INAH apoye los esfuerzos para asegurar que el material restante sea extraído de manera adecuada.

Aunque, como integrantes de la sociedad civil, logramos la consolidación de esta brigada, consideramos que falta más comunicación entre los diferentes especialistas de la ENAH y del INAH para co-



Pasantes de etnohistoria de la ENAH. San Gregorio Atlapulco, noviembre de 2017. **Fotografía** © Edgar Mendoza.

nocer sus ubicaciones en las distintas colonias. Es decir, en estos procesos aprendimos que “la primera fila de acción” de personas en condiciones de responder a los desastres se integra precisamente con quienes se encuentran cercanos a los hechos. En este caso fuimos todos los vecinos de Xochimilco. Asimismo, vimos la necesidad de tener una mayor cohesión interdisciplinaria entre las distintas áreas del INAH y la ENAH,⁵ con el objetivo de concretar con éxito un fin común: responder con mayor eficacia a las catástrofes que ponen en riesgo el patrimonio cultural.

Por último, perdimos muchas oportunidades de ampliar la investigación arqueológica en San Gregorio, en los lotes de casas colapsadas o demolidas. Pese a contar con el apoyo y un pro-

yecto de investigación por parte de arqueólogos profesionales del INAH e interés de la comunidad, no obtuvimos a tiempo los permisos necesarios, antes de las nuevas construcciones de casas.

Bibliografía

- Aquino, Eréndira (25-09-2017). “El sismo sepultó más de 100 años de historia de San Gregorio y casi mata a sus cuidadores”. *Animal Político*. Recuperado de: <<http://www.animalpolitico.com/2017/09/sismo-sepulto-mas-100-anos-historia-san-gregorio-casi-mata-cuidadores/>>.
- Enciso, Gabriela (21-09-2015). Jaime, San Gregorio Atlapulco [archivo de video]. Recuperado de: <<https://www.youtube.com/watch?v=HUXqiZ8DfSo>>.
- Sierra, Sonia, y Manuel Espino (03-10-2017). “La máquina viene y ya es basura mi cultura”. *El Universal*. Recuperado de: <<http://www.eluniversal.com.mx/cultura/patrimonio/la-maquina-viene-y-ya-es-basura-mi-cultura>>.
- UNESCO. “Historic Centre of Mexico City and Xochimilco”. World Heritage Site. Recuperado de: <<http://whc.unesco.org/en/list/412>>.
- Ventura, Pamela (22-09-2017). “Casa de Cultura se derrumbó en San Gregorio Atlapulco”. *El Big Data*. Recuperado de: <<http://elbigdata.mx/city/casa-de-cultura-se-derrumbo-en-san-gregorio-atlapulco/>>.

5. Según lo entendido, el profesor Jaime Tirso Pérez Venancio tuvo una asesoría hace años con un arquitecto del INAH. Asimismo, una profesora de etnohistoria de la ENAH trabajó con un archivo histórico del pueblo de San Gregorio, pero no sabemos en qué acervo. La parroquia de San Gregorio tiene el archivo, pero el cura del templo asegura que no cuenta con documentos históricos. Integrantes de la comunidad nos informaron que un arqueólogo de la Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía (ENCRYM) o de la Coordinación Nacional de Conservación del Patrimonio Cultural (CNCPC) fue enviado por el INAH para evaluar la situación de la torre y la campana del templo principal, que resultaron dañadas por el sismo. Sin embargo, no hemos logrado tener contacto con él.

Los sismos como detonadores

Virginia García Acosta*

Las amenazas naturales, sean sismos, huracanes o lluvias extraordinarias, actúan como detonadores de condiciones críticas preexistentes, que son las que provocan auténticos desastres. *Sismo* y *desastre*, así como *huracán* y *desastre*, no son sinónimos: no deberían serlo. La acumulación de vulnerabilidades, la persistente construcción social del riesgo, la falta de prevención y la pérdida de resiliencia son algunos de los factores principales que determinan los procesos de desastre. Los anteriores son aprendizajes que nos ha dejado el estudio socio-antropológico de los desastres en México y en otras regiones del mundo en las últimas décadas.

Sin embargo, aunque parezca paradójico, las amenazas naturales pueden ser detonadores también de procesos positivos y productivos. Eso es lo que ocurrió en México con el sismo del 19 de septiembre de 1985 y su réplica del día siguiente. Un par de iniciativas emanadas de dos espacios de investigación y acción antropológica fueron el germen de una línea de investigación que se ha desarrollado de manera fructífera, en particular en México y América Latina, a la que en la actualidad se le conoce como “estudio histórico-social del riesgo y de los desastres”, reconociendo que éstos son procesos que se construyen históricamente.

Iniciativa CEAS

La primera iniciativa surgió del Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales, A.C. (CEAS), cuya asamblea constitutiva tuvo lugar el 25 de julio de 1974 en el auditorio del entonces Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia (CISINAH), hoy Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS).

Cuando Lourdes Arizpe Schlosser era presidenta del CEAS, se convocó a una asamblea extraordinaria el 27 de septiembre de 1985, a la cual asistieron 50 de sus miembros, para reflexionar y, en su caso, considerar llevar acciones desde la propia disciplina relacionadas con los sismos ocurridos unos días atrás. En ella, además de acordar la realización de tareas necesarias de solidaridad para apoyar a los miembros del CEAS afectados, incluso aportando días de sueldo, se propuso recopilar testimo-

* Investigadora, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (vgarciaa@ciesas.edu.mx).

nios, observaciones y descripciones sobre el desastre que permitieran elaborar propuestas que ayudaran a la sociedad civil a participar en las políticas de reconstrucción de la ciudad. Por último, se sugirió organizar un foro donde se “pudieran plantear los puntos de vista de los antropólogos y las organizaciones populares con el objeto de influir en las políticas de reconstrucción”.¹

A continuación se elaboró la denominada “Guía temática para la investigación sobre las experiencias sociales y humanas del desastre por el terremoto”, cuyo objetivo central fue: “Crear una memoria histórica acerca de cómo vivió la población de la ciudad el desastre ocurrido a raíz del terremoto del 19 de septiembre [...] recuperar las experiencias de grupos y de personas frente al siniestro y los acontecimientos que se sucedieron”. Los temas a atender eran cuatro:

- 1) El modelo de desarrollo capitalista en un país dependiente.
- 2) Las políticas de desarrollo urbano altamente centralizadas en la Ciudad de México.
- 3) Las relaciones entre la sociedad civil y las autoridades políticas.
- 4) La organización social de los barrios y las colonias populares.

La metodología sugerida consistió en investigar “a través de las experiencias personales de afectados, socorristas y de voluntarios [...] soldados, policías, funcionarios y líderes, así como de la población civil que apoyó de diversas maneras”.

Las invitaciones para el foro, que a la postre llevó el título de Consecuencias del Sismo y las Alternativas de Reconstrucción, circularon ampliamente; estuvieron dirigidas tanto a académicos como a funcionarios de diferentes dependencias federales y de la Ciudad de México, incluido el entonces presidente Miguel de la Madrid Hurtado. Se llevó a cabo el 17 de octubre en el auditorio Fray Bernardino de Sahagún del Museo Nacional de Antropología, con la participación de 13 instituciones académicas, de educación superior y colegios de profesionales.² Se presentaron 19 ponencias en dos mesas: “Efectos físicos, sociales y psicológicos del sismo: problemas y acciones de vivienda y salud”, organizada por Sofía del Bosque, y “Desarrollo urbano y proyectos de reconstrucción: participación de la población y de las organizaciones populares”, organizada por Fernando Cámara. Dados los temas, los participantes eran especialistas en diversas disciplinas —antropólogos, historiadores, sociólogos, arquitectos, psicólogos, etcétera—, cuyas presentaciones “suscitaron un amplio debate”.³

1. El material utilizado y citado en este ensayo se encuentra resguardado en los archivos del CEAS, buena parte del cual he digitalizado y entregado a su actual presidente, Ricardo Fagoaga. El boletín del CEAS de septiembre de 1986 incluyó información al respecto en la sección “Acciones realizadas en ocasión de los sismos”.

2. En los documentos impresos, así como en letra manuscrita, aparecen menciones de socios del CEAS que tuvieron una participación activa: Sofía del Bosque, responsable de la Coordinación Técnica del Consejo Directivo; Ludka de Gortari, María Elena Morales, Serio Quezada, Leticia Reina, Sergio Salinas y Augusto Urteaga.

3. La inauguración estuvo a cargo de Lourdes Arizpe y Carlos Serrano. Entre los ponentes y relatores que aparecen en el programa están Lourdes Arizpe, Beatriz Barba de Piña Chan, Raúl Benítez, Eckart Boege, Javier Esteinou, Aldir González, Javier Guerrero, Guadalupe Hernández, Jorge Legorreta, Fernando Miranda, María Elena Morales, Margarita Nolasco, Julio César Olivé, Marisol Pérez Lizaur, Jorge Peralta, Sergio Quezada, Julio Dany Ríos, Sergio Salinas, Diego Strozzi, Miguel Székeli y Javier Urbina. Algunas de las ponencias están en el archivo del CEAS antes mencionado.

Al final se llevó a cabo una relatoría y se presentaron las conclusiones del foro. Éstas se dieron a conocer mediante un comunicado de prensa, difundido en diversos medios periodísticos, el cual suscitó análisis diversos que también aparecieron en los periódicos *El Día*, *El Universal*, *Excélsior*, *La Jornada* y *El Imparcial*, este último de Oaxaca.

Buena parte de las conclusiones de este ejercicio, que por pertinente y oportuno resulta en verdad ejemplar, fueron el germen de los postulados centrales de la línea de investigación mencionada al principio de este escrito. Reproduzco a continuación un par de ellas:

- 1) Consideramos que, si bien el sismo fue un fenómeno físico impredecible, sus efectos se vieron agravados por la conformación urbana de la Ciudad de México, que se reflejan en el hacinamiento de la población; viviendas deterioradas, talleres, microindustrias y pequeños comercios en pésimas condiciones [...] todo ello aunado a los privilegios políticos, que tuvieron un papel importante al solapar la corrupción en la construcción de algunos edificios que se derrumbaron.
- 2) Lo anterior no obedece a causas naturales, sino que se debió a políticas de desarrollo implantadas a partir de la época alemanista, las que han permitido que la lógica de la ganancia de los capitales se imponga por encima de los intereses de la sociedad en su conjunto.

Iniciativa CIESAS

Si bien las investigaciones que caracterizan nuestro quehacer suelen sujetarse a planes y proyectos organizados con anticipación, en ocasiones la realidad presenta problemáticas que surgen de manera súbita, reclamando nuestra atención. Así sucedió en el CIESAS después del desastre asociado con los sismos de septiembre de 1985.

Con Eduardo Matos Moctezuma como director de la institución, mediante su consejo técnico se hizo una invitación a los investigadores para suspender de manera temporal sus investigaciones de mediano y largo plazos, a modo de atender, desde sus especialidades, el estudio de problemáticas resultantes del desastre. La respuesta fue sumamente positiva. Participaron en la iniciativa cerca de 40 investigadores, estudiantes y colaboradores, para llevar a cabo estudios puntuales, de corto plazo, que se iniciaron en septiembre mismo y, en la mayoría de los casos, no se extendieron por más de seis meses. Tales estudios, en lo general, trataron de conjugar dos cuestiones básicas: “[...] el interés por hacer un balance crítico de las repercusiones de los sismos en sectores clave y la necesidad de hacer una evaluación inmediata de problemas coyunturales”.⁴

Por lo mismo, los autores de las publicaciones, que en el siguiente año y medio salieron a la luz —dado que la mayoría estaban y están habituados a llevar a cabo investigaciones de mediano y largo plazos—, lanzaron advertencias como las siguientes:

4. Las referencias provienen de los cuatro textos resultantes de esta iniciativa y citados más adelante.

- Este trabajo es el resultado de una breve investigación colectiva de carácter indicativo [...] Nuestro objetivo fue sólo el señalamiento o detección de ciertos temas y recursos discursivos empleados por algunos periódicos capitalinos en el tratamiento de los temblores que se sucedieron en la Ciudad de México el jueves 19 y el viernes 20 de septiembre de 1985, durante los 10 días inmediatos posteriores a los hechos.
- Este trabajo abarca desde el 19 de septiembre hasta diciembre de 1985 [...] no fue nuestro objetivo hacer un análisis totalizador de la actuación del gobierno, sino solamente mostrar cómo afectó ésta a las formas de cooperación y organización surgidas a raíz de los sismos.
- [...] el estilo de trabajo consistió fundamentalmente en la recopilación de información en un corto lapso, que fue entre dos y cuatro meses. Por tanto, lo escrito tiene en general un carácter testimonial con información de primera mano en lugar de análisis más elaborados.
- Algunas semanas después de los sismos de septiembre de 1985, un grupo de antropólogos, etnohistoriadores e historiadores, animados por la antropóloga Marisol Pérez Lizaur, decidieron aportar su trabajo voluntario para realizar una cronología de los sismos ocurridos en México [...] se reunieron a partir de noviembre de ese año [...] Este primer intento deberá sin duda ser ampliado en el futuro.

Fue así como antropólogos, etnohistoriadores, geógrafos, historiadores, lingüistas y sociólogos del CIESAS colaboraron en esta importante iniciativa, a partir de la cual se publicaron cuatro textos, todos ellos dentro de la serie Cuadernos de la Casa Chata del CIESAS que, en orden de aparición, fueron los siguientes:

- 1) Teresa Rojas Rabiela, Juan Manuel Pérez Zevallos y Virginia García Acosta (1987). “Y volvió a temblar”. *Cronología de los sismos en México*. México: CIESAS (Cuadernos de la Casa Chata, 135).⁵
- 2) Teresa Carbó, Víctor Franco, Rodrigo de la Torre y Gabriela Coronado (1987). *Una lectura del sismo en la prensa capitalina*. México: CIESAS (Cuadernos de la Casa Chata, 147).⁶
- 3) Juan Briseño Guerrero y Ludka de Gortari Krauss (1987). “De la cama a la calle: sismos y organización popular”. México: CIESAS (Cuadernos de la Casa Chata, 156).⁷
- 4) Renée Di Pardo O., Victoria Novelo, Mariángela Rodríguez, Beatriz Calvo, Luz Elena Galván y Jesús Manuel Macías (1987). *Terremoto y sociedad*. México: CIESAS (Cuadernos de la Casa Chata, 157).⁸

Si bien a partir de ese septiembre de hace 33 años múltiples instituciones se interesaron en la temática de los sismos en particular y de los desastres en general,⁹ una de las pocas que ha mantenido

5, El historiador Juan Pedro Viqueira elaboró la introducción, y colaboraron Jorge Chávez, Antonio Escobar, María del Socorro Fuentes, René García Castro, Alma Parra, Enrique Sánchez y Zazil Sandoval.

6. La presentación del mismo estuvo a cargo del lingüista Hans Sättele.

7. Aparece como colaboradora Carmen Icazuriaga Montes.

8. Incluye estudios en el sector salud y educativo, así como un estudio de caso en Ciudad Guzmán, Jalisco.

9. Cabe destacar aquí la publicación en 1986 del número 48 de la *Revista Mexicana de Sociología*, con contribuciones de académicos del Instituto de Investigaciones Sociales (IIS) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) sobre los efectos y respuestas a los sismos de 1985, así como la publicación reciente de un número especial de esta misma revista con reflexiones en torno a los ocurridos en septiembre de 2017.

constancia en ello ha sido precisamente el CIESAS. Dan cuenta al respecto numerosos proyectos de investigación, cuyos resultados se encuentran publicados en libros y artículos, o bien han sido objeto de decenas de tesis de grado y posgrado. Sólo en México, las tesis de posgrado desarrolladas tanto en el CIESAS o con la colaboración de investigadores de la institución han llevado a cabo estudios en prácticamente toda la república mexicana, atendiendo casos de una gran diversidad de amenazas naturales y procesos de desastre asociados con la presencia de aquéllas. A lo anterior se suma el reconocimiento nacional e internacional de que ese centro del sistema del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) ha sido el pionero en el desarrollo de la línea de investigación socioantropológica sobre riesgos y desastres.¹⁰

Aquella mención en una de las cuatro publicaciones resultantes de la iniciativa CIESAS de 1985 relativa a que “[...] este primer intento deberá sin duda ser ampliado en el futuro” se ha hecho realidad y ha rendido valiosos frutos. Espero que algo similar ocurra con los esfuerzos desplegados desde la academia a raíz de la ocurrencia del sismo del 19 de septiembre de 2017, que se sumen a los ya existentes en una tarea conjunta en aras de la reducción de riesgos de desastre.

10. En *Sociologia dos desastres. Construcao, interfaces e perspectivas*, coordinada por Norma Valencio y Mariana Siena y publicada en 2014 (Sao Carlos: Rima), se publicó un breve resumen del origen de esa línea (pp. 15-20). Una publicación en proceso, de la cual soy coordinadora, titulada *Anthropology of Disasters in Latin America: State of the Art* (Routledge, 2019), al lado de los capítulos dedicados a cada país, aparecerá el correspondiente a México, titulado “The Mexican Vein in the Anthropology of Risk and Disasters”, para dar cuenta, al igual que el resto, del origen, evolución y estado actual del campo en la región latinoamericana.

Proyecto de reconstrucción del Centro Histórico de la Ciudad de México¹

María Elena Morales*

Fundamentalmente, aquí se pretende recoger el trabajo que han desarrollado las brigadas interdisciplinarias del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) durante las últimas tres semanas. Éstas han contado con la participación de más de 200 trabajadores, estudiantes e investigadores de la comunidad del instituto. Gracias a los numerosos reportes presentados por los brigadistas, a los intercambios de información en las asambleas, a los avances preliminares de investigación y a algunos trabajos realizados con anterioridad en el INAH, es posible presentar una primera evaluación de la problemática del Centro Histórico y de los efectos del sismo, así como el plan de acción propuesto para dar continuidad al trabajo de las brigadas interdisciplinarias.

A casi un mes del sismo, todavía no sabemos “qué pasó”. La información oficial ha sido dispersa, contradictoria, insuficiente y poco confiable en todos los rubros. En lo que se refiere a vivienda, por ejemplo, estamos muy lejos de tener una evaluación del número de viviendas que fueron destruidas y de las que sufrieron daños pero pueden ser reparadas. La incertidumbre es todavía peor en lo que se refiere a “qué va a pasar”. A algunos de los damnificados les han ofrecido casas en Coacalco; nadie sabe dónde queda, pero todos están seguros de que es muy lejos. A otros les ofrecieron un decreto expropiatorio del que sólo se sabe que no están todos los que son ni son todos los que están. Quienes ya fueron beneficiados por el decreto quieren suponer que éste significa que “ya no se va a pagar renta”. Pero, ¿y si se tienen que pagar cuotas todavía más altas por la compra de terrenos y de las habitaciones rehabilitadas? Y todavía peor: a muchísimos más de los damnificados nadie les ha ofrecido nada.

Así, desde la aproximación más superficial, se imponen dos hechos: primero, que no es posible que la Ciudad de México vuelva a la “normalidad” en tanto no haya alternativas de solución para los diversos problemas que está enfrentando la po-

* Dirección de Etnología y Antropología Social, INAH.

1. Diagnóstico escrito en 1985, tras el sismo del 19 de septiembre, presentado en el Foro sobre Efectos del Sismo y Alternativas de Reconstrucción el 17 de octubre de 1985 en el auditorio Fray Bernardino de Sahagún del Museo Nacional de Antropología.

blación afectada por los sismos. Y tampoco es deseable volver a la “normalidad” de las viviendas que se fueron deteriorando a lo largo de un siglo sin recibir ningún tipo de mantenimiento; a la de malas condiciones de trabajo para las costureras; a la de una ciudad plagada de riesgos y de una población desinformada y desorganizada, vulnerable ante cualquier eventualidad. Segundo, que se requiere urgentemente de información precisa y confiable y es necesario contribuir a producir esta información.

En esta perspectiva, una de las primeras tareas que abordaron las brigadas interdisciplinarias del INAH fue la aplicación de una encuesta sobre los efectos de los sismos en unos 9 000 inmuebles del Centro Histórico de la Ciudad de México, enfatizando en los problemas relativos a la vivienda. A la fecha, se han levantado ya las encuestas sobre 80% del total programado. Esta información se está procesando por computadora y ha sido enriquecida por los reportes elaborados por los brigadistas, que aportan las referencias cualitativas indispensables para el quehacer antropológico.

La conservación del Centro Histórico

Ahora más que nunca es necesario precisar el sentido social de la conservación. Tradicionalmente, ésta se ha realizado a partir de criterios monumentalistas y que arrancan de una dicotomía: mientras se eligen iglesias o edificios públicos dignos de protección, se cierran los ojos ante el deterioro y la destrucción de las vecindades; mientras se decreta reserva ecológica a la zona arqueológica de Tula, queda soslayado el ecocidio al que se ve sujeta toda la región. Sin dar mantenimiento constante a los inmuebles, sólo se acude a la restauración, que debería ser el caso extremo dentro de una política de conservación, pero que en México se vuelve prioritario en tanto que resulta rentable y se convierte en la punta de lanza de la especulación. Así, la conservación se convierte en un hecho aislado y excepcional.

Por otra parte, en los casos en que se ha emprendido la “remodelación” de un área más amplia, ésta ha implicado drásticos cambios en el uso del suelo y en la población que ocupa el espacio, con lo que se distorsiona por completo el sentido histórico de la zona involucrada. La conservación, por el contrario, debería afrontarse como una actividad cotidiana e integradora, capaz de abordar los conjuntos, las funciones, los tejidos sociales y los significados históricos; debería estar encaminada a la puesta en valor social y popular del patrimonio colectivo. Aun en el caso de los monumentos, más que “velar” por ellos se trata de integrarlos a la vida cotidiana de los vecinos y de hacer que tanto éstos como los visitantes se apropien de su sentido a través de la explicación y la educación.

En la definición del patrimonio histórico y cultural el INAH debe pasar de los criterios puramente arquitectónicos y estéticos a un criterio antropológico, donde se incluya —por lo menos— a los edificios y monumentos históricos; las viviendas, talleres y otros establecimientos que constituyen manifestaciones socioculturales de nuestro pueblo; las tradiciones orales, cuentos, narraciones y leyendas; los archivos, documentos, libros y publicaciones; las redes de interrelación social, las formas organizativas autogestivas y de identidad local, y las fiestas y tradiciones populares.

Es evidente que, vista de este modo, la conservación rebasa con mucho no sólo al INAH, sino a cualquier otro organismo. Pero de eso se trata: ¿por qué en un país donde la inmensa mayoría de las viviendas surgen de la autoconstrucción no podría proponerse como prioritaria la *autoconservación*?

Por razones económicas, sociales y ecológicas —además de las históricas—, la ciudad no puede seguir siendo un objeto “desechable”, donde se tiran los inmuebles una vez que fueron recuperados los capitales invertidos en su construcción. La mancha urbana de la Ciudad de México se extiende sin que parezca encontrar límites, pero entre las contradicciones que tal crecimiento conlleva está el hecho de que en ningún momento se ha planteado la sistematización racional de las áreas ya construidas en la ciudad; y que los barrios periféricos crecen, pero crece también —aunque no en la misma proporción— el número de inmuebles vacíos y de terrenos baldíos dentro de las zonas centrales. Por lo tanto, si la conservación tiene un sentido histórico preciso en el centro de la Ciudad de México —sentido que, por cierto, habría que plantear en los “centros históricos” de Tacubaya, Coyoacán, Tlatelolco, San Ángel, etcétera—, tiene un sentido urbano general para el conjunto de la zona metropolitana.

Condiciones histórico-sociales del Centro Histórico

Las zonas centrales de la Ciudad de México han estado sujetas a dos procesos extremos: por una parte, al prolongado deterioro de las zonas de habitación popular, y por la otra, a la revaloración y a los cambios de usos de suelo que van acompañados de la destrucción de viviendas y del desplazamiento de la población. Ambos procesos resultan contradictorios y desastrosos para los habitantes de la zona, por lo cual es necesario precisarlos cronológicamente a lo largo de un siglo y a través de la localización de microzonas.

A grandes rasgos, podemos decir que las transformaciones que fueron definiendo el perfil contemporáneo de la ciudad comenzaron durante la segunda mitad del siglo XIX, cuando las clases de altos recursos fueron abandonando los edificios coloniales para trasladarse hacia el poniente de la ciudad, mientras que los grupos populares se concentraban en edificios subdivididos y deteriorados, y los nuevos trabajadores y migrantes iban ocupando terrenos del oriente y el norte, insalubres por su proximidad al lago de Texcoco y carentes de servicios. Ya desde el siglo XVIII estas zonas estaban caracterizadas por las altas densidades poblacionales y, en los años siguientes, se reforzó su vocación de habitación popular, la que se fue extendiendo hacia predios próximos a la periferia.

La fundación de la primera colonia obrera de la ciudad, la Guerrero, durante la República Restaurada, no sólo fue insuficiente para mejorar las condiciones de habitación, sino que, como en nuestros tiempos, fue abandonada a su suerte sin recibir mantenimiento poco después de su celebrada inauguración.

Las vecindades, en cambio, que surgieron durante el siglo XVIII, como alternativa de habitación popular, lograron cumplir de mejor manera sus cometidos. No habría que entender a la vecindad

como sinónimo de habitación tugurizada, puesto que no surgió como tal. Se trata de una unidad habitacional cerrada en torno a un patio central y en la que se combina la vivienda unifamiliar con la existencia de servicios colectivos. Las vecindades constituyen 24.3% del total de inmuebles del Centro Histórico que fueron construidos antes de 1925, y 69.7% de las viviendas que ofrece la zona. Su permanencia se explica por la flexibilidad que han ofrecido para adaptarse a las necesidades de sus habitantes, que en ellas han logrado resistir de manera naturalmente colectiva los procesos especulativos acompañados de los desalojos masivos. En contraparte, tenemos el deterioro de tales inmuebles, que durante el siglo han carecido del mantenimiento y de las reparaciones necesarias, dado que para sus propietarios el uso de habitación popular no resulta rentable.

Los caseros han hecho todo lo posible por desalojar a sus inquilinos y, cuando menos, han echado mano de la “piqueta natural”: el tiempo, con la esperanza de que la destrucción de los inmuebles termine por echar a la calle a los inquilinos. En otros casos, la “regeneración urbana” ha estado precedida por la acción más convincente del buldócer y de los juicios de desahucio. En siglo xx, durante la década de 1950, por ejemplo, la ampliación de Reforma hacia el norte implicó la destrucción de un gran número de vecindades; y a pesar de que las compañías constructoras recibieron todo tipo de incentivos y estímulos, la vivienda que se destruyó no fue repuesta. Así, aumentaron paralelamente el número de inmuebles ociosos y de terrenos baldíos y el hacinamiento, que pasó de 4.5 a 5.4 personas por vivienda.

Los proyectos más recientes de “remodelación” —desde el Plan Tepito hasta la construcción del Palacio Legislativo y la intervención en el Centro Histórico; desde los ejes viales hasta la Central de Abasto y la virtual desocupación de la Merced— han tenido efectos similares en las viviendas, porque no sólo desalojan directamente a cierto número de inquilinos, sino que propician el alza del valor de los terrenos, desatando nuevos procesos especulativos. Por otra parte, el estricto control de diversos organismos institucionales sobre los terrenos de la periferia ha cerrado la alternativa de vivienda también en esta zona, antes accesible a través de la ocupación o compra a bajos precios de terrenos ociosos o ejidales.

La inseguridad ha sido el rasgo característico de los pobladores de los barrios populares del centro durante todo un siglo. Los empleos inestables y los ingresos insuficientes han obligado a las familias a mantenerse como unidades de subsistencia, basadas en la posibilidad de pagar rentas bajas y de estar insertas en una zona de gran tráfico y actividad económica. La prensa ha publicitado ampliamente el caso de las costureras; sin embargo, el trabajo de campo de las brigadas del INAH reportó como más graves los casos de los artesanos zapateros, entre los que hay un gran número de mujeres que trabajan a destajo en sus propias casas, y el de los dependientes de los comercios, sin ninguna protección social. No sólo los sectores populares han aprovechado el potencial de la zona centro. Cuando se aborda el mismo problema desde el campo de las clases dominantes aparece, en primer plano, el caso de los comerciantes que se apoderan del espacio remodelado a partir de sus muy particulares intereses. Pero ellos coexisten en el centro con otro grupo de comerciantes o fabricantes que sacan partido de la tugu-

rización, aprovechando las rentas bajas para instalar sus talleres o bodegas y la abundancia de la mano de obra para mantener salarios bajos y para eludir toda legislación laboral.

Efectos del sismo sobre la vivienda popular

Una primera aproximación al problema indica que alrededor de la mitad de las viviendas de las colonias Guerrero, Morelos y Centro resultó afectada en diversos grados. El problema es todavía más grave por la falta de mantenimiento que habían tenido los inmuebles. Por otra parte, es posible que con el paso del tiempo se vaya mostrando que en todo cálculo hay subregistro. Porque cuando el inmueble no tenía daños graves y evidentes, los inquilinos preferían negarlos y ocultarlos por justificada desconfianza en los “peritajes” que les eran manejados por los caseros y por las autoridades de las delegaciones como prueba irrefutable de que había que desalojar los inmuebles y olvidar sus derechos inquilinarios.

Durante las tres primeras semanas que siguieron a los sismos, la ofensiva de los caseros se recrudeció extraordinariamente, apoyada por los peritajes y por la innegable destrucción. Los inquilinos emprendieron un proceso masivo de autoorganización para la defensa de sus habitaciones, en las que en muchos casos comenzaron algunas de las más urgentes tareas de apuntalamiento. Los albergues resultaron inadecuados a las necesidades de esta población que buscaba, ante todo, la defensa de sus viviendas y de su cohesión social, por lo que surgieron y resistieron innumerables campamentos instalados en las calles y plazas, y en los que se empezó a abordar de manera colectiva la atención de las necesidades de los vecinos: desde el agua y los alimentos hasta la negociación y la presión política.

Muchas de estas organizaciones surgieron a raíz del sismo y otras más retomaron las experiencias de la lucha inquilinaria que había empezado a generalizarse durante los últimos años. En cambio, la estructura promovida por las delegaciones a través de los jefes de manzana se mostró inoperante—cuando no inexistente—. Los únicos reportes de este tipo de agrupamientos recogidos en el trabajo de campo de los brigadistas se refirieron al mantenimiento de privilegios: en la zona que va de Tomatlán hacia Eduardo Molina, los jefes de manzana aprovecharon el puesto para acaparar el agua que llegaba a la zona.

La situación de los damnificados, tanto en los albergues como en los campamentos, es sumamente precaria. Sin embargo, a un mes de los sismos, no existe ninguna propuesta de construcción de viviendas temporales para quienes esperan que se hagan las reparaciones necesarias y ni siquiera para quienes perdieron definitivamente sus viviendas.

El programa de Renovación Habitacional Popular, recientemente anunciado, sólo ha dejado en claro que se trata de que los inquilinos paguen por sus casas a través de créditos “blandos”. Ante la falta de información al respecto, destaca el hecho de que los diversos programas de vivienda de interés social o de remodelación que se han aplicado durante los últimos 15 años, en su gran mayoría sólo han sido accesibles a quienes obtienen ingresos de dos veces o más el salario mínimo, mien-

tras que quienes están por debajo de estos límites resultan naturalmente excluidos y expulsados de la zona. Y en este sentido vuelve a constatarse el hecho de que el problema de la vivienda no puede ser separado del problema del empleo y del salario.

El decreto expropiatorio destinado a estas familias de escasos recursos está, según lo han reconocido sus propios autores, plagado de “erratas”, pues se hizo “sobre las rodillas” y sin precisar criterios. En el caso del Centro Histórico, la investigación realizada por las brigadas multidisciplinarias del INAH permite elaborar una propuesta de expropiación de los inmuebles ocupados como vivienda popular que fueron dañados tanto por el sismo como por el descuido prolongado al que se han visto sujetos. Esta propuesta —que no está hecha “sobre las rodillas” y requiere el procesamiento de las encuestas levantadas y de la información proveniente del trabajo de campo— será dada a conocer próximamente y presentada ante las autoridades correspondientes.

Carácter y significado

La importancia del patrimonio cultural de la Ciudad de México se debe a que es el conjunto urbano más extenso y con mayor densidad de bienes culturales no sólo de México, sino del continente americano. Es, por lo tanto, una parte importante del patrimonio cultural de la humanidad.

Ha sido, desde su origen, en la época prehispánica, un asentamiento logrado en contra de un gran número de factores adversos: condiciones geográficas, de suelo y subsuelo, altura, abastecimiento de insumos, comunicación, etcétera, y se ha sostenido tanto como centro político del país como por una voluntad de permanencia de los habitantes de sus zonas históricas.

Consideramos que el término o figura legal de “Zona de Monumentos” es más adecuado que el título que se le ha dado de “Centro Histórico de la Ciudad de México”, que no comprende la totalidad del área histórica, que de acuerdo con la ley federal debería estar protegida. La zona declarada el 18 de abril de 1980 sólo comprende el desarrollo urbano de la ciudad hasta 1860 y no hasta 1900, como señala la ley. El criterio de “Centro Histórico” es, por lo tanto, limitante y centralista, ya que lo histórico no se reduce simplemente a un área central restringida.

[...]²

El problema de la vivienda

Las vecindades a lo largo de la historia de la Ciudad de México han representado la única alternativa de vivienda popular que ha resistido los diferentes embates de “modernidad y transformación”. La sencillez en su forma de construcción y el característico sistema de utilización de los servicios bajo un uso comunal de los sismos han permitido a lo largo del tiempo que se desarrollen formas peculiares

2. [N. del ed.] El documento original cuenta con un párrafo que aquí se suprime debido a su ilegibilidad.

de organización en el interior de los mismos que han funcionado como barrera social ante el uso y el abuso del espacio urbano.

La vecindad desde sus inicios —a partir del siglo XVIII— no es sinónimo de edificio habitacional tugurizado por una alta ocupación de su espacio por subdivisiones en viejas casonas; al contrario, la vecindad fue y siguió siendo hasta el primer cuarto de este siglo un sistema de construcción que llena requisitos habitacionales populares.

La vecindad en el Centro Histórico de la Ciudad de México, si bien significa 20% de la totalidad de construcciones anteriores a 1925, contenía a 60% del total de viviendas, según datos de 1975.

Las vecindades tienen diferentes épocas de construcción y, por lo mismo, no sólo ocupan la periferia del Centro Histórico, sino que se encuentran esparcidas en todo su conjunto. Han sido la base poblacional de los barrios antiguos de la ciudad, como serían Santa Catarina, San Sebastián, San Antonio Tomatlán, etcétera, razones que justifican su necesaria inserción como edificios históricamente presentes en la vida social y cultural del centro de la ciudad, y que por lo tanto deben ser objeto de estudio desde nuevas perspectivas y, por supuesto, objeto de conservación como unidad habitacional popular.

Política de conservación

- 1) Se debe garantizar la permanencia de la población generadora del patrimonio cultural urbano y el uso, y aprovechamiento social de este patrimonio.
- 2) Propiciar la variedad de funciones y usos en la zona histórica: servicios educativos, culturales, asistenciales y administrativos, pequeñas industrias, artesanías y comercio, enfatizando en la *prioridad del uso habitacional* y evitando cualquier uso intensivo que rompa el equilibrio urbano y provoque la especulación del suelo.
- 3) Propiciar usos más racionales de suelo, ya que actualmente existe un gran contraste entre áreas intensamente utilizadas y densamente pobladas y otras, de baja densidad, subutilizadas, además de una cantidad considerable de lotes baldíos.
- 4) Establecer y fortalecer interrelaciones funcionales de la zona histórica con el resto del área urbana de la cual forma parte.
- 5) Lograr la protección global del patrimonio cultural de la zona, que incluya el patrimonio artístico además del histórico —Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA), INAH, Secretaría de Educación Pública (SEP).
- 6) Establecer y aplicar “las condiciones a las que deberán sujetarse las construcciones” de acuerdo con lo dispuesto en la ley federal de 1972 y su reglamento.
- 7) Con base en la ley federal y su reglamento, organizar asociaciones civiles y juntas de vecinos para auxiliar en la labor de cuidar y preservar la zona de monumentos históricos.

- 8) Apoyar las acciones de rehabilitación, mediante mecanismos orientados hacia la autoconstrucción, con asesoría técnica y jurídica a los propietarios e inquilinos de los inmuebles históricos.
- 9) Buscar formas de financiamiento prioritario para los inmuebles históricos que se utilicen como vivienda, a través de los organismos ya existentes —Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado (ISSSTE), Instituto del Fondo Nacional de la Vivienda para los Trabajadores (Infonavit), Banco Nacional de Obras y Servicios Públicos (Banobras), etcétera— y otros que lleguen a establecerse para el mismo fin.
- 10) Proponer y gestionar la inclusión de la zona de monumentos históricos de la Ciudad de México en la Lista del Patrimonio Mundial de acuerdo con la Convención de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO, por sus siglas en inglés), de 1972.

Rehabilitación del Centro Histórico

- 1) Una vez definida la zona de monumentos históricos de la Ciudad de México, replantear lo que se entiende por Centro Histórico y por la necesidad de su conservación. El INAH deberá hacer públicos los lineamientos y las acciones pertinentes para su conservación y restauración.
- 2) Si el INAH va a dedicarse básicamente a la rehabilitación de viviendas dentro del Centro Histórico, se requiere:
 - Definir y garantizar que se respeten los criterios de conservación con el fin de preservar el patrimonio histórico y cultural.
 - Realizar la supervisión técnica de la rehabilitación en coordinación con otros equipos de especialistas a través de convenios interinstitucionales.
 - Instrumentar operativamente estos criterios a través de medidas urgentes, como los peritajes de inmuebles históricos, la suspensión de obras innecesarias o de demolición injustificadas, asesoría en obras de consolidación provisional y definitiva.
- 3) Para la rehabilitación del Centro Histórico:

Instituto Nacional de Antropología e Historia

Plan piloto: Proyecto de Autorrestauración del Centro Histórico de la Ciudad de México,
14 de octubre de 1985

Para la organización del plan piloto de autorrestauración de viviendas ubicadas en monumentos de carácter histórico, con apoyo y asesoría del INAH, en el Centro Histórico de la Ciudad de México, se consideraron los siguientes criterios:

- 1) Se trata de edificios históricos con una función habitacional.

- 2) Se eligieron nueve vecindades de las contempladas dentro del programa de prioridad emergente elaborado por la Dirección de Monumentos Históricos, dentro del primer cuadro; y 13 vecindades del barrio de Santa María Cuepopan en la colonia Guerrero, considerando que es necesario que desde el primer momento la actuación del INAH aborde el Centro Histórico sin reducirse a su primer cuadro, y poder además registrar otros edificios históricos que aún no han sido catalogados por el instituto.
- 3) La selección propuesta permite instrumentar una política de conservación que, protegiendo inmuebles de valor histórico, asume a la vez los aspectos sociales y culturales que conforman un patrimonio colectivo digno de ser preservado.
- 4) En los tres grupos propuestos se cuenta con organizaciones vecinales. Éstas ya fueron consultadas y están dispuestas a coordinar las labores de rehabilitación con el INAH, y a aportar la mano de obra y algunos de los materiales que se requieran.

Los sismos de septiembre de 2017. De la incertidumbre y el temor a la participación social y el impulso a la restauración de los daños en el patrimonio cultural. Entrevista a Diego Prieto, Director General del INAH*

Sergio Pliego Fuentes**

El 19 de septiembre de 2017, luego de 32 años de haber experimentado el miedo, el trauma y de generar la inmediata respuesta social frente a la tragedia, los habitantes de varios estados de la república volvieron a padecer una experiencia similar debido a un sismo de 7.1 grados de magnitud. Eventos como los de 1985 y 2017 provocan respuestas sociales en el plano cultural. ¿Podría ofrecernos su punto de vista sobre los efectos que estos sismos causaron en los patrones y valores culturales de las personas y grupos sociales afectados?

En septiembre de 2017 hubo dos sismos: uno el 7 de septiembre, que afectó fundamentalmente a comunidades del istmo oaxaqueño y de Oaxaca en general, pero también de Chiapas y en menor medida de Tabasco, Veracruz e Hidalgo. Ése fue un sismo como no había ocurrido hacía más de 80 o 100 años en México, un sismo que, por fortuna, dada su lejanía en relación con la Ciudad de México, no impactó tanto el área central de nuestro país, pero que sí dejó daños grandes y graves, insisto, en los estados de Oaxaca y Chiapas, en áreas de comunidades indígenas, en muchas iglesias, en algunas presidencias municipales y edificios históricos. Y por supuesto que significó un golpe muy fuerte en la conciencia de muchas comunidades que se vieron afectadas en elementos que son parte fundamental de su identidad, de su referente simbólico, articuladores de tejidos comunitarios, incluso entre grupos que pueden o no pertenecer al credo católico. Al estar ahí, vimos el impacto fuerte que causó este primer sismo, que además, por lo que intuyo, fue en gran medida el detonador que desencadenó una serie de fenómenos telúricos que tuvieron uno de sus puntos más altos en el sismo del 19 de septiembre.

* Entrevista realizada el 21 de febrero de 2018.

** Editor y corrector de este número de la revista (sealplif@gmail.com).

Estábamos en esto, estábamos en el recuento de estos daños y afectaciones en Oaxaca y en Chiapas cuando en el aniversario, como has dicho, del terremoto del 85 vino este nuevo sismo, esta nueva sacudida muy fuerte que impactó también en Oaxaca, que es la entidad que tiene la mayor pluralidad étnica y lingüística de nuestro país, y que a la vez padece la mayor sismicidad. Este sismo causó graves daños en Oaxaca, pero también en otras entidades, como la Ciudad de México, Guerrero, el Estado de México, Morelos y Puebla. En total, este sismo causó afectaciones en 11 entidades del centro y el sur del país.

Sin duda alguna, las entidades más golpeadas fueron dos: Oaxaca y Puebla. Oaxaca porque, como te decía, ya había sido afectada por los daños causados durante el sismo del 7 de septiembre, y Puebla porque tuvo una sacudida terrible, debido a que la zona del epicentro estuvo en el territorio de ese estado, en los límites con el de Morelos. Sólo Oaxaca y Puebla concentran más de la mitad de los inmuebles históricos afectados. Podemos mencionar otras dos entidades con afectaciones graves, aunque no tanto como las de Oaxaca y Puebla, que son Morelos y el Estado de México, donde las afectaciones superan los 250 inmuebles históricos afectados. Si agregamos los daños en estas cuatro entidades, podemos afirmar que en ellas se concentraron más de las dos terceras partes del universo de monumentos históricos con daños.

Después viene el siguiente grupo de entidades que tuvieron daños considerables, pero de menor magnitud que los de los estados de México y Morelos; en este grupo están la Ciudad de México, Guerrero y Tlaxcala. Finalmente, Chiapas, Hidalgo, Tabasco y Veracruz sufrieron daños en su patrimonio histórico, aunque en menor medida.

El patrimonio que se vio más afectado es el que corresponde, sobre todo, al periodo virreinal y, en menor medida, al siglo XIX; en particular sufrieron daños los inmuebles de carácter religioso: templos, conventos, capillas, iglesias. En esta ocasión, las zonas de monumentos arqueológicos y los monumentos arqueológicos mismos sufrieron afectaciones en mucho menor medida; estaríamos hablando de unas 35 zonas arqueológicas con afectaciones. De esta manera, lo que el sismo afectó más fue el patrimonio histórico, cultural y social de muchas comunidades rurales y algunas urbanas. Este patrimonio reviste una gran importancia para esas comunidades, pues es, ni más ni menos, el eje de articulación de muchos pueblos: donde está el santo patrono, donde se celebran las fiestas patronales o comunitarias, donde se llevan a cabo los rituales de muchos pueblos originarios, como es el caso de las comunidades de Chiapas y Oaxaca.

Los sismos de septiembre de 2017 y los daños que causaron en el patrimonio histórico, cultural y social nos obligan a reflexionar sobre lo que ocurrió y sobre cómo interpreta la gente estos hechos. La gente tiene sus concepciones particulares y siente que pudo haber ahí algún mensaje de cualquier clase de entidad no natural, de cualquier clase de entidad no visible, y entonces empieza a hacerse una serie de preguntas: ¿qué pasó?, ¿qué hay que hacer?, ¿cómo hacerlo?

Hubo, en un primer momento, cierta angustia ocasionada por elementos de Protección Civil, que empezaron a hablar de demoliciones. Hablar de demoliciones es meterse en un tema muy

fuerte. Por ejemplo, se dio el caso de una capilla pequeña que fue demolida en una comunidad de Morelos por jóvenes que ni siquiera eran de ahí, pero que creían que ayudaban a las comunidades demoliendo cosas, incluida esa capilla. Aquello fue lamentable.

Hubo casos como en Ocuilan, donde los habitantes no dejaban entrar al arquitecto, a la restauradora del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), porque ellos ya habían acordado demoler algunas de sus edificaciones religiosas. Estaban pensando en tirar, además de la iglesia principal, tres capillas, y por eso no querían que el INAH interviniera. Tuvimos que dialogar con distintos funcionarios, armar una brigada donde participaran antropólogos que pudieran sostener diálogos abiertos con los mayordomos, con los encargados de la iglesia y las capillas. Buscamos hablar con el presidente municipal, que al principio se negaba a dialogar y aducía que él haría lo que dijeran las comunidades. Tuvimos que hacerle la aclaración de que no íbamos a fiscalizar ni a contravenir a nadie, que solamente queríamos conversar. Nos sentamos a la mesa con él y conversamos. Unos días después, a finales del mes de septiembre, la gente quedó muy contenta al pensar que las iglesias podían ser restauradas, que las imágenes podían ser restauradas.

En ocasiones como ésta uno se va dando cuenta de que a veces los bienes muebles —como los llamamos o los llaman los especialistas— pueden tener incluso más importancia que los propios inmuebles. ¿Por qué? Porque se trata del santo patrono, se trata de imágenes veneradas, algunas de ellas con historias de acontecimientos milagrosos. Los templos también representan la casa de esas imágenes; representan espacios de reunión. Son importantes, pero las imágenes son más importantes aún. Cada día aprendemos: al principio, a nosotros nos parecían más importantes los templos que las imágenes. Te pongo un ejemplo: la imagen de la Virgen de Santa María Ocuilan se recuperó de entre los muros derruidos del templo mediante una compleja operación de rescate. Cuando fue recuperada, hubo una gran algarabía entre los pobladores, ya que la “aparición” del ícono significó para muchos de ellos que la Virgen sí quiere que le vuelvan a hacer su casita, su iglesia.

Quiero decir que en muchos casos tuvimos que platicar con las comunidades para explicarles que las cosas se pueden restaurar, que no teníamos que pensar, de entrada, en la demolición. En Ocuilan, el día que fuimos con antropólogos para hablar con las autoridades municipales, con funcionarios del gobierno del estado y con gente que conocía a los mayordomos, cambió la percepción. Incluso como a las tres semanas llegó a nuestras oficinas la copia de una carta dirigida a la Presidencia de la República en la que le demandan, le solicitan que se restaure su iglesia y sus capillas, ya que, por ejemplo, en la iglesia de Santa María Ocuilan se puede volver a poner el decorado con lámina de oro, con la asesoría de los especialistas del INAH. Esta carta muestra que entre los pobladores y sus autoridades hubo un cambio de mirada, un cambio de perspectiva. Tratándose de un patrimonio que no solamente tiene un sentido estético o histórico, sino un sentido social y ritual, cualquier decisión se acompaña con la gente.

En muchos lugares nos ha tocado ver que la gente está más preocupada por la iglesia que por sus propias viviendas. Así se lo han expresado al presidente o a funcionarios que han estado en los re-

corridos de las giras. En una de esas giras, cuando los técnicos explicaban que tenían que derruir el templo del Calvario en Chiapa de Corzo, Chiapas, una señora dijo que si iban a tirar su templo, ella pedía estar adentro para morirse junto con él. Comentarios como esos resultan conmovedores e interesantes a la vez.

Todo el resguardo de los bienes muebles fue interesante. Primero porque, como ya comentamos, encontramos que el valor simbólico y afectivo de muchas piezas es más intenso que el del propio inmueble, que opera más como un continente que como un contenido, y en ese terreno hubo varios hechos.

Por ejemplo, cuando se rescató en Santiago Astata la imagen de un Cristo Negro muy venerado, ya se había dispuesto una misa para que durante la homilía las restauradoras explicaran lo que iban a hacer. El ícono del Cristo Negro presidió la ceremonia y después los asistentes al rito religioso lo acompañaron hasta la casa de un mayordomo, donde quedó en resguardo en tanto se restaura el templo.

En Zinacantepec fue muy interesante observar que la gente había construido un tejabán y llevó ahí las imágenes, con muchísima veneración, para hacer las misas mientras se restaura el templo. Hay también historias de cosas milagrosas, como el Cristo del Calvario en Ocuilan, que se ocupó de cuidar que no se cayera el templo, que no fueran empujados el templo ni el muro testero por unos peñascos que se encuentran detrás. La gente decía entonces que por defender el templo, al Cristo se le fracturaron los brazos. Ya fue restaurado, aunque la gente sigue diciendo que el ícono defendió el templo. Afortunadamente, unos días antes habían llegado especialistas del INAH, porque la gente ya estaba disponiendo cuerdas y amarres para empezar a jalar pináculos y tirar... e iba a empezar con la torre del campanario.

Fue muy interesante constatar cómo fueron cambiando los estados de ánimo. Desde un primer estado de ánimo lleno de incertidumbre, de temor y enorme desasosiego, hasta un estado de ánimo que fue mostrando cierto entusiasmo ante la posibilidad de restaurar templos e imágenes. Y luego pasamos a la exigencia abierta: ¿qué pasó?, ¡ya no han vuelto!

Todo eso se dio en la gente y nosotros tuvimos que concretar respuestas y acciones que dieran satisfacción a sus necesidades, a pesar de todas las dificultades que enfrentamos en relación con los recursos que se requieren, pero sobre todo con la gestión de los pagos que vamos a conciliar con el seguro. La gente no sabe de eso; no sabe si la gestión con las aseguradoras es complicada y engorrosa o no; la gente quiere ver ya que la restauración de éste o aquel inmueble esté concluida. En Puebla, con la dirección y la orientación del INAH, la gente ya restauró daños menores, porque es importante dejar en claro que hay distintos tipos de daños.

Yo creo que los sismos del 7 y el 19 de septiembre no sólo sacudieron y destruyeron viviendas, no sólo ocasionaron la pérdida de vidas, no sólo afectaron monumentos históricos —sobre todo las edificaciones de carácter religioso o ritual—: también sacudieron las conciencias de comunidades y gente que ahora miran la vida de otra manera, espero que mejor.

Entre los múltiples efectos de los sismos de septiembre de 2017 están los relacionados con los daños a los patrones y valores culturales que los mexicanos cotidianamente vivimos y recreamos, que constituyen una parte importante de nuestro patrimonio cultural inmaterial, así como también están los daños a los monumentos artísticos e históricos, a las zonas arqueológicas y los sitios paleontológicos. ¿Cuáles fueron los efectos de los sismos, en términos cualitativos y cuantitativos, sobre nuestro patrimonio cultural inmaterial y material?

Evidentemente, los efectos cuantitativos pueden aplicar en eso que podría llamarse, en estas visiones a veces un tanto dicotómicas de Occidente, *lo material*. En términos de lo material, tenemos ahora mismo una relación que está por encima de los 2 150 inmuebles históricos dañados en esas 11 entidades federativas de las que ya hablé. Hemos establecido una clasificación de los daños, que van de menores a moderados y severos.

Hablaríamos de daños menores en alrededor de 17% de afectaciones; con daños moderados tenemos aproximadamente 60% de afectaciones, y con daños graves, alrededor de 23%. Hubo daños muy graves; hubo templos que colapsaron casi en su totalidad. Esto provocará un debate técnico, científico y también social muy grande, para ver qué se hará en esos casos, qué tanto se reconstruye y qué tanto se deja el vestigio de lo que ocasionó el temblor. Ése será un tema complejo; por otra parte, los trabajos de restauración durarán varios años. En lo que toca a los daños moderados, ya estamos elaborando proyectos. En principio, igual que con los daños graves, se hicieron intervenciones de emergencia para apuntalar muros, torres campanario o espadañas. En cuanto a los daños menores, ya llevamos concluidas alrededor de 150 restauraciones.

Como ya he dicho, en los bienes arqueológicos tuvimos daños poco numerosos. Algunos resultaron complejos, como en el caso de Monte Albán, aunque no muy numerosos. Estaríamos hablando de entre 30 y 35 zonas arqueológicas con daños. Del patrimonio paleontológico no tenemos registro de daños graves o complejos; como comprenderás, nuestro patrimonio paleontológico se compone de elementos que ya están fragmentados, que ya están petrificados, que están debajo o incluidos en las rocas metamórficas. Por eso no tuvimos daños demasiado lamentables.

Lo más fuerte, los daños de mayor gravedad, insisto, están en monumentos históricos y, sobre todo, en edificaciones religioso-rituales, y en menor medida en algunas construcciones civiles de mucho valor patrimonial para los pueblos, porque son inmuebles ocupados por presidencias municipales y casas de cultura o porque son casas antiguas donde estuvo algún personaje histórico. Por ejemplo, en Morelos y en el Estado de México podemos mencionar algunas casas donde estuvo el general Emiliano Zapata, que los pueblos recuerdan y cuidan mucho por la memoria del general y porque las tienen ubicadas. En la casa de Joquicingo donde estuvo el general Zapata, la gente puso un letrero muy interesante que decía: “NO DEMOLER HASTA QUE LLEGUE EL INAH”. Esto acredita también que la gente sabe que existe el INAH. A veces el INAH da lata como cualquier institución que tiene normas y criterios, pero es una institución reconocida, con su lata o sin ella.

Por otro lado, si hablamos de números gruesos, vale la pena mencionar que hemos registrado 2 200 edificaciones históricas con afectaciones, o tal vez un poco más; eso implica un número mayor de bienes muebles que fueron dañados por el movimiento sísmico, que hizo que se cayeran muchos objetos; en otros casos, los daños en los objetos fueron provocados a consecuencia de los colapsos de los propios inmuebles. Estamos hablando de escultura policromada, de pinturas de caballete, de retablos, de pintura mural, de mobiliario religioso, de elementos decorativos en el interior o en el exterior de los templos.

Nos hemos referido a los elementos tangibles del patrimonio, aunque por supuesto que hay una serie de elementos no tangibles que tienen afectaciones indudables. Por ejemplo, en muchos lugares la gente se pregunta dónde celebrará ahora la misa, dónde organizará la fiesta del pueblo; también comenta que los del INAH han pedido que, de preferencia, no truene cohetes, que de preferencia no se toquen las campanas, porque las torres quedaron fisuradas y el repique de éstas puede terminar de colapsar parcial o totalmente la torre.

Es claro que el sismo modificó la cultura, las costumbres de la gente. Las consecuencias de los sismos replantean preguntas de organización, replantean preguntas sobre la relación que tienen los pueblos con sus cargueros o encargados religiosos de los espacios y de las fiestas —los mayordomos, los fiscales, los sacristanes—, pero también sobre la relación de los pueblos con las asociaciones religiosas, con la Iglesia, con los sacerdotes. A veces la relación de los feligreses con los sacerdotes es buena y a veces es muy complicada, pero en todo caso no deja de estar mediada por esa búsqueda, yo diría que un poquito inadecuada, de control sobre la feligresía por parte de los sacerdotes.

Las consecuencias de los sismos también replantean la relación de la gente con una diversidad de actores: con las instituciones como el INAH; con el gobierno; con las fundaciones que aparecen con cualquier clase de deseos filantrópicos, a veces prometiendo mucho más de lo que verdaderamente están haciendo, a veces dando cifras muy alegres de que han reunido grandes cantidades de dinero sin que se vea con prontitud a dónde están derivando esos recursos. Los sismos han provocado un rejuego de actores sociales y culturales que siempre han estado presentes, pero que se rearticulan y modifican sus formas de relación a partir de los desastres naturales de septiembre pasado.

A la vez, en el interior de las comunidades se hace evidente la presencia de distintas miradas. Unos están más interesados en participar, pero otros no; otros se muestran desesperados porque no se logra ya la restauración; aquéllos piensan que es posible buscar alternativas para la fiesta, para la misa y para muchas otras celebraciones y expresiones sociales. En estos escenarios tendríamos que trabajar esquemas de análisis y de registro etnográfico que nos den, sobre todo, una aproximación de mayor dimensión temporal-cronológica respecto a cómo se va procesando esta reflexión en las comunidades. Esta perspectiva nos permitiría establecer con claridad que el INAH no es sólo una institución que se ocupa de monumentos históricos, arqueológicos y paleontológicos, sino también una entidad de antropología e historia, y debe hacer el recuento de cómo la gente mira, siente, simboliza y piensa estas catástrofes.

Los datos que usted nos ha brindado muestran un escenario difícil, que expone un momento de coyuntura lleno de retos para superar las grandes tareas que enfrenta hoy el INAH. De acuerdo con su ley orgánica, son objetivos del instituto realizar “[...] investigación científica sobre antropología e historia relacionada principalmente con la población del país y con la conservación y restauración del patrimonio cultural arqueológico e histórico, así como el paleontológico; la protección, conservación, restauración y recuperación de ese patrimonio”. ¿Cómo ha enfrentado el INAH estos retos? ¿Tiene los recursos humanos, materiales y financieros para atender los daños que dejaron en la cultura inmaterial y material los sismos de septiembre de 2017?

Debemos reconocer que el INAH no estaba preparado para una tarea de esta dimensión y de estas características. Esto no quiere decir que no lo vayamos a hacer en una gradación que va de bien a muy bien, pero sí que requerirá un esfuerzo adicional en todos los sentidos, como lo señalas: en el ámbito institucional, organizativo, humano, técnico y financiero.

El INAH es básicamente una entidad normativa que no se encuentra habituada a estar haciendo obras ni mucho menos obras de enorme complejidad como las que representan los daños severos que sufrieron muchos inmuebles históricos y también bienes muebles contenidos en ellos. Es decir, el INAH normalmente se hace cargo de las restauraciones de los inmuebles o de los bienes culturales que están bajo su custodia y administración directas: las zonas arqueológicas, los museos y los ex conventos.

Sin embargo, esos inmuebles y los muebles que contienen representan el porcentaje menor de las afectaciones que provocaron los sismos. Si sólo nos encargáramos de ellos, prácticamente podríamos hablar de que todo está en camino de solución, porque no pasa, como decía, de 35 zonas arqueológicas afectadas, probablemente algunas decenas de edificios históricos que están bajo nuestra custodia directa y algunas piezas en museos del INAH que posiblemente sufrieron algún daño. Ese sería un tema relativamente asequible para el INAH, pero hacerse cargo de aproximadamente 2 300 inmuebles históricos afectados nos remite a un escenario muy amplio y complejo de intervención.

¿Cuál es el mecanismo que hemos habilitado? El que hemos aplicado para casos de huracanes o ciclones, para casos de incendios, para casos de accidentes naturales no antropogénicos. Para estas situaciones el INAH cuenta con un seguro que se complementa con el Fondo Nacional de Desastres Naturales (Fonden). Lo primero que hicimos fue recurrir al Fonden, con un esquema inicial emergente que se llama Apoyos Parciales Inmediatos. De esa manera logramos recuperar unos recursos y atraer a constructores y a profesionales que trabajan con maderas y tienen experiencia en materia de restauración. Gracias a ello se pudieron hacer, como he dicho, las acciones emergentes de apuntalamiento, y a la vez cubrir con lonas —en algunos casos proporcionadas por fundaciones privadas— las cubiertas, las bóvedas, las cúpulas de templos o de otras edificaciones históricas para protegerlas, porque estábamos en temporada de lluvias. Hicimos las acciones emergentes y con ellas demostramos que teníamos

capacidad, aunque nos quedó claro que estábamos rebasados. Hubo entonces que habilitar todo el mecanismo del seguro, del cual han salido apenas recursos muy iniciales; sin embargo, esperamos que en breve empiecen a fluir recursos con mayor intensidad.

Pero no sólo enfrentamos un problema económico para dar salida a la contingencia que nos impusieron los sismos de septiembre de 2017; además hemos requerido planear, organizar y operar un esquema organizativo que nos permita hacer frente a 2 300 obras en inmuebles y un número mayor de intervenciones en bienes muebles. Eso significa movilizar a mucha gente, muchos recursos. Por eso creamos una oficina de sismos; por eso constituimos un comité técnico-científico que está revisando los casos más complejos y ha formulado criterios generales de intervención. Ahora abordamos las contingencias provocadas por desastres naturales con un esquema muy diferente: en otras ocasiones la lógica de la restauración era que el inmueble recuperara su estado original o el estado anterior al accidente; ahora acreditamos los daños ante el seguro, porque se trata de que el inmueble sea restaurado en condiciones de seguridad. Esto es muy importante, pues ha quedado demostrado, después de septiembre pasado, que en este país seguirá temblando. Entonces nuestras restauraciones deben hacerse de manera segura; tienen que acreditar que si el próximo temblor es de 7 grados de intensidad, todo aguantará; si es de 8 grados, todo estará en pie; si es de 8.5 grados, todo resistirá. Eso sí: si es de 9 grados intentaremos que las santas imágenes ayuden, porque un sismo con esa intensidad o más sí que puede empezar a ser difícil de enfrentar. En todo caso, queremos asegurarnos de que todo sea antisísmico; es decir, necesitamos trabajar con corrección técnica y con un criterio muy escrupuloso de seguridad.

La gente tiene miedo y tiene toda la razón. Por eso no quiere que se repita lo que sucedió. Aunque en los colapsos de inmuebles históricos no hubo tantos fallecidos como en los colapsos de viviendas y, sobre todo, de edificios urbanos, hubo un hecho lamentable en la zona de Chiautla, Puebla. No recuerdo exactamente el nombre de la iglesia —no sé si sea Astata—. Lo lamentable fue que le cayó una cúpula a una familia que estaba en la celebración de un bautizo y murieron 12 personas. Esto no puede volver a ocurrir; por lo tanto, necesitamos hacernos cargo de que nuestras intervenciones sean muy seguras.

Por otro lado, debemos asegurarnos de incorporar proveedores o contratistas que sean solventes desde el punto de vista técnico y desde el punto de vista de su honestidad en el uso de los recursos. Requerimos de un esquema de supervisión muy escrupuloso, un sistema de gestión y control de los proyectos muy eficiente. Esto nos permitirá identificar si hay retrasos, exigir y corregir; esto nos permitirá demandar la entrega permanente de informes físicos o financieros. Hemos construido ya un sistema que, me parece, será eficaz, aunque ahora el tema es nutrirlo con toda la información. De esta manera el propio sistema arrojará cotidianamente los reportes que nos permitirán identificar dónde hay problemas.

Requerimos criterios de contratación muy claros para las empresas que se harán cargo, porque si se va a movilizar un recurso considerable en un país como el nuestro, donde hay tantos intereses

que buscan ganancias fáciles a partir de la corrupción y del saqueo de los fondos públicos, no podemos permitir algo así, sobre todo tratándose de una institución académica de enorme fuerza intelectual y espiritual como es el INAH.

Este asunto, te lo digo con claridad, nos plantea un reto que no habíamos confrontado, probablemente, en la vida del instituto. Yo creo que en México, si dejamos de lado la etapa armada de la Revolución, tal vez no ha habido un acontecimiento que haya destruido tal volumen de bienes patrimoniales como el que se concentró en septiembre de 2017 durante los sismos.

Cuéntenos acerca de dos o tres casos emblemáticos del quehacer del INAH en esta coyuntura de crisis abierta por los sismos.

Claro. Por ejemplo, les platicaba del caso de Ocuilan, que para mi gusto es bastante ilustrativo y conmovedor. Podría comentarles sobre algunos casos en Puebla, que ya abordé, donde varias comunidades ya se habían adelantado —en el buen sentido de la palabra— e iniciaron la restauración de algunos templos.

Yo creo que son muy interesantes dos casos más. Uno es el de Nuestra Señora de los Remedios en Cholula: ahí logramos articular los esfuerzos de los encargados del templo y del párroco de la iglesia con los apoyos de la Secretaría de Turismo (Sectur), de manera que el templo ya está totalmente restaurado. Se habían colapsado los cupulines de las dos torres del campanario. La destrucción se veía muy impresionante y la foto circuló por todo el mundo. Si tomamos una fotografía ahora, con la gran pirámide de Cholula arriba del santuario y atrás el Popocatepetl, nos mostrará una imagen donde las torres están en su lugar, remozadas, como si nada hubiera pasado.

Otro caso muy interesante es el de la iglesia de Santa Prisca, en Taxco, Guerrero, que sufrió daños complejos. Había problemas de intervenciones anteriores que derivaron en que se cayó un pináculo que puso en riesgo la vida de algunas personas, de manera que tuvo que revisarse la seguridad del inmueble en general. Teníamos la presión de los sacerdotes y de la gente de Taxco para que se reabriera el templo. Como la restauración de un elemento que se encuentra en el ala sur del crucero no podía ser tan pronta, hicimos un presbiterio provisional.

Desde diciembre del año pasado el templo fue reabierto al culto y la gente está muy contenta. Gracias a la colaboración de la Universidad de Zacatecas y personal del Centro INAH Zacatecas, los retablos se limpiaron y con eso logramos un elemento adicional a la restauración de los daños causados por el sismo. La gente está viendo que el templo no sólo va a quedar bien, sino que va a quedar mejor.

En general, me parece que hemos podido ir impulsando este tema de los sentimientos de las comunidades, sin dejar de reconocer que hay algunas donde casi nos quieren hervir en el perol, porque sienten que vamos despacio. En alguna medida, esas comunidades tienen razón, aunque nadie puede negar que nos estamos haciendo cargo.

Las respuestas sociales a momentos de crisis y las secuelas que éstos dejan son múltiples, diversas y, en ocasiones, complejas. ¿Qué tipo de respuestas sociales han encontrado los funcionarios, investigadores y trabajadores del INAH ante las labores del instituto para enfrentar esta contingencia? ¿Qué tipo de exigencias se han expresado desde la sociedad al INAH?

Ya planteé algunas. La más recurrente se expresa en términos de: “Explíquenos. A ver, ¿qué se va a hacer?”. La gente necesita mucha información, y en ocasiones algunos técnicos en el INAH no están habituados a ofrecerla, ya que por lo general sólo se abocan al aspecto de la restauración. Esto ha sido evidente en el personal de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos (CNMH), al que no le vendría mal tener un área de trabajo comunitario como la que tiene la Coordinación Nacional de Conservación del Patrimonio Cultural (CNCPC), que le ha sido muy útil para establecer relaciones con las comunidades. No obstante, creo que sería más fuerte el involucramiento de antropólogos e historiadores, de investigadores de disciplinas sociales, porque esto ha ayudado a comprender las reacciones de la gente.

En este sentido, considero que los sismos de septiembre de 2017 también sacudieron a la comunidad del INAH. Por una parte nos sacudieron en el sentido de plantearnos qué tan eficaces somos, y por otra nos han impuesto un reto en cuanto a cómo podemos hacer para ventilar nuestra autocrítica sin afectar la imagen del instituto. No han faltado colegas que, en su desesperación, han hecho declaraciones, y los periodistas han utilizado sus dichos para decir que el INAH no sirve para nada. Entonces también estamos aprendiendo a funcionar como una comunidad que defiende su postura institucional, que defiende su prestigio bien ganado, pero que es capaz de la autocrítica. En el contexto de las secuelas de los sismos, y en cualquier otro, la pregunta a formularse no es si el INAH sirve o no, simplemente porque el INAH es la única alternativa, la única instancia orgánica capaz de enfrentar una problemática como la que enfrentamos hoy. Por lo tanto, o mejoramos nuestras capacidades o nos quedamos en la lamentación. Me parece que la comunidad del INAH ahora está empezando a comprender que tenemos que salir de la cultura de la lamentación, de la queja, del echarle la culpa al sistema social, que por supuesto tenemos que corregir. No obstante, lo cierto es que, por lo pronto, como estamos y con lo que tenemos, hay que hacerle frente al desafío.

Eventos como los sismos de septiembre de 2017 nos dejan un cúmulo de enseñanzas. Una de ellas, que resulta de la mayor importancia, es la elaboración y piloteo de un protocolo de actuación del INAH ante situaciones de desastre. ¿Qué otras enseñanzas ha dejado al INAH este evento catastrófico?

Considero que eventos como los sismos nos regresan a la idea de que el patrimonio cultural no puede verse sólo como compartimientos estancos, como espacios separados: aquí lo arqueológico, acá lo histórico, allá lo paleontológico, más allá lo artístico y por otro lado ese mundo difuso que llamamos “inmaterial”. Necesitamos tener una visión más integrada de lo que es el patrimonio y de lo que es el INAH.

Eso no es nada sencillo porque, me parece, el instituto se había venido desarrollando con una dinámica donde cada sector, instalado en su nicho de confort, hacía su tarea de manera a veces un tanto rutinaria. Eso nos hizo olvidar esa mirada holística, integral y transdisciplinaria con la que surgió el instituto y con la que Manuel Gamio emprendió su gran proyecto en el valle de Teotihuacán. Esa es una enseñanza que, a mi juicio, reviste la mayor importancia en el momento actual.

Los sismos de septiembre de 2017 y sus efectos en el campo de la cultura material e inmaterial se presentaron en un momento interesante de balance intelectual, histórico, cultural e institucional de lo que ha sido el INAH en estos ya casi 80 años. Espero que este balance nos permita repensar el instituto en los siguientes 20 años, para que en su centenario esté más a la altura de un país que desde finales del siglo pasado se define como una nación pluricultural. Lamentablemente, esa definición no ha tenido sustancia en un proyecto nacional que permita que esta pluriculturalidad sea una razón de enriquecimiento, de intercambio recíproco, de fortalezas; no de discriminación y polarización: de una sociedad que se sigue debatiendo en una profunda diferenciación social y que se caracteriza por un tejido desgarrado, en el que no sólo están presentes la violencia, la inseguridad y la corrupción, sino además una desigualdad que es verdaderamente escandalosa y que constituye la asignatura pendiente más importante, yo diría, desde que Morelos escribió los *Sentimientos de la nación* y afirmó que había que moderar la opulencia y la indigencia. Aquí se ha ido extremando la opulencia, pero sobre todo la indigencia, y eso es verdaderamente grave.

¿Quisiera hacer un comentario final acerca de los sismos de septiembre de 2017 y las tareas del INAH en este contexto?

Insisto en que tenemos un desafío como nunca habíamos conocido. Tenemos que hacernos cargo de esa tarea, buscando la mejor relación de colaboración, de complementación y entereza institucional con la Secretaría de Cultura del gobierno federal, a la que pertenecemos; y a la vez, conduciendo los esfuerzos de muchos otros actores sociales que colaboran o que están interesados en colaborar. Muchos de ellos pueden aportar de manera más intensa, como la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y todas las universidades públicas, como diversos centros de investigación cercanos a las tareas de restauración, como los gobiernos locales, que en mucho están ayudando y que en algunos otros casos son indiferentes, pero eso no deja de plantear la necesidad de animarlos. También nos interesan los aportes de las empresas socialmente responsables. Mientras la sociedad se organice como sociedad de mercado, como sociedad donde prevalece como dominante la economía del capital, tenemos que hacernos cargo de que las empresas también tengan conciencia de sus responsabilidades sociales. Yo creo que esto también es una prueba para ello.

Por otro lado, reconozco la tarea que han hecho de modo ejemplar, y a veces hasta heroica, nuestros arquitectos y arquitectas, nuestras restauradoras y restauradores, así como muchos investigadores que están metidos en la tarea; los directores de los Centros INAH y los administrativos, ya

que, cuando uno enfrenta este tipo de situaciones complejas de manejo de recursos, también aprende a apreciarlos, aprende que para nada están de sobra y que, en este contexto, ayudan mucho en la movilización de los todavía escasos recursos que hemos podido reunir para dirigirlos a la restauración.

Estoy convencido de que el INAH saldrá fortalecido de esta tarea, que no concluirá en este periodo de gobierno, que se prolongará probablemente dos o tres años más, y en algunos casos, en menor medida, varios años más, porque enfrentaremos problemas muy complejos a resolver. Vamos a aprender mucho y esto dará lugar a que se forme una nueva generación de profesionales del INAH que tengan más claridad de su compromiso y de su quehacer.



GOBIERNO DE
MÉXICO

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



Feria Internacional del Libro de Antropología e Historia 2019

CHINA Y OAXACA
INVITADOS



Del 26 de septiembre
al 6 de octubre

ENTRADA GRATUITA

— INAH, 80 años —
IDENTIDAD en la DIVERSIDAD

MAYORES INFORMES
Coordinación Nacional de Difusión, INAH
Tels. 4166 0780 al 84, exts. 416646 y 417149
feriafilah@inah.gob.mx

MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA
Av. Paseo de la Reforma y Gandhi,
Chapultepec Polanco,
Ciudad de México



Izquierda: detalle de un bordado de Shuikou, Condado Liping. Derecha: detalle de un huipil triqui.

www.gob.mx/cultura

www.mexicoescultura.com

www.gob.mx/cultura/inah

Instructivo para los autores

Rutas de Campo es un instrumento de difusión académica que da a conocer textos resultantes del trabajo de campo (fuentes históricas, reflexiones, relatos, experiencias, anécdotas, etcétera), peritajes, resultados de eventos (seminarios, encuentros, coloquios, etcétera) que son productos de la praxis de las disciplinas antropológicas en nuestro país. Sólo se considerarán para su posible publicación los artículos y reseñas originales e inéditos, en cualquiera de las lenguas nacionales, que simultáneamente no estén sometidos a dictamen en otras casas editoras.

Modo de entrega de los originales

Los artículos propuestos se enviarán únicamente en formato digital, como archivo adjunto en un mensaje de correo electrónico, a las direcciones:

revista.cnah@inah.gob.mx
pedro_ovando@inah.gob.mx

Los originales deberán incluir la siguiente información: nombre del autor, institución en la que labora, semblanza breve (no más de 500 caracteres), número telefónico y dirección de correo electrónico.

Rutas de Campo acusará recibo de los originales. La publicación de cada artículo dependerá del visto bueno del Comité Editorial y un proceso de dictaminación realizado por especialistas anónimos.

Al aprobarse la publicación de un artículo, el autor deberá ceder los derechos patrimoniales sobre su trabajo y autorizar al INAH la difusión impresa y electrónica de la obra.

Elementos tipográficos

Se utilizará un solo tipo de letra (Arial) y un solo tamaño (12 puntos), con interlineado 1.5. Los títulos se escribirán en altas y bajas. Las notas al pie serán de cuerpo menor (10 puntos). La extensión de los artículos no deberá exceder las 30 páginas.

Citas y bibliografía

Las citas en el texto deberán ser homogéneas en todo el artículo y apegarse al siguiente formato: (Apellido del autor, año de publicación: número de página). Por ejemplo: (Ravines, 1978: 607). En caso de que haya más de tres autores se podrá incluir únicamente el primero de ellos seguido de la expresión *et al.* Las citas abreviadas siempre se harán en el texto y jamás en las notas, salvo que se trate de una referencia complementaria.

La bibliografía consultada se citará al final del escrito en orden alfabético, según los apellidos de los autores. Se observará el siguiente formato:

Recursos impresos

a) Libro completo:

Apellidos, Nombre del autor (año). *Título de la obra*. Ciudad: Editorial.

b) Libro completo con edición diferente a la primera:

Apellidos, Nombre del autor (año). *Título de la obra* (número de la edición). Ciudad: Editorial.
El dato de edición: Asentar en primer lugar el número arábigo que le corresponde y a continuación, y sin espacio intermedio, la letra "a" en minúscula, en superíndice. Luego, y separada por un espacio, colocar la abreviatura "ed" seguida de un punto. Ejemplo: (4^a ed.), (3^a ed. rev.). No debe hacerse constar la edición cuando se trata de la primera.

c) Libro completo con reimpresión:

Apellidos, Nombre del autor (año de la primera publicación/año de reimpresión). *Título de la obra* (número de reimpresión). Ciudad: Editorial.
El dato de reimpresión se escribe igual que el dato de edición (7^a reimpresión), (4^a reimpresión).
La palabra reimpresión no se escribe con mayúscula inicial y no se abrevia.

d) Libro con editor o compilador: a continuación del nombre del responsable de la publicación consultada se puede consignar su función o cargo; en el caso de que sea un editor, se colocará (ed.); compilador (comp.); director (dir.); colaborador (colab.); organizador (org.), etcétera.

e) Capítulos de libro:

Apellido, Nombre del autor (año). "Título del capítulo". En *Título de la obra* (pp. xxx-xxx). Ciudad: Editorial.

f) Artículos de periódicos:

Apellido, Nombre del autor (día, mes, año). "Título del artículo". *Nombre del periódico*, p.-p.
En relación con las páginas: Indicar las secciones del periódico con las letras del alfabeto en mayúscula (ej.: p. A1-A2). Si el artículo abarca más de dos páginas y éstas son seguidas, indíquelas como en el ejemplo anterior. Si las páginas no son seguidas, sepárelas con una coma (ej.: p. A1, A4). Si el artículo no está firmado, el título reemplaza al autor.

g) Artículos de revistas:

Apellido, Nombre del autor (año). "Título del artículo". *Nombre de la publicación, volumen* (número), p.-p.
Si la revista no tiene volumen, se deja el número en cursiva, sin utilizar paréntesis.

h) Tesis:

Apellido, Nombre del autor (año). *Título* (tesis de licenciatura, maestría o doctorado). Nombre de la Institución Académica, Ciudad.
Todas las palabras significativas que componen la denominación completa de las instituciones académicas van en mayúscula.

i) Ponencias o conferencias:

Las actas de congresos pueden publicarse en libros o publicaciones periódicas. Citar las actas publicadas en un libro, utilizando el mismo formato para citar libros o capítulos de libros. Y para citar actas que se publican de una manera habitual, emplear el mismo formato que se utilizaría con una publicación periódica.

Recursos no publicados

j) Ponencias o conferencias no publicadas:

Apellido, Nombre del autor (mes, año). *Título de la ponencia*. Trabajo presentado en Nombre Completo del Evento de Nombre Completo de la Organización o Institución Organizadora, Ciudad.

Todas las palabras significativas que componen la denominación completa de las ponencias y las organizaciones que las realizan van en mayúscula.

Recursos electrónicos o de internet

k) Libro en versión electrónica:

Apellido, Nombre del autor (año). *Título de la obra*. Recuperado de: <http://www.xxxxxx.xxx>.

l) Libro en versión electrónica con DOI:

Algunos libros electrónicos cuentan con una serie alfanumérica única, DOI, por sus siglas en inglés (Digital Object Identifier), asignada por la editorial a un documento en formato electrónico; ésta permite identificar contenidos y provee un enlace consistente para su localización en internet. Actualmente, no todos los documentos tienen DOI; pero si lo tienen, hay que incluirlo como parte de la bibliografía: Apellido, Nombre del autor (año). *Título de la obra*. doi: xx.xxxxxxx
En la bibliografía, la palabra doi se escribe con minúscula inicial, sin versalitas.

m) Documento obtenido de un sitio web:

Apellido, Nombre del autor (año). "Título del documento". *Nombre del sitio web*.
Recuperado de: <http://www.xxxxxx.xxx>.

n) Artículos de publicaciones periódicas electrónicas:

Apellido, Nombre del autor (año). "Título del artículo". *Nombre de la publicación, volumen* (número), p.-p. Recuperado de: <http://www.xxxxxx.xxx>.
Cuando el artículo tiene DOI se indica este dato en la bibliografía y se omite la dirección URL.

ñ) Artículos de revistas académicas recuperados de una base de datos:

Apellido, Nombre del autor (año). "Título del artículo". *Nombre de la publicación, volumen* (número), p.-p. Recuperado de: Nombre de la base de datos.

o) Abstract de un artículo de revista académica recuperado de una base de datos:

Apellido, Nombre del autor (año). "Título del artículo". *Nombre de la publicación, volumen* (número), p.-p. Abstract recuperado de: Nombre de la base de datos.
En la bibliografía la palabra "Abstract" no se escribe con cursivas.

p) Informes:

Nombre Completo de la Organización (año). "Título del informe". Recuperado de: <http://www.xxxxxx.xxx>.
Todas las palabras significativas que componen la denominación completa de las organizaciones van en mayúscula.

q) Ponencias o conferencias recuperadas on-line:

Utilice el mismo formato que se presenta para ponencias o conferencias no publicadas y al final indique una ruta de acceso web apoyándose en la forma: Recuperado de: <http://www.xxxxxx.xxx>.

r) Contribuciones en blog:

Apellido, Nombre del autor (día, mes, año). "Título del post" [Mensaje en un blog]. Recuperado de: <http://www.xxxxxx.xxx>.
Si el nombre completo del autor no está disponible, utilice el nombre de usuario (*nickname*). Proporcione la fecha exacta de la publicación.

Consideraciones particulares

- En el caso de citar un texto escrito por dos o tres autores, colocar "y" entre los dos últimos.
- En el caso de que se cite un texto de más de tres autores, escriba el apellido y el nombre del primero, seguido, sin comas, de la abreviatura en cursivas "et al." (que significa "y otros", para indicar que hay varios autores más).
- Cuando en un libro se considera como autor a una institución, se debe escribir el nombre completo de dicha institución, sin abreviaturas.
- Cuando se trate de un códice, el nombre de éste ocupará el lugar del autor y se resaltará mediante cursivas. Ejemplo: *Códice Dresde*.
- Cuando un autor tenga más de un libro publicado en un año específico, se debe diferenciar con las letras del abecedario, en minúsculas. Se debe hacer la anotación en el párrafo donde se colocó la cita y en las referencias bibliográficas.
- Si existen datos importantes para efectos de identificación y recuperación de la obra consultada, se colocan entre corchetes inmediatamente después del título. Ejemplos: [edición especial], [resumen], [volumen], [material complementario], etcétera. Cualquier otro dato obtenido fuera de la obra, también se consigna entre corchetes. En el caso de colecciones, la información se ordena después del nombre de la editorial.
- Si el material de consulta no tiene fecha de publicación, colocar la abreviatura: (s.f.), siempre entre paréntesis y en redondas.
- Si el lugar de edición del material de consulta no se puede determinar de ninguna manera, se escribirá la abreviatura latina "s.l." (*sine loco* = sin lugar) entre paréntesis y en redondas. Ejemplo: (s.l.)
- Si la obra que se consultó está pronta a publicarse, colocar entre paréntesis el siguiente texto: (en prensa).
- No se escribe punto después de la dirección web (URL) o del número DOI, para que el punto no se considere parte de la cadena o liga.

Las colaboraciones no se tomarán en cuenta para su evaluación hasta que cubran la totalidad de los requisitos enunciados previamente. El envío de materiales a *Rutas de Campo* implica el acuerdo y firma de la declaración de originalidad del trabajo escrito y de posesión de los derechos para uso y publicación de las imágenes y recursos complementarios que lo acompañan.



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

